

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

**OMAR BARRIENTOS
VARGAS**

**TIRAMA, EL HIJO DEL
CACIQUE CATIA**

CARACAS

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

Omar Barrientos Vargas

Tirama, el hijo del cacique Catia

Portada: Alex Casadiego

Ediciones del autor

Caracas, 2021

CONTENIDO

I.- MARCHA PARA HOSTIGAR A SANTIAGO DE LEÓN. LA CAROATA ABUNDADA. RECUERDOS DE SU PRIMERA PESQUERÍA Y DE LA BATALLA DE MARACAPANA. ENCUENTRO Y REGRESO.....	7
II.- EL HOGAR EN SU TRIBU. INVOCACIÓN A LOS ANCESTROS Y DIOSES. LUCHA, PATRIA ENFERMA, SOMETIDA Y TRIUNFAL.....	13
III.- TRABAJO ESCLAVO EN CARACAS. LOZADA EN LA REAL AUDIENCIA. ALZAMIENTO, REINOCUMBE Y ELIMINACIÓN DEL REY NEGRO MIGUEL I. FALLECIMIENTO DE LOZADA. ASEDIO INDÍGENA Y PÁNICO CARAQUEÑO	17
IV.- ASALTO CARIBE A CARABALLEDA. ARMAS DE FUEGO Y ACERO CONTRA LAS DE MADERA Y PIEDRA.	27
V.- GRACIAS A LOS DIOSES POR LAS COSECHAS. OFRENDAS, BAILES, JUEGOS, COMIDA Y BEBIDA	31
VI.- REFUERZO MILITAR LLEGA A CARACAS. GARCI-GONZÁLEZ HIERE O MATA A PARAMACONI.....	37
VII.- ENGAÑO TARMA A LOS ESPAÑOLES. ÉXITO DE LA GUERRILLA INDÍGENA. VENCIMIENTO Y ESCLAVITUD DE LOS PUEBLOS ORIGINARIOS...	43
VIII.- INTENTO DE SOMETER A LOS INDÍGENAS CHARAGATOS Y CARACAS.....	51

IX.- INVOCACIONES ANTES DE LA CAMPAÑA. MESTIZAJE Y LEJANÍA DE LA VICTORIA.....	55
X.- HOSTILIZACIÓN EN LA LAGUNA CAROATA. BUSQUEDA ESPAÑOLA FRUSTRADA	61
XI.- INVASIÓN DEL TERRITORIO MARICHE. SECUESTROS Y COMBATES. MUERTE DE TAMANACO	67
XII.- ASALTO EN TACAGUA, REMATE DE HERIDOS, VIOLACIÓN DE LAS MUJERES	75
XIII.- PREPARATIVOS Y TRAVESÍA DE INDIGENAS CARACAS SOBREVIVIENTES	79
XIV.- EMBOSCADOS EN LA QUEBRADA ANAUO. HORRORES DE LOS CONQUISTADORES	85
XV. VUELVE LA FIEBRE DEL ORO. MUTILACION DE SOROCAIMA. DESOLACION DE LOS TEQUES	88
XVI.- ENCUENTRO DE LOS CARACAS CON LOS GUAQUERÍES. EL MAL CESARÁ LA LUCHA. HOSTIGAMIENTO A LOS CONQUISTADORES	95
XVII.- LA HERIDA DE TIRAMA. AL DESCUBIERTO LA ALDEA INDÍGENA. EXTRAÑO RETIRO DE LOS ESPAÑOLES.....	103
XVIII.- CARACAS REBOZA TRANQUILIDAD. REPARTIMIENTOS Y ENCOMIENDAS DESPOJAN Y SOMETEN A LOS INDIGENAS. CRECE EL MESTIZAJE GRACIAS A LAS VIOLACIONES	107
XIX.- LA VIRUELA ACABÓ LOS PREPARATIVOS ABORIGENES Y CON SUS VIDAS, EN EL	

GUARAIRA REPANO, EN LOS TEQUES Y BUENA PARTE DE CARACAS	112
XX.- REFLEXIONES DE TIRAMA. REGRESO DE LOS COMISIONADOS A GRANADA. INVASIÓN Y PRISION.....	118
XXI.-EN LA ENCOMIENDA. AÑORANZA DE LIBERTAD. LA CARACAS ESPAÑOLA	123
XXII.- REFLEXIONES. SOMETIDOS DE POR VIDA. CRISTIANISMO TRIUNFANTE, PERO SINCRÉTIZADO	131
XXIII.- TIRAMA DOMADOR DE POTROS. AMANTE DE SU AMA. PADRE DE UN MESTIZO. NOTICIAS DE UNA CUMBE	138
XXIV.- AMANTE FRUSTRADO. REFLEXIONES DE ¿QUÉ HACER? PREPARATIVOS PARA ESCAPAR A UNA CUMBE.....	144
XXV.-NAVIDAD EN CASA DE DOÑA LUISA. FUGA Y PERSECUSIÓN POR EL GUAIRE	148
XXVI.- HACIA LA CUMBE INEXISTENTE. RESISTENCIA DE LA CACICA QUIRIQUIRE APACUANA. HUIR, HUIR. PERSEGUIR, PERSEGUIR.....	158
XXVII.- EN LA GARGANTA DEL GUAIRE. MORDIDO POR MAPANARE, MUERE MANUEL. ENCOMENDADO A CHANGÓ. NOCHE TRANQUILA PARA PERSEGUIDOS Y PERSEGUIDORES.....	165
XXVIII.- LLEGADA AL TUY. ENCUENTRO INESPERADO. PERSECUSIÓN Y RETIRADA. OTRA	

MUERTE E INVOCACION A CHANGÓ. SALVADOS POR UNA Balsa.....	171
XXIX.- FRANCISCO INFANTE: CONQUISTADOR, HACENDADO Y ENCOMENDERO. HOMICIDA DE GUACAIPURO Y TERROR DE LOS QUIRIQUIRES. LA PERSECUSIÓN PROSIGUE, AHORA EN BALSAS Y A CABALLO	177
XXX.- PRESOS AL DESPERTAR. LOS NIÑOS COMIDOS POR LOS PERROS. SADISMO Y VIOLACIONES. JUSTICIA ESPAÑOLA EXPEDITA. RETORNO INFERNAL	184
XXXI.-DE NUEVO EN LA ENCOMIENDA. CASTIGO EJEMPLAR. MEDICINA INDIGENA. SOBREVIVIR PARA LA VENGANZA	190
XXXII.- PRODUCTIVA HACIENDA. PROCEDERES DE DOÑA LUISA. ¿DE NUEVO LA RELACIÓN CON TIRAMA?.....	198
XXXIII.- LA VIDA SIGUIÓ SU CURSO. EL HEREDERO DE DOÑA LUISA. EL ANCIANO PATITORCIDO. SUEÑOS IRREALIZADOS, MUERTE DE TIRAMA Y LUZ DE LIBERTAD	204
EL AUTOR	211
BIBLIOGRAFÍA	214

I.- MARCHA PARA HOSTIGAR A SANTIAGO
DE LEÓN. LA CAROATA ABUNDADA.
RECUERDOS DE SU PRIMERA PESQUERÍA Y
DE LA BATALLA DE MARACAPANA.
ENCUENTRO Y REGRESO

Copiosa había sido la lluvia caída durante toda la noche, y ahora para continuar la marcha, la abundada de la quebrada Caroata se convertía en un obstáculo casi infranqueable sin contar con una embarcación para su cruce; pero aun teniéndola constituía un riesgo por los diversos sedimentos de la corriente. Pasaban de cuando en vez árboles y ramas, seguramente, arrancados por la tormenta nocturna.

El joven Tirama y sus compañeros se echaron al suelo para descansar de la larga caminata. Venían de su aldea, ubicada en los altos de otra quebrada, la Tacagua, cuyas aguas culebreantes, después de una larga travesía, bajaban con rapidez para entrar en el mar, a la altura de los Guayabos, hoy Catia La Mar del estado La Guaira.

El cacique Curutayma, sucesor de Catia, había dado la orden para partir, en la madrugada. Soportaban la garúa en la cual se había convertido la fuerte lluvia nocturna. Estaban mojados, tenían frío, se sentían cansados, pero con mucho optimismo, solo deseaban llegar para hostilizar a la ranchería, pomposamente nombrada ciudad de Santiago de León, establecida por los españoles en sus territorios.

Utilizaban como base, los terrenos y restos de una anterior aldea de los indígenas Caracas y también, del llamado primero ható y después población de San Francisco, fundada por los españoles y despoblados tras reiterados ataques de los naturales.

La idea de colocar una cuerda de una orilla a la otra, por donde agarrados los combatientes pudieren cruzar fue la más rápida, aun cuando era una arriesgada solución.

Mientras varios indígenas buscaban palmeras para extraerle fibras para confeccionar la cuerda, Tirama, recostado de unas raíces, dejó libre su pensamiento.

Recordó los días lejanos cuando su padre, el cacique Catia, le enseñaba a pescar en la laguna Caroata, el mismo nombre de la quebrada que en ese momento les embarazaba el paso y a cuyas orillas habían tenido su aldea, pero ahora era frecuentada, vigilada por conquistadores armados con palos de truenos y rayos; protegidos con ropas acolchadas y con los grandes venados o caballos y perros de presa.

Hacía ya varios años, al final de su infancia en su pre adolescencia, cuando arpón en mano perseguía a nado aquel pez. Ensartado lo llevó a la canoa, creyendo en aquellos momentos como la realización de una gran proeza; por cierto muy celebrada por su padre, y la cual ahora valoraba intrascendente, tal como había valorado, en esa oportunidad, la información traída por unos

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

cazadores de su tribu sobre el ingreso de unos seres extraños al valle, llamados españoles o conquistadores.



Pasado algún tiempo, conoció las difíciles condiciones de los pueblos originarios. Aquellos malolientes, bárbaros y barbudos seres habían invadido en varias oportunidades sus territorios, librando combates con una tecnología desconocida por ellos. Poseían unas armas, llamadas de fuego –cañones, mosquetes, pistolas- y espadas, lanzas y cuchillos de un material brillante, muy duro denominado acero, a la par de lanzar flechas con unos dispositivos o ballestas, superiores en velocidad y alcance a los arcos poseídos por los indígenas.

Los conquistadores montaban en unas bestias enormes o caballos, llevaban otras de menor tamaño, pero muy agresivas, perros de presa o mastines y los acompañaban grupos indígenas flecheros y cargadores de otras tribus lejanas, a quienes habían sometido y hecho sus cómplices. Se protegían con cascos, escudos, y ropa acolchada. Estas últimas, modificadas, las colocaban a sus caballos y perros.

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

Habían sometido al vasallaje a muchos integrantes de tribus vecinas, luego de convencerlas de su superioridad e invencibilidad o de haberlas derrotado en diferentes enfrentamientos, agresiones y persecuciones; no solo contra los indígenas combatientes, sino también contra sus aldeas, sus mujeres y niños y también con el saqueo y arrase de las sementeras.

Pero ahora, se trataba de pasar la quebrada para ir a hostigarlos: lanzar flechas contra ellos, sus cómplices y sus animales, y luego emprender una huida rápida, evitando un combate frontal, del cual estaban seguros resultarían perdedores, muertos y heridos los combatientes originarios. Varios indígenas tejían en ese momento la cuerda para atravesar, en consecuencia Tirama luego de sentarse para proseguir en su descanso, entró en una nueva ensoñación: junto a su padre y miles de integrantes de su etnia y otras más se dirigieron a atacar frontalmente a Diego de Lozada y su gente, quienes habían fundado unos meses antes la llamada ciudad de Santiago León de Caracas.

Desde la madrugada y poco a poco se concentraron diversas etnias caraqueñas. Tan solo esperaban a Guaicaipuro y sus combatientes de Los Teques quien junto con los integrantes de los indígenas Arbacos, dirigidos por sus caciques Urimare, Paramaconi y

Parnamacay debían arribar a la sabana de Maracapana para coordinar e iniciar el ataque. Pero llegado el sol al cenit y preocupados por la ausencia de Guaicaipuro, algunas tribus comenzaron a regresar a sus lugares de origen y otras, las menos emprendieron la marcha hacia los predios usurpados por los conquistadores. Iban dispuestos a una confrontación sorpresiva y total. Distantes de la ciudad resultaron emboscados y acometidos por el ejército español, acompañado como siempre por indios flecheros vasallos y perros sumamente violentos.

El combate fue cruento y pronto se convirtió en una masacre contra los combatientes de los pueblos originarios. Los heridos rematados. Una vez muertos, sus restos despojados de los objetos de oro y cualquier joya u otra prenda útil.

Los sobrevivientes, entre ellos, Tirama, su padre y otros de sus compañeros lograron replegarse y huir.

Posteriormente supieron de la delación de la concentración y de los planes indígenas. El ataque a los conquistadores en su ciudad, había sido revelado por indios pasados al campo español. Las tropas Teques y Arbacos fueron militarmente distraídas. Acometidas, retiradas y nuevas acometidas. Un grupo de soldados españoles, sus indios flecheros y perros,

impidieron el arribo y participación en la concentración en la sabana de Maracapana.

Terminada la fabricación de la cuerda, un indígena con ella se lanzó a la quebrada, luego de muchas peripecias, logró llevarla a la otra orilla y amarrarla a un catuche.

De uno en uno fueron pasando los primeros combatientes. Un tronco arrastrado por la abundada rompió la cuerda y se llevó la vida del combatiente que atravesaba en ese instante.

Entonces, el cacique de la etnia decidió, acometer a Santiago de León, con quienes estaban al otro lado de la quebrada. Iban a hostilizar los conquistadores; de ser posible flecharlos, igualmente a los indios de servicio, ganado y canes. El resto quedado en la otra orilla debió regresar.

Veinte combatientes enrumbaron hacia Santiago de León. De improviso tropezaron con una cuadrilla de indios de otra tribu. Se replegaban veloces de las cercanías de la ciudad. Habían hostigado a los conquistadores, matado algunos animales e indios de servicio, y tal vez algún español, pero luego de un fuego cerrado de arcabuces y saetas, debieron emprender la retirada, en la cual se encontraban. Habían tenido varias bajas entre muertos y heridos. No sabían cuantos, pero ahora, solo querían alejarse lo más rápido posible.

Ante este hecho los nuevos combatientes y a las orden del cacique Curutayma, abandonaron la

zona a toda prisa y se encaminaron hacia su aldea.

II.- EL HOGAR EN SU TRIBU. INVOCACIÓN A LOS ANCESTROS Y DIOSES. LUCHA, PATRIA ENFERMA, SOMETIDA Y TRIUNFAL

Azarosa era la vida de la tribu. Vivían cerro arriba y selva adentro, en las cercanías de la quebrada Tacagua, La aldea estaba bien escondida, pero el terreno de cultivo era poco productivo; la pesquería difícil, la quebrada tenía una corriente fuerte, muy rápida y la cacería seguía siendo abundante, pero como siempre esta actividad nunca había sido fácil y ahora tampoco lo era.

Tirama ya convertido en un hombre, muy joven aún, siguiendo la tradición o costumbres de su etnia, contrajo matrimonio con una adolescente y se motivó por ser padre.

Ella acompañaba a las otras mujeres diariamente a las sementeras para palear la tierra, eliminar las malezas, regar o recoger la cosecha, y por supuesto cocinar y demás labores domésticas como tejer hamacas y chinchorros o ayudar en la construcción de viviendas.

Además, aprendía el trato y educación que les daban a los niños, viendo y a veces ayudando a sus madres y abuelas.

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

Tirama se sentía contento en su hogar, con su mujer, sus familiares y amigos; se lamentaba de la muerte de sus padres y recordaba con frecuencia, el asesinato de su papá, el cacique Catia. Lo había acompañado, junto a otros guerreros de su tribu en una larga travesía, interrumpida por las flechas y disparos de los españoles. También recordaba sus últimas palabras, cuando herido de muerte le ordenó a él y sus compañeros, lo dejaran y se pusieran a resguardo, pues la lucha debía continuar.



Con este recuerdo y con los consejos e instrucciones de entrenamiento para la pelea y la defensa les había dado, Tirama estuvo atento al instante en el cual el jefe Curutayma convocó un ritual de invocación de sus ancestros y dioses. Así, en una rivera solitaria del Tacagua, junto a otros guerreros y estudiantes de las artes piachénicas, se dispuso a realizar los ritos. En una explanada a orillas de un remanso de la quebrada realizaban el ritual. La manteca de cacao se consumía en varios braseros, inundando de una grata fragancia la zona, en competencia con el aroma del venado asándose, como ofrenda a sus antepasados y dioses.

La música de flautas y fotutos, el baile en fila y haciendo recorridos alrededor del fuego, acompañado del canto colectivo de invocación al cacique Catia, y a través de él, solicitando la intercesión de los dioses Sol y montaña Guaraira Repano.

La ceremonia se prolongó desde la mañana hasta las primeras horas de la tarde, cuando Tirama entró en trance.

La solicitud fue la misma de otras ocasiones: ¿Qué hacer para salvar sus familias, sus cosechas, su tribu? ¿Cómo derrotar a los bárbaros barbudos y expulsarlos del valle?

Las respuestas en boca de Tirama por la cual hablaban sus ancestros fueron confusas, incoherentes, aun cuando en algunas ocasiones se podían entender palabras por demás conocidas como *“lucha”* y otras nuevas *“Patria enferma, sometida y triunfal”*.

Todo el tiempo, en el ritual, las señales del cacique Catia a través del médium Tirama siguieron repitiéndose de manera reiterativa.

Al alargarse las sombras y declinar la luz solar, los indígenas pusieron fin a sus invocaciones y luego de la recuperación del letargo del médium, trataron mediante el análisis, obtener una interpretación de estas palabras.

La primera, lucha, ya sabían su significado, a ella habían dedicado mucho tiempo, con resultados de éxitos y fracasos. En este momento estaban derrotados, pero tenían el espíritu de continuar.

Expulsar a los extranjeros invasores del valle de Caracas era la única opción o tal vez, perecer en el intento.

En cuanto a la patria enferma, sometida y triunfal poco entendían, por más que prologaban el intento de análisis. ¿Cómo se podía enfermar una Patria?, ¿cuál enfermedad le podía dar?

Cavilaban, pero no entendían, no comprendían su significación, algo similar les sucedía con la gran contradicción de patria sometida y triunfal, aun cuando algunos pensaron en la toma de los invasores, en una primera instancia del territorio de Caracas, para luego ser expulsados por los indígenas.

Si ¿pero cómo? Una parte del valle ya estaba en manos de los bárbaros extranjeros. ¿Significaría a la larga el triunfo de los indígenas? No parecía probable, pero sí indispensable, necesario.

En medio de la discusión, Tirama recordó las visiones de su padre Catia y Guaicaipuro:

- *En caballos montados, los indios con calzón corto y con largas lanzas, acompañados de mestizos y negros peleaban contra los españoles enfundados en vistosos uniformes y les ganaban.* Muy bien, pero, el ¿Cuándo y cómo? Les devanaba los sesos.

Estaban a la defensiva y el enemigo parecía invencible; a cada momento se apoderaba de mayor territorio, mataban a los caciques y a

quienes se le opusieran, esclavizaban tribus enteras y muchas otras se sometían a su vasallaje.

Aumentaba la duda. Poco entendían. El mensaje no era claro. No sabían o no podían interpretarlo. Tal vez, en otra futura sesión lo lograrían.

III.- TRABAJO ESCLAVO EN CARACAS.
LOZADA EN LA REAL AUDIENCIA.
ALZAMIENTO, REINO-CUMBE Y
ELIMINACIÓN DEL REY NEGRO MIGUEL I.
FALLECIMIENTO DE LOZADA. ASEDIO
INDÍGENA Y PÁNICO CARAQUEÑO

La aldea indígena, invadida por los conquistadores, donde establecieron la denominada ciudad Santiago de León de Caracas y antes la habían denominado San Francisco, tenía nuevas casas y calles, incluso un lugar señalado para plaza, iglesia y edificio de gobierno. Todo en construcción.

El sol iluminaba totalmente, sin la existencia de nube alguna en el firmamento. Hacía calor y la piel se tostaba con su radiación. Diligentemente, los indígenas esclavizados y dirigidos a improperios y latigazos por varios españoles, cargaban troncos de árboles, paja, barro, piedras y diferentes materiales para la elaboración de viviendas y edificaciones públicas.

Trabajo de construcciones efectuadas por indígenas sometidos y unos negros esclavos, secuestrados en una tal África. Peninsulares españoles, armados de arcabuces y espadas los vigilaban.

Vigilancia sobre estos trabajadores y también, en los límites de la ciudad, en prevención de posibles ataques por parte de las tribus indígenas, tratando de recuperar sus territorios y libertad.

Corría el año 1569 y mientras en esta ciudad los conquistadores hacían trabajar hasta la extenuación a indígenas y negros, su fundador, el general Diego de Lozada viajaba tranquilamente a bordo de una embarcación por el mar Caribe; iba hacia la isla de Santo Domingo, a plantear un asunto importante a la Real Audiencia de esa ciudad, cuyas potestades abarcaban a tierra firme por decisión de los reyes españoles.

Encontrándose Diego de Lozada en Santo Domingo, murió en el Tocuyo, el 12 de Junio de 1569, el gobernador de Venezuela, Pedro Ponce León, víctima de una amibiasis.

Lozada presentó a la Real Audiencia un abultado legajo, donde aparecían reflejados los distintos servicios prestados al Rey y a España, en la conquista, colonización y población de estas tierras americanas. Sobresalían la derrota que le infringió al negro Miguel, esclavo fugitivo, quien en varias ocasiones atacó a los españoles, fue

designado rey, nombró una corte al estilo de su pueblo africano originario y construyó una cumbe (*) fortificada.

El rey negro Miguel fue muerto por las fuerzas de Lozada, su corte exterminada, sus súbditos terminaron, unos muertos y otros vueltos a la esclavitud.

También incluyó, Lozada, su participación como maestro de campo en el descubrimiento de las Sierras Nevadas y las Lomas del Viento; la conquista de Caracas y la fundación de las ciudades Santiago de León y Nuestra Señora de Caraballeda, la primera en el valle de Caracas, en julio de 1567 y la otra en su litoral en septiembre del mismo año.

Al final del expediente, Lozada pedía a la Real Audiencia le confiriera el cargo de gobernador interino de Venezuela en compensación y reconocimientos de sus servicios prestados a la Corona y a Su Majestad, el Rey.

Escuchado con mucha atención, pero sin buena intención, los integrantes de la Audiencia de Santo Domingo, le negaron la petición, designando en dicho cargo a Francisco Hernández de Chávez, recién llegado de la península y con el solo mérito de ser familia del licenciado Gragedo, oidor de esa Real Audiencia. Lozada en ese momento meditó y recordó su papel en la derrota del Negro Miguel.

(•)Cumbe, rochela o cimarronera: Aldea de esclavos fugitivos

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

En 1552 el español Damián del Barrio descubrió una veta de oro en las márgenes del río Buria, cercana a Nueva Segovia de Barquisimeto, la cual convirtió en mina.

El hallazgo de oro, despertó la codicia en los corazones y mentes de los vecinos de la zona, incluso en los del Tocuyo, quienes ilusionados con un nuevo y cercano Dorado, se dedicaron a esta actividad, poniendo a trabajar como mineros a sus indios sometidos y a los negros esclavos de sus propiedades.

A finales de ese año, ingresaron 80 nuevos esclavos negros, recién importados del África, vía San Juan de Puerto Rico. Todos destinados a la explotación aurífera en dicha mina, posteriormente denominada Minas de San Felipe de Buria, hoy Nirgua del estado Yaracuy.

Los españoles enceguecidos por la obtención del dorado metal, sometían a los esclavos –negros e indígenas- a una explotación brutal con grandes maltratos, comida escasa, condiciones inexistentes de higiene y hacinamiento.

Entre estos esclavos se encontraba Miguel, quien en el momento de ser azotado, derrumbó y mató a su torturador y puso en libertad a varios de sus compañeros de infortunio, para después huir y establecer una cumbe en la zona montañosa aledaña.

Al poco tiempo, Miguel junto con su grupo de fugitivos, regresó a las minas, mató e hirió a algunos españoles y liberó a todos los esclavos,

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

incluyendo a varios indios jirajaras, quienes al emprender la fuga, decidieron compartir la suerte y aceptar el refugio ofrecido por Miguel. La cumbe se convirtió en zona liberada. Crearon un reino. Establecieron una corte real. Como Miguel I fue designado su rey. Se convirtió en el primer y único rey que ha existido en Venezuela; salvo sus majestades, los reyes españoles en el período colonial.

Durante dos años se desarrolló en las montañas, el reino-cumbe del rey Miguel I; reina designaron a su esposa Giomar; príncipe a su menor hijo; también nombraron un jefe religioso con el cargo de arzobispo.

La confección de este reino fue hecha al estilo de su patria originaria del África Occidental, en el golfo de Guinea y fue compartida tanto por negros como por los indígenas jirajaras.



Miguel I –Negro Miguel-

El reino-cumbe prosperó. Crearon una comunidad agrícola, fortificada con varias cercas de madera y vigilancia permanente.

En algunas oportunidades combatieron y derrotaron partidas españolas, enviadas a someterlos.

Convencidos de lo difícil de su destino, atacaron a los conquistadores en sus propias poblaciones. Para ir al combate, Miguel I, tal como lo relata Federico Brito Figueroa en su libro “Las insurrecciones de los esclavos negros en la sociedad colonial venezolana” acompañaba, dirigía y arengaba a sus tropas, pobremente armadas, sobre cuál era la razón y objetivo de la lucha:

- **“Debemos conseguir la libertad que justamente nos la han podido procurar. Dios creó libre a los negros, como a la demás gente del mundo. Los españoles tienen a los negros en perpetua servidumbre. ¡Solo seremos libres si peleamos con bríos!”.**

El rey Miguel I comandó varias incursiones para apoderarse de Nueva Segovia de Barquisimeto. Asiento poderoso de los españoles, de donde partían la mayoría de fuerzas coloniales para hostilizarlos.

Desafortunadamente, no pudieron tomar la ciudad. Seguramente la falta de armas de fuego y acero y caballería, además de la carencia de una buena estrategia guerrera les impidió coronar con éxito su esfuerzo.

Diego González Paredes y Diego Fernández de Ojeda, encabezaban la tropa española en Nueva Segovia, contra las fuerzas del reino negro e indígena. Ellos solicitaron y obtuvieron refuerzos del Tocuyo.

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

Del Tocuyo enviaron al general Diego de Lozada, al mando de un ejército español, secundado por indígenas sumisos flecheros.

Diego de Lozada trabó varios combates, con las fuerzas de los ex-esclavos negros e indios. Vencedores resultaron los españoles, aun cuando africanos y jirajaras siguieron en resistencia junto a su rey.

En un combate, final, García Paredes dio muerte al Rey Negro Miguel I.

Muerto Miguel I, sucumbió el reino. Nada se salvó de la venganza española: Las viviendas fueron incendiadas, los cultivos arrasados las empalizadas y cercas destruidas. Las mujeres, los jóvenes y niños esclavizados. Los adultos y los viejos asesinados.

Servicio que el gobernador de Venezuela, Juan de Villegas Maldonado apreció en demasía y calificó a Lozada como un fiel servidor de Dios y de su majestad el Rey de España y sus colonias en el nuevo continente.

Sin embargo, indígenas jirajaras, negros, mestizos y varios blancos alimentaron su fe, creando y creyendo en la leyenda que desde entonces formaron.

El Rey Negro Miguel I, nunca murió. Buscó y obtuvo la protección de la Diosa María Lionza en las montañas de Carduvaré.

La propia diosa, lo protegió y lo incorporó en su corte celestial de Sorte, región montañosa del hoy estado Yaracuy.

Actualmente, forma parte de su corte celestial, siendo denominado Negro Miguel, objeto del culto y adoración de cientos de miles –tal vez ya de millones- de creyentes en Venezuela y otros países.

La decisión de la Real Audiencia de Santo Domingo, no tomó en cuenta los documentos y argumentos presentados, desechó la petición, para darle el cargo a un advenedizo.

Lozada apeló ante el Rey español, el 30 de Agosto de ese año 1569 y decidió regresar nuevamente a Venezuela.

- Con mi espada y mi gente, pero sobretodo con mi esfuerzo y decisión vencí a los esclavos insurrectos de Buria y rescaté a los vecinos de Barquisimeto del asedio al cual estaban sometidos; combatí con diferentes grupos indígenas caraqueños, les derroté, conquisté el valle de Caracas, lo poblé y fundé Santiago de León y en su litoral establecí Nuestra Señora de Caraballeda; presté muchos otros servicios a la corona, pero fueron puestos de lado por la Real Audiencia de Santo Domingo y seguramente hasta su majestad el Rey hará otro tanto.

Entre acongojado e iracundo, se lamentaba Lozada, mientras observaba desde la embarcación en la cual regresaba a Venezuela, el pasar de las nubes sobre un cielo azul,

reflejado en las aguas, interrumpido de cuando en vez, por el oleaje del mar Caribe.

La muerte, destino final de todo ser humano, lo alcanzó unas semanas después en la población de Borburata, donde sin grandes honores fue enterrado.

En sustitución de Lozada, designó el nuevo gobernador de Venezuela, Francisco Hernández de Chávez, como su teniente de gobernación en Santiago de León a un joven de 24 años de edad de nombre Bartolomé García.

Muchos de los compañeros y soldados de Lozada, sabedores de su muerte y de la injusticia decisión tomada en su contra por parte de la Real Audiencia en Santo domingo, abandonaron Caracas.

Ocurrido este hecho la ciudad quedó con una defensa disminuida, muy especialmente, cuando habían arreciado las acometidas y el hostigamiento por parte de las diversas tribus indígenas.

En una ocasión, arrasaron una sementera, talaron las plantas, arrancaron los frutos y la incendiaron; en otro, flecharon algunas reses y atacaron a los indios de servicio y a varios de los propios españoles, hiriendo o matando a algunos.

Los habitantes de Santiago de León entraron en pánico. La asiduidad del asedio y el permanente y extraño sonido de los fotutos exasperaron sus

nervios, aun cuando los daños ocasionados fueran pocos.

Las perspectivas de un gran ataque indígena les atormentaban. Permanentemente estaban sobre las armas. Las hostilidades indígenas les parecían demasiado frecuentes, peligrosas y posiblemente anunciadoras de algo peor.

Otro tanto ocurría en la población litoralense de Nuestra Señora de Caraballeda, la cual igualmente, pero en menor medida, sufrió el despoblamiento, al ser abandonada también, por varios de los integrantes de las huestes de Lozada.

Desde Santiago de León, habían destinado Lozada, parte de la milicia para contribuir con el crecimiento y custodia de esa población. También presas del pánico, sus vecinos debieron encarar amenazas y acometidas indígenas.

Para enfrentar esta situación, los alcaldes de Santiago de León y Caraballeda, despacharon a Juan Serrano para invitar al capitán García González de Silva, mejor conocido como Garci González, quien se encontraba en Valencia a reunir toda la gente que pudiera para formar un ejército e ir a socorrerles.

Consideraban los colonos, comprometida la existencia no solo de los vecinos de ambas poblaciones, sino la posibilidad de la existencia misma de las ciudades, ante el continuo asedio y hostigamiento aborigen.

García González organizó una tropa, compuesta por 80 soldados veteranos, numerosos indios sumisos, abundantes reses, media docena de perros de presa, comida, armas y pertrechos de guerra.

De Valencia, marchó a Mariara, donde Gabriel de Ávila le esperaba con 15 hombres de a caballo, todos vecinos de Santiago de León y en cuya compañía entró a la ciudad, luego de una jornada relativamente tranquila durante más de una semana.

IV.- ASALTO CARIBE A CARABALLEDA. ARMAS DE FUEGO Y ACERO CONTRA LAS DE MADERA Y PIEDRA.

La noche, fiel compañía de los asaltantes furtivos y un oleaje monótono, señal de un mar por demás tranquilo, fueron indicadores de una serena cobertura del desembarco costero de los indígenas caribes.

Después de varios días de navegación y procedentes de la isla de Granada, los combatientes aborígenes arribaron en 14 piraguas a las playas del litoral central. Venían preparados y dispuestos a asaltar y tomar la recién fundada población de Caraballeda.

Bajaron de las embarcaciones en total silencio, solo interrumpido por sus pasos y las órdenes en voz muy baja de sus jefes. Dejaron la playa y

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

comenzaron a subir la montaña, donde aún en construcción se encontraba “Nuestra Señora de Caraballeda”.



Los españoles conocían de esa posible incursión indígena, gracias a la delación de varios indios de servicio.

Los indígenas de Granada, en búsqueda de apoyo para su incursión, les habían comunicado a varios de sus parientes y amigos litoralenses de su decisión de tomar la población española.

Varios de los aborígenes libres, de manera confidencial, comentaron la posibilidad de dicha acción a algunos de los indios sometidos, a fin de prevenirlos.

De manera casual, los indios soplones se enteraron con toda certeza, del asalto a producirse en tiempo relativamente corto y llevaron el chisme a sus amos españoles.

Los conquistadores poco tomaron en cuenta esta advertencia de los indios sometidos, pues era una manera muy usual de algunos de ellos para intentar congraciarse con sus amos; pero de todos modos, pusieron una guardia nocturna, por si acaso.

Así, cuando ya no lo esperaban, pero habiendo mantenido la guardia permanente, el primer contingente caribe fue divisado, cuando subrepticamente, montaña arriba estaba a punto de ingresar en la ciudad.

Con sumo cuidado y gran sigilo se habían bajado de las piraguas y dirigido sus pasos hacia el poblado, pero era de madrugada, comenzaba a despedirse la oscuridad y las primeras luces del alba, lanzaban su claridad. El viaje les había demorado más de lo previsto.

El vigía observó ese primer contingente de indígenas tratando de colarse en la población y tocó a rebato. Un grupo de españoles, acompañados de indios flecheros de servicio, despertados con los gritos de alarma, una vez enterados se prepararon para hacer resistencia en una primera instancia, y gracias a las armas de fuego y de acero tendrían la ventaja.

Algunos caribes entraron, flecharon a varios de sus habitantes, tanto españoles como indios de servicio y capturaron a algunas mujeres.

La batalla como siempre fue sangrienta: los españoles disparando a boca de jarro sus armas de fuego y ballestas y con la superioridad del acero toledano de sus espadas y puñales, debidamente protegidos por cascos y escaupiles, no daban prácticamente posibilidad a la acometida de los caribes.

Los indígenas con sus macanas y lanzas trataban de dominar, de obtener la ofensiva,

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

presuntamente dada por la sorpresa, pero al fin y al cabo con sus instrumentos de pelea, de madera y piedra y sin poder seguir usando arcos y flechas, les resultaron casi inútiles. Los conquistadores, totalmente despiertos, reagrupados, bien armados y protegidos, los aventajaron ampliamente.

El sol iluminó totalmente la aldea y los españoles sintieron, vieron y tuvieron con su luz, un aliado. Les permitió conocer el número de las tropas indígenas y pasar de elementales medidas defensivas a una ofensiva total.



Recuperados de la sorpresa inicial, tomaron la iniciativa. Primero se habían defendido como pudieron de la acometida indígena. Después al salir del estupor, causado por la sorpresa y totalmente despiertos, se agruparon y organizaron. Finalmente, pasaron a la ofensiva. Hirieron y mataron a algunos combatientes de los pueblos originarios y pusieron en retirada la tropa indígena.

Las piraguas fueron ocupadas con gran rapidez por los caribes, quienes en desordenada fuga se hicieron a la mar nuevamente. Liberaron a las mujeres españolas prisioneras, cargaron

sus heridos y dejaron muertos a varios de sus compañeros.

De esta manera, los españoles se salvaban y salvaban la población de Caraballeda.

De todos modos, les quedó la terrible inquietud, de la repetición de esta acción, incluso con grandes posibilidades de éxito, para los caribes y demás indígenas del litoral o de las montañas y valle de Caracas.

En consecuencia, buscaron ayuda de la gente de Santiago de León; tenían la esperanza en el socorro solicitado, al capitán Garci-González y su ejército. Estaba recién formado, pero contaba con una mayoría de soldados veteranos. Ellos también debían concurrir en ayuda de Caraballeda.

V.- GRACIAS A LOS DIOSES POR LAS COSECHAS. OFRENDAS, BAILES, JUEGOS, COMIDA Y BEBIDA

Los preparativos bien organizados, las invitaciones realizadas con tiempo, la alegría era parte principal de esta celebración. La cosecha de maíz además de abundante produjo mazorcas grandes, cuyos granos también lo eran, y las plagas se habían inhibido de atacar los maizales, otro tanto había ocurrido con los cultivos menores, pero de uso diario en los condumios indígenas. Dar las gracias a los dioses

Sol, Lluvia y Tierra y por supuesto a los ancestros se consideró necesario.

Se trata de festejar y agradecer los frutos de esta primera cosecha, realizada con grandes esfuerzos, una vez mudados desde las cercanías de la laguna Caroata para esta intrincada y lejana región de la quebrada Tacagua.

La celebración sería en grande, a pesar de la invasión de los bárbaros barbudos, llamados españoles, quienes no sabían de la existencia de esta aldea y se hallaban muy distantes en la llamada ciudad de Santiago de León de Caracas. Hechos garantes de paz y tranquilidad, por algún tiempo. ¡Ojalá por siempre!; sin embargo como estaban las cosas no se podía esperar nada bueno del futuro inmediato, ni a largo plazo. Se dudaba de los acontecimientos por venir. No se sabía que podría pasar y en las invocaciones recientes a sus dioses y ancestros, poco habían podido sacar en claro.

Desde muy temprano comenzaron a llegar las familias indígenas de otras etnias. Vestían sus mejores galas: sus cabellos alisados, tratados con manteca de coco y adornados con plumas y flores; sus rostros pintados con colores vivos, al igual que sus cuerpos, cubiertos tan solo en sus genitales.

Las mujeres llevaban a la usanza de la época y región, tal como Gonzalo Fernández de Oviedo lo describió en su Historia General y Natural de Las Indias: “una mantilleja o trapo de algodón,

tan ancho como dos palmos.... Prendidos en una cuerda que se ciñen, e aquel trapo baja sobre las nalgas, e metenlo entre las piernas e súbenlo a prender en la misma cintura”.

Los hombres cubrían sus miembros en un estuche, que el mismo Fernández de Oviedo describe como: “un cuello de calabaza del tamaño que les conviene, en que traen metido el miembro viril solamente e todo lo demás descubierto, e aquel calabozo con una cuerda asido a dos agujeritos, e aquella ceñida al cuerpo”.

Llevaban sus hamacas para pasar la noche, unos traían comestibles diversos como frutas, yuca, batata o aguacates; otros, algunas piezas de cacería: monos araguatos, paujies o guacharacas. Todos ya arreglados y listos para colocar en el fuego.

Sobresalían como obsequios piezas de alfarería, varios brazaletes de oro y collares de perlas y lo más preciado dos espadas de acero, quitadas en combate a los españoles.

Arcos, flechas, macanas y lanzas eran portados por algunos de los indígenas invitados, no porque fueran a combatir, sino además de defensa por el camino, muy especialmente para emplearlas en las justas pautadas.

La dulce música de flautas, acompañada del sonar de caracoles inicio la celebración. Comenzó con una ofrenda de agradecimiento a sus dioses, quienes generosamente les habían

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

permitido o mejor otorgado, esa abundante cosecha.

Fueron encendidos varios braseros de barro, donde la manteca de cacao se ofrendó. Un yaguar, con toda su piel indemne, fue consumido lentamente, carbonizado por el fuego, entre canticos e invocaciones.

Varios cantos rituales de reconocimiento y de agradecimiento fueron entonados, a la par de bailar tomados de la mano o en fila.

La danza se acompañó con la ingesta en totumas de chicha de maíz, previamente elaborada y fermentada.

A continuación realizaron diversos juegos sobresaliendo las competencias del uso del arco y la flecha; el empleo y los ejercicios con la macana o la lanza; el rayado de yuca y la lucha entre gladiadores de distintas tribus. Todas muy aplaudidas.

Las madres atendían a sus niños pequeños, dándoles teta, arrullándolos y llevándolos en cargadores asidos a sus cuerpos. Los infantes más crecidos se entretenían tratando de imitar en sus juegos a los mayores.



La competencia por la puntería de los arqueros, despertó mayor entusiasmo entre los

espectadores, siendo la mejor calificada. Se trataba de flechar varias frutas colocadas una al lado de la otra.

En un segundo lugar, aun cuando muy estimada estuvo la rayada de yuca, resultando ganador, quien llenó primero su gran olla de barro.

Los torneos de lucha y las demostraciones sobre el uso de las macanas y las lanzas, fueron muy vistosos, pero tuvieron como siempre, el inconveniente de determinar un ganador. En la lucha, los enfrentamientos entre indígenas, solo podían ser calificadas, si transcurrido cierto tiempo resultaba alguien, por desmayo o lesión, obligado a dejar la lid.

Los ejercicios de enredados y diversos movimientos, en el uso de las macanas y lanzas solo fueron vistos y presentados como exhibición.

Siempre las justas, en especial de lucha, ocasionaban roces entre las etnias, pero en esta oportunidad no ocurrió así, el cacique Curutayma planteó: “cualquier lance o dificultad se debe experimentar en la lucha verdadera contra los españoles y por la libertad; solo estamos celebrando. Ya habrá oportunidad de demostrar la técnica guerrera y el valor al enfrentar en pelea real a esos invasores”.

Las jóvenes y las más viejas atendían la preparación de la comida, para luego ser servida en recipientes de barro, totumas y hojas de bijao.

Una maravillosa armonía se apoderó de la celebración. Todo fue regocijo, hermandad, y alegría. Las competencias, en cuya práctica casi siempre se presentaban reyertas y desavenencias, estuvieron muy animadas, sin incidente alguno. Muy en cuenta fueron tomadas las palabras, llamado a la calma y de exhortación contra los invasores, hecha por el cacique caraqueño.

La música, los cantos, los bailes, el consumo de la chicha y alimentos se prolongó hasta bien entrada la tarde, pero al declinar el sol en el horizonte, anunciando la llegada de la noche, algunos de los visitantes comenzaron a colgar sus hamacas en disposición de descansar hasta el día siguiente, cuando la celebración continuaría con nuevos juegos, comidas y bebidas en abundancia.

Este segundo día de celebración culminó como el anterior, sin tropiezo alguno; entrada la tarde fue repetida la maniobra de la noche anterior de guindar nuevamente las hamacas para reposar. La celebración había culminado. El día siguiente les esperaba con una larga travesía de retorno. Debían levantarse al alba, dar las gracias por las atenciones y dirigirse hacia sus aldeas.

Los integrantes de la etnia de Curutayma, igualmente se dispusieron a dormir, ya el cielo comenzaba a llenarse de estrellas; era el inicio de una noche como cualquiera otra, pero no. Ellos llevaban a su descanso, la satisfacción de

haber realizado una buena celebración, sus dioses y ancestros así lo considerarían, al igual, los invitados venidos de las otras comunidades caraqueñas.

Llegado el nuevo día, las familias aborígenes asistentes a la celebración, emprendieron los caminos de retorno a sus respectivas regiones, unos hacia las costas del litoral y otros hacia las montañas.

VI.- REFUERZO MILITAR LLEGA A CARACAS. GARCI-GONZÁLEZ HIERE O MATA A PARAMACONI

La columna de polvo y la música marcial señaló el arribo. Por entre calles de tierra, apenas trazadas, y ranchos en construcción, aunque algunos parecían terminados, entró la tropa, en columnas de a dos, adelante la caballería, luego la banda marcial, a continuación la soldadesca a pie, seguida por un grueso grupo de indios flecheros unos, otros cargadores, llevando vituallas y materiales de guerra, y pastores arriando ganado.

El arribo del ejército español de Garci-González fue recibido con gran entusiasmo, demostraciones de cariño y admiración por parte de los residentes de Santiago de León de Caracas. Significaba un gran alivio.

Luego de haber sufrido diferentes hostigamientos de las fuerzas indígenas,

durante varios meses, cifraban todas sus esperanzas de acabar la resistencia y ofensiva indígena en esta nueva milicia.

El capitán García González de Silva, originario del reino de Castilla, nacido en la población de Mérida, en 1546, según su amigo Martín Alonso era: “un hombre noble, hixosdalgo notorio, christiano viejo, limpio de toda rraza de moro ni xudio, ni de los nuevos convertidos a nuestra santa fe católica ni penitenciado por el Sancto Oficio de la Ynquisición”. (*)

Con el grado de alférez llegó al continente, en una expedición organizada por su tío Pedro Malaver de Silva, destacándose como guerrero, tanto en el viaje hacia este continente.

De primero, se lanzó a combatir los piratas que intentaron tomar la embarcación donde viajaba, y luego en todas las travesías efectuadas en el continente, peleó, con denuedo.

Las diferencias de carácter, de criterios y económicas con su tío, le provocaron muchos roces, hasta la separación definitivamente.

Se encontraba por aquel entonces avecindado en la ciudad de Valencia, cuando el comisionado Juan Serrano lo instó a auxiliar a los vecinos de Santiago de León.

Transcurridos varios días, satisfechos sus apetitos y necesidades, en especial las sexuales, resueltas con indígenas sometidas al

(*) Citado por Isaac Pardo en “Tierra de Gracia”, pág. 381, Monte Ávila Editores, 1984

servicio de los blancos; reposados los soldados y a instancias de los alcaldes ordinarios de la ciudad, partieron a sujetar la nación Taramaina, cuyos integrantes habían sido los más continuos hostigadores de los conquistadores y en especial a liquidar a su cacique Paramaconi, a quien consideraban el instigador principal de dichos ataques.

Después de confesarse, comulgar y ser bendecidos por el sacerdote católico Baltazar García, quien ofreció una misa y una rogatoria a Jesucristo para el buen éxito de la campaña partieron.

Al oscurecer, salieron de Santiago de León, las recién llegadas tropas españolas, comandadas por Garci-González, unos a caballo, otros a pie, acompañados de varias escuadras de indios flecheros y cargadores a su servicio.

Iban en búsqueda del cacique Paramaconi, por haber encabezado diferentes hostilidades contra los españoles, su ciudad, sus habitantes, ganado y cultivos.

Un niño indígena, de unos doce años, de la nación Taramaina, cuyo cacique era Paramaconi, los condijo por las inmediaciones de los pueblos de los caciques Guaremaisen, Parnamacay y Prepocunate, hasta arribar a una región montañosa, donde tenía asiento su aldea y vivía Paramaconi.

El ataque nocturno y sorpresivo de los soldados españoles fue fulminante; desconcertó a los

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

habitantes de la comunidad indígenas, en su reposo nocturno y dio la ventaja a los invasores. Pronto se produjo un modesto agrupamiento indígena intentando, enfrenar al atacante, esgrimiendo macanas, lanzas, arcos y flechas, pero sin mayores consecuencias. Las fuerzas españolas los superaban en cantidad, estilo de lucha y armamentos.



Paramaconi

Desde la vivienda de Paramaconi, seis indígenas arqueros hicieron resistencia a los soldados invasores, sin gran éxito, mientras por la parte de atrás, el cacique ayudaba a escapar a varias mujeres.

Garci- González al percatarse de las acciones de Paramaconi, lo embistió con su espada, rechazada por la anteposición de la macana del jefe indígena, al tiempo que de un empujón lo arrojaba al suelo, para seguir ayudando a las indígenas a esconderse y escapar entre la vegetación; posteriormente, se lanzó por una pendiente, tras lo cual Garci-González, espada en mano, lo siguió.

Al fondo del barranco continuó el combate, el cacique con su macana de madera y el español embrazando su espada de acero.

Luego de varios golpes, Garci-González lo hirió; Paramaconi arrojó su macana, y agarrándolo con sus brazos trató de someterle, pero debido a la sangre fluyente de la herida perdía fuerza; entonces, lo soltó y trató de huir. Momento aprovechado por el contendor para de un tajo, partirle el hombro izquierdo, bajando la espada hasta la cintura, cayendo el cacique al suelo, como muerto.

Creyendo haber matado a Paramaconi, Garci-González, pidió ayuda para remontar la pendiente. Auxiliado por sus soldados salió.

En ese momento, algunas familias abandonaban a toda prisa sus hogares para refugiarse en lo intrincado de las montañas aledañas. Una buena cantidad de cadáveres y heridos indígenas quedaban esparcidos, mientras otro grupo era hecho prisionero.

Pronto la aldea fue convertida en una gran hoguera, gracias a los buenos oficios de los soldados conquistadores.

La enorme pira llameaba y humaba. Amarrados de pies y manos los combatientes indígenas apresados, viejos y niños fueron lanzados a las llamas; igual suerte corrieron las mujeres de pelo blanco.

Todas las jóvenes, incluso las impúberes eran violadas en diferentes formas, por la soldadesca

española, con gran brutalidad y lascivia.

Los indígenas varones y hembras, apresados, salvados de la hoguera, fueron conducidos con una soga al cuello y atados de manos para ser vendidos como esclavos.

Las llamas de la aldea iluminaban el ambiente, mientras la ceniza y el humo trataban de ocultar la luz y la macabra actuación de los conquistadores.

Con la muerte de Paramaconi, el terror y exterminio causado, Garci González supuso obtendría el sometimiento de las demás aldeas Taramainas, así ordenó el retorno a Santiago de León y como héroes y salvadores les recibieron. Para algunos, en este encuentro falleció Paramaconi, otros, en especial los españoles afirmaron haber visto al cacique, pasado más de un año llegar en son de paz a la ciudad, acompañado de varios de los miembros principales de su etnia, con una gran cicatriz en su espalda, donde cabía un brazo; teniendo posteriormente una buena relación con su antiguo oponente y heridor Garci-González.

Tras la derrota o muerte de Paramaconi y el asalto sufrido a su tribu, los españoles se apoderaron de sus territorios y sometieron a los indígenas al vasallaje, mediante el sistema de encomiendas.

**VII.- ENGAÑO TARMA A LOS ESPAÑOLES.
ÉXITO DE LA GUERRILLA INDÍGENA.
VENCIMIENTO Y ESCLAVITUD DE LOS
PUEBLOS ORIGINARIOS**

Vista la calma suscitada luego del sometimiento de los indígenas taraimanas, a raíz de la desaparición del escenario caraqueño del cacique Paramaconi a manos de Garci-González, y el vasallaje de los integrantes de esa etnia, los colonizadores españoles tomaron una gran confianza.

El tiempo pasaba, sin la presencia de alguna hostilidad indígena contra Santiago de León o en sus inmediaciones.

Encomiendas y repartimientos se convirtieron en causa de desavenencias entre los colonizadores, pues todos aspiraban a los mejores terrenos y las aldeas indias más pacíficas y obedientes.

Los pueblos indígenas de los tarma y taraimana, tenían su asiento en las inmediaciones del río Mamo y otras quebradas que desembocan en el mar; en Carayaca y la región oeste de Los Huayavos (Catia La Mar).

Don Julián de Mendoza, a través de un mensajero, ordenó a los caciques del valle de Mamo, entre ellos a Parnamacay y Prepocunate y a los demás integrantes de esa etnia ir a trabajar en sus labranzas.

Los indígenas les contestaron afirmativamente, se pusieron a sus órdenes y le enviaron como

regalo y prueba de su obediencia, unas hamacas extraordinariamente tejidas y diversos productos alimenticios.

Don Julián, luego de participar y obtener la autorización del teniente de la gobernación Bartolomé García, se fue a recorrer sus territorios y a organizar la forma como estas tribus debían trabajar las tierras en su favor.

En las cercanías del río Mamo en el litoral fue recibido con agasajos y festejos como prueba del sometimiento de los indígenas.

En medio del convite, a una orden de Prepocunate, su gente acometió a los españoles, dándole él mismo, un machetazo a Julián de Mendoza, que le abrió la cabeza hasta los ojos. Varios de los soldados españoles se refugiaron en unas viviendas de los aborígenes, pero estos les prendieron fuego a las casas, muriendo por asfixia y efecto de las quemaduras.

De esta manera, los indígenas demostraban una vez más su decisión de luchar por su libertad e independencia, muy a pesar del dominio demostrado por los conquistadores españoles, quienes ya se habían apropiado de una parte, tal vez la mayor y mejor parte de Caracas, pero lejos de amilanarlos, les insuflaba los ánimos para seguir en el combate.

Por su parte, los españoles habían pensado como cosas del pasado, las acometidas y resistencia indígena; pero frente a esta nueva realidad, trataron de encontrar una solución.

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

Varias tumultuosas reuniones del cabildo caraqueño con los vecinos de Santiago de León, para establecer cómo defender la ciudad y sus propiedades recién adquiridas a través de la conquista, decidieron dar su apoyo personal y económico para acometer y rendir los indios rebeldes. Así mismo, aprobaron dirigirse al teniente de gobernación para informarle de la resolución y pedirle dispusiera, las medidas adecuadas para acabar con la insurgencia indígena y lograr su sometimiento definitivo.

En exhortación a Bartolomé García, para pacificar Caracas, le solicitaron efectuar las acometidas necesarias, durante el tiempo que fuese necesario a fin de terminar con la resistencia y someter a todos los integrantes de estas tribus a una obediencia permanente.



El teniente del Gobernador, García encomendó a Sancho del Villar. Al mando de un ejército, debía entrara en campaña. Castigar los caciques y someter a los indígenas Tarma y Taraimana. Por su parte, los aborígenes precavidos de la posible incursión de las fuerzas conquistadoras,

decidieron enfrentarlas, mediante una lucha de guerrillas, y a tal fin se hicieron fuertes en las montañas aledañas, en especial, en la de Anaocopón.

Durante varias semanas, eludieron un enfrentamiento definitivo. La superioridad de las armas de fuego y de acero, unida a los escudos, corazas y escaupiles usados por los invasores, más el empleo de perros de presa, caballos e indios traidores, fácilmente les habrían dado una pronta victoria a los conquistadores.

Prefirieron los naturales hostigarles de diversas formas: atacándoles en sus momentos de descanso; dejarse perseguir para llevarlos a zonas intrincadas; sacar ventajas al terreno. Desde elevaciones, lanzar en avalancha enormes galgas y mantener un asedio nocturno continuo de sus campamentos, con toque de guaruras y fotutos, tratando de mantenerlos en vigilia constante, sin poder dormir.

En las zonas más planas los indígenas cavaron fosos llenos de púas, que una vez cubiertos de hojarasca y vegetación se convertían en trampas mortales, para los invasores.

Al verse superados en las formas de combate, y luego de tener varios muertos y heridos, y resonando en sus oídos, el grito guerrero indígena de: *“ANA KARINA ROTE AURICOM ITO MANTO PAPOROTO MANTORUM”* (***¡SOMOS GENTE LIBRE Y JAMÁS SEREMOS ESCLAVOS!***),

Sancho del Villar ordenó suspender operaciones y retirarse al abrigo de la ciudad Santiago de León.

Pasadas varias semanas, los guerreros indígenas, con grandes penachos en sus cabezas; rostro y cuerpos pintados; algunos con pieles de animales feroces como yaguares, leones o grandes serpientes; usando incluso las colas de esas fieras y portando arcos, flechas, lanzas y macanas, fueron vistos por los españoles en las cercanías de Santiago de León. La vecina, una de las pocas damas españolas residenciada en la ciudad entre intranquila y asustada comentaba:

- “Por más rezos, invocaciones y promesas, hechas a nuestro Señor Jesucristo y a su santísima madre, la Virgen María, los gandules siguen en las inmediaciones de nuestra población. Corremos gran riesgo de ser muertos y nuestras pertenencias destruidas, el Concejo Municipal debe ordenar al Teniente de Gobernación el envío de tropas nuevas y suficientes, bien preparadas y abastecidas a acabarlos. A Dios rogando y con el mazo dando”.

A petición de los preocupados habitantes de la ciudad, Bartolomé García, designó un nuevo grupo guerrero. Nombró como cabo de la empresa a Francisco de Vives y lo envió a la cabeza de la tropa para someter a los indios

alzados en armas, quienes cada vez se mostraban más temerarios y agresivos.

Francisco Vives intentó destruir las fuerzas de los pueblos originarios. Sus primeras acciones se dirigieron a atacar y rendir los guerreros comandados por el cacique Parnamacay.

Los indígenas valiéndose de las mismas formas de lucha de guerrillas ahora en las montañas, lograron no solo prevalecer, sino derrotar a las tropas españolas, causándole muchas bajas entre muertos y heridos e incluso arrebatándoles equipos y bagajes diversos llevados por los conquistadores.

Ante los sucesivos fracasos, el comandante Vives regresó con las tropas coloniales, en una rápida retirada a Santiago de León. Pensaba, con tropas de refresco y en una mejor ocasión pudieran emprender la campaña definitiva a ser coronada con la victoria.

Otra cosa pensaban los vecinos. Este hecho exacerbó sus temores. Dirigidos por el Teniente de Gobernación reforzaron las defensas de su población e incluso de las viviendas, con comunicaciones internas entre las mismas, para en caso de ataque auxiliarse mutuamente.

Visto los frutos obtenidos por sus tropas, los pueblos originarios caraqueños, a invitación de sus caciques, trataron de liberar toda la región, y en ese sentido, con la motivación de sus triunfos y con su estilo de lucha atacaron el valle de Caracas y asediaron la ciudad colonial.

Múltiples fueron las acciones desarrolladas por los combatientes de los pueblos originarios caraqueños en los intentos por expulsar los extranjeros invasores. Hostilizaron las denominadas ciudades Santiago León de Caracas y Nuestra Señora de Caraballeda, sin obtener grandes resultados.

Solo lograron asustar a los vecinos y en alguna ocasión herir o matar a alguno de ellos, pero siempre tuvieron una cantidad mayor de bajas entre heridos y muertos.

Más fructífera resultó el aparecer de improvisto y atacar de inmediato a los españoles e indios de servicio en sus labores agrícolas o de pastoreo del ganado, pues a pesar de contar con escoltas de soldados y perros, lograron causarles diversos daños personales y de sus bienes al flechar, herir o matar a algunos de ellos o de su ganado y arruinar varios cultivos.

Esta práctica funcionó en múltiples oportunidades, hasta cuando bajo un ardiente sol, mientras los indios se concentraban, fueron atacados sorpresivamente por las huestes españolas al mando de Garci-González.

Muchas granizadas de plomo salidas de un par de versos (cañones livianos) y andanadas de disparos lanzados por sus arcabuces, el empleo de ballestas, sus armas de acero, de perros de presa y el enfrentamiento de indios contra indios y luego de muchas horas de combate, los españoles obtuvieron una victoria espectacular

al matar al cacique Prepocunate y a 300 combatientes indígenas.

A partir del año de 1570, los conquistadores pusieron en práctica su política colonial.

Se apoderaron de buena parte de las tierras, sujetaron a los integrantes de la etnia Taramaina con un cruel vasallaje, bajo el régimen de encomienda. Los Tarmas también fueron sometidos.

A través de la encomienda, obligaron a los indígenas a laborar en sus propias tierras, ahora para sus patrones, los invasores propietarios españoles; los azotaban por cualquier causa, por más pequeña que fuera, o los asesinaban según el capricho o designio de sus amos.

Las mujeres indígenas, en especial, las más jóvenes, aun cuando las de un poco más de edad, también fueron víctimas de la lascivia y las apetencias carnales de los colonizadores, fueron convertirlas en fábricas de mestizos. En el futuro y con el cruce con los esclavos negros traídos del África producirían el típico venezolano actual.

De estos exagerados apetitos sexuales, no se pueden siquiera excluir a los sacerdotes católicos, quienes a la vez que predicaban su religión y el celibato, tenían en sus iglesias y casas curales, varias damas indígenas a su servicio, como cocineras, aseadoras o ayudantes en sus labores pastorales con quienes compartían, además de los oficios domésticos y la actividad religiosa, su lecho.

VIII.- INTENTO DE SOMETER A LOS INDÍGENAS CHARAGATOS Y CARACAS

Vista la pacificación obtenida en gran parte de la región caraqueña y el sometimiento de las etnias Taramaina y Tarma, los concejos municipales de Santiago de León de Caracas y Nuestra Señora de Caraballeda decidieron emprender acciones bélicas contra los indígenas Charagatos y Caracas, localizados en el Guaraira Repano, la serranía entre la ciudad de Santiago de León y el mar Caribe.

Se trataba de realizar una campaña militar, para definitivamente, aniquilar toda resistencia indígena contra la conquista y colonización. Buscaban obtener territorios y una fuerza de trabajo permanente para el cultivo y la ganadería. La mayoría de conquistadores, ahora colonos, eran hijosdalgos, a quienes les estaba proscrito el trabajo, por ser oficio vil, propio de las clases bajas de la sociedad.

Indígenas, negros y ahora mestizos, quienes empezaban a surgir por cientos, solo eran siervos y esclavos de los blancos. A los españoles peninsulares y sus descendientes, les correspondía la propiedad de tierras y las encomiendas.

La clase superior de los blancos, estaba destinada a ser jefes, funcionarios de gobierno, oficiales del ejército, clérigos y propietarios. Todos los demás debían ser sus servidores.

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

El cabildo de Santiago de León, designó para emprender estas acciones de sometimiento de los indígenas Charagatos y Caracas, a Cristóbal Cobos.

Por su parte, el Concejo Municipal de Nuestra Señora de Caraballeda comisionó a Gaspar Pinto.

Una vez realizado todos los preparativos, las tropas de Cobos y Pinto, cada una por su lado incursionó contra los indígenas, en el Guaraira Repano.

Ambos ejércitos conquistadores, además de los soldados españoles contaban con indios flecheros y cargadores.

Avanzaron a pie, sin llevar caballería ni artillería; lo intrincado, la aspereza, las malezas y las pendientes de los cerros impedían su empleo. Colocaron en la formación, tanto en la vanguardia como en la retaguardia, bien repartidos arcabuceros y rodeleros.



Armados unos con lanzas o espadas, escudos, cascos y ropa de protección y los otros además del arcabuz, con medias espadas, puñales o por lo menos un cuchillo de carnicero y a sus espaldas una rodeleja de pequeño tamaño y por supuesto debidamente trajeados con escaupiles

y morriones con sobrevista de malla para proteger sus caras.

Los indios de servicio acompañaban a la tropa española, cargando los diferentes pertrechos a usar en los combates, los productos alimenticios e implementos para su cocción y demás artículos necesarios para la vida en campaña e iban intercalados entre los soldados y en tres cuadrillas según los implementos que llevarsen. Uno para la vanguardia, otros para la retaguardia y la mayor parte, para el batallón. Los indios cargueros fueron interpolados entre soldado y soldado para su protección, pero sobre todo prevenir una eventual fuga.

Intempestivo e inesperado fue el ingreso español al Guaraira Repano. Desde el litoral lo hacían las fuerzas comandadas por Gaspar Pinto y desde el valle caraqueño, las conducidas por Cristóbal Cobos.

Los indígenas sorprendidos, en un primer momento, resultaron derrotados. Cada ejército invasor, por separado obtuvo victorias en sus acometidas.

Las tropas de los pueblos originarios se defendieron y contraatacaron pasando a la ofensiva, causaron bajas entre muertos y heridos a los invasores.

La resistencia y oposición indígena obligó a los extranjeros a revisar sus acciones. Ante las pérdidas y daños sufridos en sus campañas, Cobos y Pinto unieron sus contingentes.

En ese momento, Guaimacuare salió de las orillas del mar y se internó en el Guaraira Repano, con cuatrocientos combatientes, para oponerse a la fuerza invasora conjunta.

Guaimacuare fue un cacique aliado con los conquistadores, en la época cuando Francisco Fajardo realizó sus primeras incursiones en las costas caraqueñas, una década atrás. Posteriormente, al sufrir él y su pueblo los vejámenes y maltratos dados por los españoles y después de las conversaciones sostenidas con el ya fallecido cacique Guaicaipuro se convenció de volver con sus hermanos indígenas, para expulsar a los extranjeros invasores.

En una noche silenciosa, cuando solo se escuchaban los sonidos naturales de la montaña, las fuerzas conquistadoras se adentraron en la misma, tratando de sorprender a Guaimacuare y sus tropas.

Al poco tiempo, se alertaron con el sonar de las guaruras de los indios vigías, informando el ingreso de los invasores. Entonces Gaspar Pinto a la cabeza de la vanguardia ordenó apresura el paso. La retaguardia, dirigida por Cobos, hizo otro tanto, hasta llegar a un caserío donde se encontraba el cacique Guaimacuare y con el grito de ¡ARRIBA ESPAÑA Y CIERRA SANTIAGO! iniciaron su ofensiva.

Los indígenas con su ANA CARINA ROTE
AURICON ITO MANTO PAPOROTE MANTORUM

les contestaron a la vez que respondían militarmente.

La batalla duró hasta el amanecer. Las fuerzas de los originarios se retiraron victoriosos hacia zonas más intrincadas.

Las tropas españolas perdieron diez soldados y debieron atender y cargar treinta heridos, entre ellos, al propio jefe Gaspar Pinto, quien después de una lenta agonía de 6 horas dejó de existir.

Desmotivado por la derrota y pérdidas de vidas, en especial la de Pinto, y temiendo por la propia, Cristóbal Cobos ordenó el regreso a Santiago de León y a Nuestra Señora de Caraballeda, llevando en cada caso sus heridos y los cadáveres de sus compañeros muertos en la batalla y la mala noticia de haber sido derrotados por las tropas nativas, sin saberse que podría pasar de ahora en adelante.

IX.- INVOCACIONES ANTES DE LA CAMPAÑA.

MESTIZAJE Y LEJANÍA DE LA VICTORIA

Los indígenas Caracas de la etnia del difunto cacique Catia, decidieron invocarlo, a sus otros ancestros y dioses caraqueños, para intentar conocer los posibles resultados de sus iniciativas y actuaciones.

Como sus hermanos de la etnia Charagato aspiraban volver a emprender una campaña defensivas y ofensiva (el cacique Catia les había enseñado el ataque como la mejor arma) contra

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

los bárbaros, malolientes y de pelos en la cara conquistadores cristianos, quienes se habían apropiado de buena parte del valle de Caracas, donde mantenían una ranchería, base de apoyo bautizada Santiago de León.



Lejos quedaba, pero aun en el recuerdo, la oportunidad cuando bajo la jefatura del gran cacique Guaicaipuro, las diversas tribus de Caracas se habían confederado para combatir de manera conjunta a esos invasores venidos de más allá del mar, de una región denominada España. Pero eso era cosa del pasado, muchos de los caciques habían sido muertos y otros, junto a su gente sometidos a un inhumano y cruel vasallaje, denominado encomienda o vendidos como esclavos.

Ellos, nunca serían esclavos, preferían la muerte a la pérdida de la libertad y libre albedrío, por eso se aprestaban a seguir en el combate para mantenerse en libertad absoluta y tratar de expulsar los usurpadores extranjeros.

En sus memorias aparecía como una terrible agresión, el haberse vistos obligados a abandonar su antigua aldea, sementera, sitios de caza y de pesquería, cercana a la laguna de Caroata. De no haberlo hecho, seguramente,

ellos, sus familiares y vecinos hubiesen terminado vendidos en un mercado de esclavos. En un acto rutinario antes de emprender una nueva actividad, consultarían con sus dioses Sol y Guaraira Repano, por intermedio de sus antepasados. Ellos poblaban el aire, las nubes, la luz, las montañas y las aguas, deseaban sus consejos y señales acerca del futuro y de las iniciativas a emprender.

Se trataba de expulsar del territorio a esos extraños y agresivos hombres blancos, venidos del otro lado del océano, por órdenes de sus reyes y de un piache mayor llamado Papa.

La consulta a sus dioses y ancestros nuevamente se realizó en las inmediaciones de la quebrada Tacagua, en una mañana luminosa y ardiente. Los iniciados y aprendices de las arte piachénicas o de mohanes (*) la escena para iniciar el ritual. La corriente del riachuelo Tacagua, aumentada ostensiblemente por las lluvias de las noches y días anteriores, era voluminosa, y a pesar de efectuarse la ceremonia a la orilla de un remanso, la catarata, ubicada cientos de metros atrás, subía no solo el volumen de sus aguas, sino también el estruendoso sonido de su caída en su largo viaje hacia el mar Caribe, a través de las montañas del dios Guaraira Repano.

Encendidos diversos braceros con manteca de cacao y fumando tabacos, comenzaron los

**(*) Piache o mohan: Sacerdote y médico
indígena**

cánticos en solicitud de los espíritus de sus antepasados, idos de diversas formas y épocas del mundo de los vivos y a través de los piaches, pudieran hacer acto de presencia y dialogar, de expresar los designios de los dioses.

Acompañados de la música producida por fotutos, guaruras, maracas y cascabeles, en un largo baile ritual, los incansables participantes danzaron por horas, hasta el instante, cuando algunos mohanes, entraron en trance.

Después de múltiples convulsiones, las palabras incoherentes en un principio tuvieron ilación y sentido: *“Lucha, lucha”*, para luego volverse nuevamente ininteligibles.

De improviso, otro piache dejó las incoherencias y pronunció la sentencia *“Varias generaciones, razas y culturas vencerán”*.

Los llamados, las invocaciones a los espíritus, en un staccato continuo se prosiguieron sin obtenerse ya otras respuestas.

El ingreso de un cúmulo de nubes oscuras, fue dando paso a una pertinaz lluvia, y la desaparición paulatina del sol, marcó la llegada de la tarde. Cesaron cantos, bailes y música.

La recuperación y salida del trance se inició. Al fin se hizo efectiva.

Terminado el momento místico, comenzó un análisis de las frases expresadas por sus ancestros a través de los sacerdotes, También fueron recordadas las palabras obtenidas en la

invocación anterior:” Lucha”, “Patria enferma, sometida y triunfal”

La expresión “lucha”, era un llamado de atención de sus antepasados sobre el tiempo transcurrido, seguramente muy largo, sin combatir para enfrentar a los invasores y les exhortaban con toda claridad a continuar la lid hasta expulsarlos o morir en el intento.

En cuanto la segunda expresión de varias generaciones, razas y culturas vencerán, encontraban diversas explicaciones pero ninguna realmente convincente, que si pasarían varias generaciones, antes de una victoria definitiva. El éxito con el cual se sobrepondrían a los españoles estaba aún muy lejano; pero eso de razas y culturas que vencerán parecía no referirse a ellos como pueblo indígena y si a esto agregaban lo afirmado en la invocación anterior:” Patria enferma, sometida y triunfal”, se les hacía difícil obtener una respuesta.

Tal vez, inspirado por sus antepasados o por las ansias de obtener una victoria aunque fuese tardía, Tirama planteó la posibilidad, muy cierta, de al producirse un mestizaje con los negros y los blancos, formarían una nueva raza y cultura, finalmente vencedora de los españoles, sus reyes y seguramente también de sus dioses.

Sin embargo, a pesar de poner a pensar a muchos, su interpretación no obtuvo una aceptación general, Los pueblos originarios debían evitar el mestizaje, seguramente esa era

la enfermedad a la cual se refirieron sus antepasados en la anterior consulta.

Sin llegar a un acuerdo definitivo sobre el tema, decidieron levantar la reunión, La garúa se había convertido en una fuerte lluvia y en compañía del viento calaba hasta los huesos.

En cuanto a continuar la lid contra el invasor, la opinión fue absoluta, no hubo quien se opusiera a la interpretación, era unánime, a ella se concentrarían, sin descuidar sus labores en la comunidad.

Eso aspiraban y querían, enfrentar y derrotar al invasor. Debían recuperar plenamente la libertad y los derechos a vivir en tranquilidad con sus familias en el valle, montañas y costas de Caracas.

La naturaleza no les pertenecía a ellos y mucho menos a los conquistadores; pero, como pueblos originarios, asentados hace mucho tiempo en esos territorios, si les pertenecía la posibilidad de desarrollarse en esta región como lo habían hecho sus ancestros, sin ser sometidos por los españoles o por cualquier invasor.

Decididos a continuar en el esfuerzo para expulsar a los extranjeros se retiraron a su aldea para continuar con sus vidas familiares, pero con la convicción de emprender la marcha sobre el enemigo, en pocos días.

**X.- HOSTILIZACIÓN EN LA LAGUNA
CAROATA. BUSQUEDA ESPAÑOLA
FRUSTRADA**

¿Por dónde comenzar y cómo?, se preguntó el cacique y piache caraqueño Curutayma, sin una respuesta definitiva; consultó con los principales integrantes de su tribu.

Él quería estar seguro de la campaña contra los españoles, estaban listos para comenzar. No debían, ni podían atacar frontalmente, entrar en combate total contra las fuerzas colonizadoras, era una locura, enteramente contraindicada. Estaban mejor armadas, protegidas por su vestimenta y contaban con instalaciones fortificadas en la aldea Santiago de León, y además una vez, comenzadas las hostilidades, serían perseguidos y buscados para exterminarlos o esclavizarlos.

Los consejos de las personalidades de su etnia, coincidieron con su propio pensamiento: Hostigarlos, no enfrentarlos directamente; atacarlos en sus diversas actividades de abrir espacios en la selva para la agricultura; en sus sementeras; en el pastoreo de su ganado, etcétera; flechar a los indios sumisos, ganado, perros, caballos y a los españoles.

Atacar, huir, preparar emboscadas, trampas y en especial, evitar la ubicación de su aldea, sus sementeras, sus refugios naturales y en general donde desarrollaban su vida en colectividad, con sus familias, con toda su gente.

Empeño en el cual, el fallecido cacique Catia había puesto toda su atención, cuando construyó la vía hacia la aldea a través de las aguas, al lado de grandes barrancos y fabricó un camino falso hacia la otra orilla de la quebrada Tacagua.

Deseaban coordinar acciones guerreras, con combatientes de otras aldeas; opción difícil después de los asesinatos de los caciques Guaicaipuro, Catia y otros, y en especial por la entrega y derrota de varias etnias, sometidas al vasallaje y en algunos casos convertidos en sus aliadas, contra sus hermanos de raza caribe.

Terminados los aprestos, en silencio y en alerta, las tropas indígenas bajaron de la aldea hacia la laguna Caroata.

Serena el agua de la Caroata, flores hermosas en sus orillas. Más allá una sementera con un maíz en pleno crecimiento. Varios indios e indias sometidos arrancaban yerbas invasoras, bajo la mirada y las órdenes de un capataz blanco. Unos centinelas montaban guardia en los alrededores, mientras otros conducían dos caballos a pastar.

Se presagiaba un día esplendoroso. Las flechas cruzaron el cielo. El sonido de guaruras y botutos resonó en los cerros aledaños. Hay confusión, pero los soldados responden con sus ballestas y otros, montan los caballos y lanzas en ristre se dirigen contra los indígenas atacantes.



Han cumplido con su cometido de hostigar al grupo enemigo. El cacique llama a retirada.

La tropa india se va en un aparente desorden, hacia las colinas cercanas y se interna en la selva.

Los jinetes llegan hasta la entrada del arcabuco.

Los infantes rodela embrazadas y espadas en mano les siguen y también se detienen.

Desaparecidos los agresores, inventarían los daños: dos indios de servicio muertos, un soldado español herido levemente, al entrarle una flecha en una mano y un caballo herido.

Enterados los vecinos de Santiago de León, el Cabildo decide enviar tropa para buscar, castigar y someter a estos aborígenes hostiles.

Luego de indagar entre los indios sometidos a encomiendas en esa región, obtienen la información de la posible procedencia de los atacantes, desde una aldea ubicada en las riveras de la quebrada Tacagua, pero sin indicción de a cuál altura o región.

- “Hombre, algo ocultan esos gandules, pues el tal riachuelo Tacagua va desde las frías montañas del Junquito, hasta las calurosa orillas de la mar en los

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

Huayabos, pero coño, debemos comprobarlo de todos modos”.

Así con más intuición que dirección certera, las fuerzas coloniales, llevando una jauría de perros se dirigieron hacia el curso ascendente del Tacagua.

Un poco más arriba de la laguna Caroata, y seguramente por donde debieron escapar los indígenas, luego de atacar a los españoles, los canes consiguen una pista.

Luego de pasar una montañuela, encuentran un caminito de indios, a través de la selva, por espacio de una legua y media, una subida constante, los acerca a la quebrada Caroata.

La vanguardia llega al final del camino, en los márgenes de la quebrada y nota, en la otra orilla, la continuación del camino.

Hacen un alto. Descansan, esperan al resto, comen verduras y jamón, en silencio, manteniendo las armas cercanas.

Extrañados por no conseguir indígenas, ni mayores indicios de su presencia, sino solo el caminito, extreman las medidas de seguridad, en especial para cruzar la quebrada. Envían a dos soldados primero. Con los arcabuces en alto y cordeles encendidos, mientras otros hacen lo mismo y esperan desde la otra orilla.

Pasan al otro lado, junto con varios perros y después de muchas observaciones y olfateo de los mastines, los soldados de la avanzada, dan la señal para el cruce del resto.

Los perros adelante, olisqueando, señalan un rastro, pero de pronto parecen confundidos, lo han perdido, pero ¿Cómo? Deciden extremando las medidas de seguridad avanzar por la vía, hasta que luego de media hora de recorrido, la vegetación la interrumpe.

Han seguido una pista falsa. Deben regresar o continuar, pero ¿por y hacia dónde? El jefe reflexiona y ordena abrir una vía hacia la parte superior y paralela a la quebrada, cuyo sonido se sigue escuchando.

Dura y larga es la labor, los indios de servicio, en el cortar la maleza y abrir paso, se turnan cada cierto tiempo en el empleo de los machetes.

Con la proximidad de la noche, deciden hacer un campamento. Cortan leña, unos tienden hamacas, otros se contentan con usar sus escaupiles para dormir. En el fuego central cosen alimentos. Se reparten las guardias y con la llegada de las sombras la tropa descansa.

Un día se sucede a otro, se avanza por la selva y varios claros, los bastimentos escasean. Han perdido las pistas o las seguidas eran erradas. ¿Quién sabe? Lo mejor es regresar.

En inusitado y perentorio tiempo regresan. Los soldados de caras alegres, las convierten en amplias sonrisas a las primeras miradas de Santiago de León. Entran en la ciudad.

Su regreso sin hallar a los asaltantes de la laguna de Caroata es mala noticia, igualmente, la

información recibida, acerca de los acontecimientos en el valle caraqueño.

Durante su ausencia, un grupo de indígenas atacó la hacienda de un repartimiento, causando varios muertos entre ellos un español, su esposa blanca, sus hijos y cuatro indios encomendados. También perecieron un caballo, seis ovejas, resultaron incendiada la vivienda y arrasadas las sementeras. Varias indias fueron secuestradas o huyeron con los asaltantes, llevando sus hijos.

La noticia cambia las sonrisas en muecas y con caras por demás serias, preocupados por las acciones indígenas, comentan:

- “Debemos castigarlos y someterlos a como dé lugar. Seguramente, este acto criminal fue cometido en complicidad con alguno o varios de los indios de servicio nuestros. En un mínimo de colaboración, debieron pasar el dato de la ausencia de la tropa española, y a lo mejor hasta participaron en el asalto”,

Con estas expresiones se manifestó el soldado Rodríguez.

A lo cual respondió su cabo Benildez:

- “Vamos a apretarle las tuercas a más de un gandul, para obtener una información certera. Seguramente nos dieron pistas falsas para la ubicación de la aldea de los indios atacantes en la laguna y para el asalto a la hacienda no me extrañaría

que algunos de los de servicio, sean cómplices”.

XI.- INVASIÓN DEL TERRITORIO MARICHE. SECUESTROS Y COMBATES. MUERTE DE TAMANACO

- “Unos a caballo, otros, los más a pie, traen unos perros de esos llamados mastines y como siempre los acompañan indígenas guerreros, esta vez de la tribu del cacique traidor Aricabuto”, quien también viene”

Informaba un indio mariche al capitán de su etnia, el cacique Tamanaco.



Tamanaco

- ¿Sabes cuántos son, qué tipo y cantidad de armas traen?”

Preguntaba el cacique al recién llegado, su espía en la ciudad española de Santiago de León, quien había hecho, con suma velocidad, la larga travesía existente hasta esa aldea mariche.

- “Son muchos, los de a caballo son como dos veces los dedos de ambas manos; los

de a pie, muchas veces los dedos de los pies y de las manos, y les acompañan otro tanto de indios flecheros y cargadores. Ah, los perros son también una cantidad equivalente a los dedos de las manos.

- En cuanto a las armas unas bestias, cargan, unas cañas muy gruesas que lanza rayos y truenos enormes llamados versos o cañones pequeños. Algunos bárbaros barbudos llevan palos de truenos otros, lanzas y escudos y todos portan espadas o cuchillos en sus cinturas, llevan escudos y vestidos de protección para sus cuerpos y cabezas. Los indígenas van desnudos como nosotros y armados con macanas arcos y flechas”.

Luego de calcular la distancia y la velocidad de la marcha, Tamanaco concluyó la llegada de los invasores para cuando las estrellas acompañaren a la luna en su aparición, es decir entrada la noche y en consecuencia ordenó desocupar el pueblo, refugiar a las mujeres y los niños en un valle, rodeado de algunos cerros, bien cubiertos de vegetación, donde deberían tener un buen resguardo.

Él, con los varones se armaba y preparaba para resistir y investir a las tropas invasoras, si fuere necesario.

El ejército conquistador estaba dirigido por

Pedro Alonso Galeas, capitán experimentado en la guerra contra los indígenas y le secundaba Garci González de Silva, quien al mando de numerosa tropa había llegado a Santiago de León, tiempo atrás, a solicitud del cabildo y los vecinos de esta ciudad. Estaba por terminarse el año de 1572.

La marcha se hizo sin mayores obstáculos, pasaron por varias aldeas despobladas; sus habitantes se habían marchado, luego de incendiarlas, señal del aborrecimiento y temor de los indígenas mariches, hacia los invasores.

Las entradas de los españoles, casi siempre destinadas a secuestrar la gente, sin importarles, la edad o su sexo eran muy temidas; al fin y al cabo los llevarían para ser vendidos como esclavos.

Después de pasar varios días, en tan solo exploraciones por aldeas quemadas, una noche Pedro Alonso Galeas le ordenó a Garci González, ir al mando de una tropa a hacer el reconocimiento exploratorio de una región.

En eso estaba, cuando al acercarse a una quebrada, oyendo el murmullo del agua entre la selva, y por la pista conseguida por los canes, se topó con el lugar escogido por el cacique Tamanaco para el resguardo de las mujeres y los niños de su tribu.

Mediante una maniobra envolvente, los conquistadores trataron de secuestrarlos a todos. Algunas mujeres y niños lograron

escapar, aprovechando la oscuridad de la noche y el follaje por donde solo se filtrara una escasa luz de luna. Fueron directamente hacia la concentración de Tamanaco y sus hombres a dar la noticia de lo acontecido.

Los indígenas informados y alertados por su capitán Tamanaco, se dirigieron con gran presteza a enfrentar al invasor y liberar a los secuestrados.

El eco del cañón y demás armas de fuego retumbó en las montañas aledañas, mientras cientos de flechas plenaban el firmamento en un sentido y el otro, pues las flechas lanzadas por los mariches contra las tropas españolas invasoras se cruzaban con las tiradas por las ballestas de los conquistadores y los indios sometidos a quien Aricabuto había convertido en sirvientes y defensores de los extranjeros.

Al grito del ANA KARINA ROTE AURICOM ITO MANTO PAPOROTU MANTORUN de **¡SOMOS HOMBRES LIBRES Y JAMÁS SEREMOS ESCLAVOS!**, los indígenas de Tamanaco atacaban, tratando de rescatar a sus mujeres y niños. La refriega se prolongó por varias horas. En un enfrentamiento desigual, se trabaron en combates cuerpo a cuerpo. Los conquistadores poseían armas de acero –espadas, lanzas y cuchillos-, y también ballestas y arcabuces, estaban debidamente resguardados con cascos, escudos y escaupiles. En cambio, los aborígenes iban desnudos.

Protección especial, les brindaban los conquistadores a sus animales –caballos y perros-, los recubrían en forma similar a sus soldados.

Los canes dirigían dentelladas a los cuellos de los naturales. Los mariches llevaban la peor parte, se enlutaba el campo indígena.

Con sus rudimentarias armas de madera: lanzas, macanas, arcos y flechas, pocas lesiones causaban a los soldados invasores y fácilmente eran muertos o heridos; las armas de fuego y de acero hacían estragos en sus cuerpos.

Con el advenimiento del amanecer, las sombras comenzaron a disiparse y luego de haber rescatado una buena parte de los secuestrados y consciente de las bajas, tenidas en el enfrentamiento, Tamanaco ordenó el repliegue. Quedaban casi un centenar de combatientes mariches muertos. Los heridos, socorridos por sus compañeros, fueron sacados del campo de batalla.

Los españoles tuvieron menos daños y mientras los indígenas se retiraban, decidieron hacer lo propio. Sus tropas estaban disminuidas por las bajas sufridas -entre muertos y heridos- y con el agotamiento producido, tras el combate, se replegaron en sentido contrario, llevando presas el grupo de damas y niños aborígenes, aún en su poder, para venderlos como esclavos.

Los mariches se acuartelaban en las montañas

selváticas, los españoles se dirigieron hacia las riveras del río Guaire.

A las orillas del río, en improvisado campamento, los conquistadores curaron y vendaron las heridas de sus compañeros, prepararon alimentos y descansaron sin abandonar la vigilancia.

Una vez descansados y debidamente alimentados prosiguieron la marcha hasta la desembocadura del Guaire en el río Tuy. Al pasar por varios pueblos indígenas solo conseguían cenizas; sus habitantes, antes de despoblarlos, por la cercanía de los españoles, los sometían al efecto de las llamas para evitar les sirvieran de refugio.

Ante la falta de bastimentos, la hostilidad general conseguida y la necesidad de atender los heridos, -convertido en una pesada carga-, aun cuando eran los indios capturados, quienes los llevaban, Pedro Alonso dio la orden de retornar a Santiago de León.

Retroceder por las orillas de los ríos Tuy y Guaire, hasta el poblado de Patina, le pareció mejor vía. A pesar de los encontronazos con las fuerzas de Tamanaco, les sería menos riesgoso transitar por estos sitios ya conocidos. Tomar por otro lado, podía significar una nueva aventura, de consecuencias desconocidas.

Habían transcurrido cerca de dos semanas, los indígenas desarrollaban nuevamente, su vida familiar, comunal. La posibilidad de un ataque

español, podría ocurrir otra vez; en consecuencia, no abandonaban la vigilancia, pero la inmensa mayoría de mariches estaban en lo suyo, atender los requerimientos de comunidad, sus mujeres, padres e hijos.

Mujeres y niños indígenas se bañaban en una playa tranquila del Guaire, cuando les alertaron de la cercanía de los españoles; de inmediato, emprendieron una veloz carrera hacia un arcabuco.

Los perros señalaron la ruta tomada por los indígenas, pero ya Alonso había ordenado seguir sin parar hacia Santiago de León, por tanto hacia allá dirigieron sus pasos.

Llegados los conquistadores a la playa, encontraron un niño de unos 9 meses de nacido, seguramente abandonado por su madre en la huida. El soldado Tapia tomó la criatura por una pierna y diciendo: yo te bautizo en nombre del Padre, Hijo y Espíritu Santo, lo lanzó contra una roca en el río. El bebé ya moribundo, ahogándose, se hundió, luego de ser batuqueado por las aguas contra las piedras.

Acción levemente reprendida por su jefe Pedro Alonso, pero castigada por el destino, al morir flechado por los indígenas, en el enfrentamiento acontecido después, a menos de 24 horas de la abominable acción.

Al día siguiente, las fuerzas conquistadoras entraron en combate con las tropas de los naturales, comandadas por Tamanaco. Dura y

larga fue la brega, hasta cuando Pedro Alonso ordenó tenderles una trampa en un cañaveral. Atrapados en la emboscada, los combatientes indígenas resultaron masacrados; algunos pudieron escapar y al salir de ella, abandonaban la lucha a toda prisa.

Tamanaco, rodeado por los enemigos se mantuvo peleando, contra varios españoles. Con tan solo su macana, logró matar a Hernando de la Cerda y a dos soldados más, pero, al abandonarle la fuerza, totalmente fatigado fue aprendido.

Pedro Alonso, una vez decidida la batalla a favor de los españoles y con Tamanaco prisionero, lo condenó a morir, ofreciéndole la libertad si era capaz de combatir y derrotar a un mastín llamado Amigo.

Tamanaco totalmente exhausto, aceptó entrar en lidia con el perro. El espectáculo incitó la lujuria sangrienta de los españoles. Tamanaco enfrentó las primeras embestidas y mordidas del can. Resistía con gran tesón, pero se encontraba agotado por el cansancio; así al no poderse tener en pie, cayó al suelo. Una feroz mordida del mastín en el cuello le cercenó la yugular, para luego arrancarle la cabeza.



Muerto Tamanaco, parte de su nación fue sujeta por los conquistadores, mientras unos pocos mantenían su rebeldía frente al extranjero invasor.

XII.- ASALTO EN TACAGUA, REMATE DE HERIDOS, VIOLACIÓN DE LAS MUJERES

La confesión extraída mediante torturas significó la ubicación exacta de la tribu del fallecido cacique Catia, la cual se hallaba en resistencia a los invasores de Caracas.

Varios indígenas obligados a servir de guías, condujeron a los españoles a la aldea.

Los integrantes de la etnia caribe, ahora dirigida por el cacique Curutayma, realizaban sus labores rutinarias sin imaginarse la posibilidad de ser agredidos por los conquistadores.

Las mujeres dedicadas a sus actividades del hogar, cocina, agrícolas o atención de los bebés, mientras sus hermanitos mayores empleaban su tiempo en diferentes juegos.

La mayoría de hombres en partidas de caza y pesca se encontraban. Desde la madrugada habían salido hacia los montes y el río.



Antes de emprender la búsqueda de los indígenas rebeldes, Garcí González dispuso las tareas en tantas ocasiones ordenadas a sus subordinados, acerca de la organización de los preparativos fundamentales para acometer una nueva acción: reunir la gente, designar los diferentes cargos del personal; acopiar y distribuir las armas y su dotación; asignar los mastines; escoger el grupo de indios de servicio y flecheros a llevar; resolver los asuntos concernientes a la logística general, amén de establecer una posible ruta a seguir, lugares para acampar, etc., etc., etc....

En esta ocasión el rumbo seguido fue similar al anterior, desde los cerros colindantes a la laguna Caroata hacia la quebrada de Tacagua; pero, en vez de seguir la vía en la otra orilla para continuar por el sendero trazado hacia ninguna parte, donde se habían desorientado los perros y sus amos; ahora, con las directrices de los indios guías, entraron al agua de la quebrada.

Debían recorrer un largo trecho por el torrente, en contra de la corriente, bordeando unas barrancas hasta llegar a una ensenada.

Allí, en la cala de la quebrada abandonaron las aguas para llegar, a través de la ubérrima vegetación, a un senderillo de un largo de media legua aproximadamente, para dar paso a una aldea indígena, compuesta de diversas viviendas o caneyes y un conuco debidamente cultivado.

En un espacio abierto en la selva, se agrupaban media docena de casas comunales de palma, de forma oval, separadas entre sí por una distancia de unos 100 metros y de varios sembradíos de diversas clases de vegetales comestibles.

Carne y pescados, previamente salados, colgaban de unas cuerdas, y se secaban a la luz y calor del sol.

Además de los indios baquianos, la vanguardia de la tropa invasora y varios indígenas flecheros, sumisos a los españoles y perros de ataque, de primeros entraron al poblado. Mujeres e infantes huían precipitadamente, escoltados por algunos hombres de la tribu; otros, con lanzas en ristre, macanas, arcos y flechas trataron de cerrar el paso a los invasores.

Una andanada de disparos de arcabuces, flechas y una jauría de perros se precipitaron contra los improvisados defensores. Toda la tropa ingresó a la aldea. La pelea duro poco. Los indígenas muertos y heridos tiñeron con su sangre piso y fogones de los bohíos y zonas aledañas.

Ganada la refriega, los conquistadores remataron a los heridos y los despojaron de los objetos de oro. Otro tanto hicieron con los prisioneros y se dedicaron luego a violar las mujeres, sin importarles que algunas fuesen niñas. De las viviendas, sustrajeron todo lo considerado de utilidad, desde hamacas, hasta enseres de la cocina, para luego abrazar en el fuego los bujios.

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

La sementera arrasada. Todos los frutos, la comida almacenada y varios enseres sustraídos de la aldea; los detenidos obligados a cargar lo saqueado.



Una larga fila de indígenas Caracas secuestrados, adultos e infantes de uno y otro sexo, con pesados bultos, bajo las órdenes de los españoles avanzó lentamente, mientras sus captores los insultaban e instaban a aceleraran el paso. Las llamas consumían sus viviendas y demás bienhechurías.

El camino de retorno, como siempre se les hizo fácil a los conquistadores, habían cumplido con la misión de acabar con unos indios levantiscos, obtenido varios objetos de oro, abundantes provisiones, tanto alimentos como objetos útiles de diferentes clases e indígenas para el mercado de esclavos, lo cual garantizaba una buena ganancia, y tan solo habían tenido como bajas, un español herido, cuatro indios sumisos muertos y tres perros también muertos.

- “Es verdad que dos incursiones hemos hecho en búsqueda de estos salvajes gandules. Ha valido la pena. Hemos ampliado el territorio de nuestra conquista, ganado provisiones y otras cositas como darle vida a nuestra

braguetas y capturamos bastantes indígenas, para vía Borburata, remitirlos al mercado de esclavos en Santo Domingo”.

Comentaba García González al cabo Benildez, quien frotando sus manos pensaba ¿cuánto le tocaría a él o el ambicioso de su jefe se quedaría con todo el producto de esa venta?

De las joyas de oro quitadas a los indios, muy poco le había dado, sin embargo, –relamiéndose los labios- recordó haber escondido para sí, un brazalete dorado, por el cual seguramente obtendría un buen precio, auto pago de su participación en la incursión.

XIII.- PREPARATIVOS Y TRAVESÍA DE INDIGENAS CARACAS SOBREVIVIENTES

Pasados varios días, los indios Caracas, sobrevivientes de la tribu recién diezmada buscaron reunirse, contándose un poco más de un centenar, casi todos varones, algunas mujeres y 5 infantes. Deambularon por las montañas enmarañadas de yerbas, entre arbustos y árboles, pero sin frutos para su alimentación. La cacería y una pesca improvisada les permitieron una subsistencia angustiosa en su constante andar errante.

¿Qué hacer? ¿A dónde ir? ¿Qué futuro les depararían los dioses?

En sus mentes solo recordaban la voz reiterativa

de sus ancestros: Luchar, luchar, luchar... Después de muchas reflexiones en su andar y con la mente fija en la venganza surgió la proposición de unirse por Loma Alta del Guaraira Repano, a las fuerzas de Guaimacuaire. Habían luchado y obtenido triunfos en sus combates; si bien no habían derrotado definitivamente al invasor, resistían y batallaban con éxito las acometidas de los malolientes bárbaros y barbudos conquistadores cristianos.

Tirama, quien ya era un guerrero reputado, expuso los inconvenientes de la travesía hacia esa zona y planteó como mejor alternativa, organizar la resistencia en esos lugares, ya bien conocidos. Lo fundamental es permanecer juntos y establecer una nueva aldea en un lugar más selvático y agreste.

Frente a estas expresiones, el cacique Curutayma oído los argumentos a favor y en contra y recordando lo sucedido, planteó la inutilidad de poblar y resistir en esa zona, ya lo habían hecho y las consecuencias estaban a la vista; ahora; este grupo reducido, debía ir a reunirse con las fuerzas indígenas comandadas por Guaimacuaire y eso ordenó hacer.

El cacique Guaimacuaire desde el litoral se había trasladado con toda su gente a las selvas del Guaraira Repano, había resistido y ganado en varias ocasiones a las fuerzas española. No solo en esta época, sino desde los tiempos del gran

Guaicaipuro, cuando escuchando sus consejos volvió con sus hermanos caribes y bajo sus órdenes, emboscó y derrotó a las fuerzas invasoras en el litoral caraqueño.

Ahora se había establecido con su gente, en Loma Alta y con gran éxito, había resistido las incursiones de los conquistadores, y también, les había derrotado.

De Santiago de León y Nuestra Señora de Caraballeda, habían enviado partidas armadas a combatirlo y seguro lo seguirían haciendo y tal vez con la ayuda de los sobrevivientes de Tacagua, podría pasar a la ofensiva.

Por ahora, ellos eran solo una partida de errantes, expulsados de sus tierras, poco podían perder; ya casi todo lo habían perdido, su aldea, sus hijos, mujeres, hermanos, demás familiares y amigos.

Intentar iniciar nuevamente una aldea en esos lugares, carecía de sentido común. Los conquistadores estarían buscando a los indígenas escapados de su masacre. Era un riesgo innecesario, no lo debían correr.

Terminado el intercambio de pareceres, todos los indígenas, incluso Tirama estuvieron de acuerdo en ir a sumarse a las fuerzas de Guaimacuaire.

Emprender un largo recorrido, como el planteado, hacia la lejana Loma Alta, en el corazón del Guaraira Repano, requería de muchas cosas. Con tan solo la voluntad les sería

imposible llegar. Además de la voluntad, necesitaban provisiones, tanto alimenticias como armamentos y mantenerse en forma para el largo recorrido y el combate.

Tomaron las previsiones necesarias para partir, pero antes de hacerlo, decidieron visitar la aldea, mejor sus ruinas, para conocer en detalle lo sucedido, con sus familiares y demás gente. También, para tratar de encontrar y rescatar de entre los escombros algo de utilidad para el nuevo rumbo a emprender.

La vanguardia, compuesta por tres combatientes, luego de largas observaciones entró e hizo un recorrido exploratorio dentro de la aldea. Finalizada la exploración hicieron señas para su ingreso al resto de la partida.

Viviendas quemadas, cadáveres insepultos o mejor osamentas se veían. Seguramente las aves carroñeras y otros animales se habrían alimentado con sus carnes, pero no era momento para lamentaciones. Recogieron algunas macanas, arcos y decenas de flechas en diferentes sitios de la aldea.

Hecho el inventario de la recolección contaron, además con dos vasijas de barro en buenas condiciones, a pesar del fuego no llegaron a explotar, una de ellas repleta de sal.

Del conuco arrancaron yuca y recogieron algunos granos germinados, todos, apetecidos alimentos.

También localizaron cerca de la aldea, una buena cantidad de fibras vegetales, dejadas secándose al sol. Con ella, realizarían hilos para cuerdas, chinchorros, carcaj, sacos, hamacas y otros elementos útiles.

Pensaron invocar a sus dioses y ancestros en función de indagar el futuro de la empresa a desarrollar junto a Guaimacuare, tal como siempre lo hacían, pero decidieron dejarlo para otro momento y lugar.

Permanecer en ese sitio, representaba un peligro. Había sido su hogar, pero ahora era solo ruinas y el cementerio de muchos de sus amigos y familiares, y lo peor de todo era conocido por sus enemigos, los conquistadores españoles.

En el instante de partir de la aldea, encendieron la leña, previamente recogida y amontonada e hicieron una gran pira funeraria, sobre la cual colocaron los restos de sus familiares y vecinos asesinados por los conquistadores.

Ante la jornada a emprender, y sin saber cuántos días les tomaría se dedicaron unos a una pesquería y caza intensa y los otros a realizar las labores de templar en el fuego puntas vegetales para waicas y flechas; tejer cuerdas, hamacas o bolsos y fabricar macanas y hachas de piedra.

Los alimentos acopiados alcanzarían por unos pocos días. Durante la travesía debían buscar cómo aumentar su cantidad; para ello debían cazar, pescar y recoger frutos y hierbas comestibles.

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

Como reservas llevaban pescados y carnes saladas, asoleadas o ahumadas así mismo vegetales de diferentes clases. Una preciosa provisión alimentaria, aun cuando insuficiente, pero junto con las armas y los tejidos recién contruidos, les infundieron nuevos bríos y optimismo para emprender esa larga caminata.



Las primeras jornadas, sin mayores tropiezos, tan solo una garúa constante. Lodazales y resbaladeros, así como caños y riachuelos crecidos, constituyeron los mayores obstáculos de los primeros días de travesía.

Dificultades vencidas con entusiasmo y deseos de llegar al encuentro con sus parientes caribes guaqueríes del litoral, ahora ubicados en el Guaraira Repano.

Llenos de optimismo, avanzaron sin tener una certeza absoluta donde estaba la concentración indígena de Guaimacuaire, solo sabían el nombre de la zona, denominado Loma Alta y hacia allá se dirigieron.

XIV.- EMBOSCADOS EN LA QUEBRADA ANAUCO. HORRORES DE LOS CONQUISTADORES

Ese día amaneció iluminado por un brillante sol, en un cielo despejado. Los indígenas de buen humor y sin mayor premura se acercaron a la quebrada Anauco; nacida en las alturas del cerro, sus aguas se desprenden en un largo recorrido montaña abajo, para convertirse en afluente del río Guaire en su trayectoria hacia el río Tuy, cuyo cause lo lleva hacia el mar.

Estaba abundada. Durante la noche y la madrugada el agua del cielo cayó continuamente sobre las montañas y los diversos caños crecidos y dirigidos hacia el riachuelo, lo habían convertido en una corriente peligrosa.

Debieron esperar varias horas, hasta cerca del mediodía, cuando bajó el torrente del riachuelo. Tomaron provisiones para atravesar la corriente de agua, pero descuidaron la vigilancia y medidas de seguridad a tener en cuenta ante una posible emboscada o encuentro casual con las fuerzas invasoras españolas.

Los primeros grupos indígenas atravesaron la quebrada, para ir a descansar en la otra orilla, mientras sus compañeros, en fila, uno detrás de otro y saltando de piedra en piedra cruzaban, sin premura alguna.

Pasaban los últimos, cuando una andanada de proyectiles y flechas cortaron la vida de muchos

de los integrantes de la columna. Habían caído en una trampa. Cadáveres y heridos fueron arrastrados por el torrente.

Otros disparos y flechas también causaron bajas en los indios Caracas, apostados en las arenas y piedras de la otra margen de la Anauco.

La celada se transformó en batalla cuerpo a cuerpo. Los aceros españoles herían de maneras diversas: Pequeños y grandes tajos, mutilación de miembros, decapitaciones, mientras la bravura de los naturales se expresaba en empecinada resistencia con sus macanas y lanzas.

El combate se extendió toda la tarde, con el terrible saldo de muertos, heridos y presos, por parte de la ya disminuida fuerza indígena.

En desordenada huida se desperdigaron cerros arriba los naturales, ocultándose entre los enormes árboles y las primeras sombras predecesoras del arribo de la noche.

Los conquistadores después, despojaron los cadáveres, los heridos y presos. Luego de violar a las mujeres capturadas, prendieron varias fogatas para asar a los indígenas heridos y detenidos.

Varias humaredas se desprendieron con un aroma a carne asada, mientras entre gritos y maldiciones se consumían lentamente los cuerpos de los indígenas.

Estaban conscientes de la pérdida económica producida por este proceder. Llevar los

indígenas era muy rentable; al venderlos como esclavos, representaba una buena cantidad de dinero pues “los esclavos representaban algo más que una bestia de carga, eran un instrumentum vocale, una herramienta que habla, una mercancía móvil que podía ser comprada y vendida en el mercado, sin ninguna consideración por los afectos o sentimientos que pudiesen tener las personas sujetas al régimen esclavista”.

Pero no podían, no debían y además no querían llevar prisioneros. Se convertirían en una pesada carga en el cumplimiento de su misión, de buscar y exterminar a todos los indígenas alzados contra el poder español.

Sabíanlos encabezados por el cacique Guaimacuaire, el cual rastreaban, con la orden de liquidarlo junto a su tropa gandul.

Las fuerzas combinadas de Santiago de León y de Nuestra Señora de Caraballeda debían cumplir a toda costa con esta misión pacificadora, para beneficio de ambas ciudades y como un gran tributo a Dios y a Su majestad, el Rey de España. En esta oportunidad no llevarían indios amarrados, andaban en campaña cerro arriba, hasta encontrar y derrotar las concentraciones indígenas alojadas en esas montañas y selvas del Guaraira Repano.

Desde lo alto de una montañuela, Curutayma, Tirama y algunos de sus compañeros sobrevivientes, escapados de la emboscada,

contemplaron con horror el espectáculo civilizador español.



Habían sobrevivido. Debían distanciarse lo más rápido posible. Se reagruparon y con paso ligero se alejaron del lugar de la emboscada. Seguirían en el empeño de sumarse a las fuerzas de Guaimacuare.

Previamente, curaron como pudieron los heridos, cargaron a los más débiles y sin haber comido en todo el día, reanudaron la marcha, pero, al acrecentarse la oscuridad, prefirieron aprovechar la noche para descansar.

XV. VUELVE LA FIEBRE DEL ORO. MUTILACION DE SOROCAIMA. DESOLACION DE LOS TEQUES

La actividad en Santiago de León se desarrollaba en medio de la calma y tranquilidad. Habían pasado varios años sin amenazas o asedios; los indígenas habían cesado en sus incursiones contra la ciudad; entonces los colonizadores, debidamente asentados en sus encomiendas, decidieron volver a explotar la mina de oro, en los predios de la etnia Los Teques. La habían

abandonado hacía mucho tiempo. En aquella época los indígenas, los habían expulsado.

Gabriel de Ávila, alcalde ordinario de la ciudad enviado al mando de un ejército integrado como siempre por soldados españoles, con armas de fuego y acero y con la protección de corazas y cascos preparó la expedición. Caballería e infantería, respaldados por perros de presa e indios flecheros y de carga le acompañaron.



Corría el año de 1573. Las tropas dejaron tras de sí una gran polvareda. Salieron de Caracas y tomaron rumbo a las montañas y selvas hacia los predios de los Teques, nación en relativa paz. Llegaron sin contratiempos, sin oposición.

Varios años habían pasado desde el asesinato de Guaicaipuro, el más grande, valiente y estratega cacique de la tribu de los Teques y jefe indiscutible de los pueblos originarios de Caracas, en sus montañas, valles y litoral.

Sorocaima recordó aquel momento, cuando dirigidos por el entonces alcalde de Santiago de León, Francisco Infante, al mando de una fuerza armada y contando con la colaboración del indígena traidor Maracapuy, atacaron sorpresivamente y de noche, su aldea, donde vivía el gran Guaicaipuro y lo mataron.

Maracapuy, integrante de esa etnia y esclavo servil en la encomienda del español Sánchez de Villar, por sus nexos indígenas familiares, se enteró de la dirección del cacique Guaicaipuro, dándosela a sus amos y ofreciéndose a guiarlos.

Al llegar a la aldea tequeña, condujo a la fuerza invasora directamente al caney donde habitaba Guaicaipuro. Trataron de entrar. Los custodios de Guaicaipuro, sus familiares y el propio cacique lo impidieron, hirieron a varios de los atacantes y se trabaron en refriega.

Al percatarse de la oposición indígena, lanzaron bombas de fuego e incendiaron la vivienda. Guaicaipuro y sus compañeros se vieron obligados a salir. Recibidos con andanadas de balas descargadas de los mosquetes y con soldados de espadas en mano, se enfrentaron con sus lanzas y macanas, mientras intentaban abrirse camino.

En esa oportunidad, Sorocaima y un grupo de indígenas aldeanos, dispuestos a ayudar en la defensa de Guaicaipuro y su familia, fueron acometidos por los conquistadores, embarazándoles el paso y causándoles numerosas bajas.

Guaicaipuro con la espada quitada al español Juan Rodríguez Suárez encaró a los agresores, muriendo en el enfrentamiento.

Sorocaima luego de recordar aquellos tristes acontecimientos, pensó: nuevamente los

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

bárbaros, barbudos al posesionarse de la mina y de parte del territorio tequeño, ocasionarán un gran perjuicio a nuestra nación. No se equivocaba, aun cuando los indígenas en esta oportunidad se abstenían de enfrentarlos.

Los españoles llegaron a la antigua casa y a las minas denominadas por ellos, Nuestra Señora de Los Teques.

Se instalaron, efectuaron algunas refacciones, para acondicionarlas y de inmediato emprendieron la explotación de los diversos veneros auríferos, obteniendo un rendimiento correspondiente a sus expectativas.



Se sentía soledad por donde pasaban las tropas extranjeras, se notaba por la ausencia de indígenas. Habían abandonado sus aldeas, para escapar de los españoles y de su posible captura para ser obligados a trabajar esclavizados en la extracción del oro, en las minas.

Ante esta realidad, Gabriel de Ávila ordenó a Garci González de Silva hacer una exploración por las diferentes aldeas, a ver si lograba capturar una buena cantidad, para ponerlos a

laborar de mineros o de servicio en cualquier otra actividad.

González de Silva, cobijándose en la oscuridad de la noche y con un firmamento lleno de estrellas, condujo su tropa hacia el sector denominado, el Peñón de Los Teques, asiento de la aldea dirigida por el cacique Conopoima.

Entraron los conquistadores en la aldea vacía, solitaria, sin gente.

Conopoima en acción previsiva había mudado a las mujeres y niños a regiones más distantes e intrincadas de las montañas de la zona, mientras a los varones convertidos en fuerza guerrera los había situado en un lugar aledaño.

Por una puerta falsa de un bujio, los integrantes de las fuerzas conquistadoras vieron salir en veloz carrera a dos indios, a quienes dieron alcance rápidamente.

De una estocada, Garci González, alcanzó a uno. Lo mató, para luego seguir al otro.

El indio huía y clamaba el auxilio de sus compatriotas, entonces sus sesos salieron expelidos con gran fuerza, al partirle su perseguidor la cabeza de un espadazo.

Frente a los gritos de auxilio, el cacique Conopoima ordenó a sus fuerzas avanzar. La pelea a los españoles, unos a caballo y los más a pie, portando armas de fuego y acero, canes de presa y debidamente protegidos con escudos y ropa acolchada se les hizo fácil a pesar del bravío comportamiento de los naturales.

Al final de la batalla, quedaron cuarenta y dos cadáveres indígenas y decenas de heridos.

Rematados los lesionados y despojados los cadáveres, procedieron al saqueo de las viviendas, donde encontraron objetos de oro y de plata, recuerdos del asalto y despoblación de las minas, hecho por los indios Teques años atrás.

En la refriega capturaron a cuatro indígenas, a quienes no pensaron sacrificar. Serían más útiles como esclavos en las minas. Entre los cautivos estaba Sorocaima.

Conopoima rápidamente reagrupó a una pequeña cantidad de combatientes indígenas y los condujo de nuevo al combate, tratando de flechar a los invasores, con infructuosos resultados.

Ante la nueva acometida de los naturales, Garci González, con sus tropas debidamente resguardadas, ordenó a Sorocaima dijese a los tequeños, dejarán de enfrentarlos o de lo contrario empalaría a los prisioneros.

Sorocaima a gritos pidió al cacique Conopoima apretar en la lucha.

De esta manera, la victoria estaría asegurada. Exhortación castigada por Garci González, mandando a cortarle una mano y enviársela a sus compañeros con su propio dueño.

El indígena extendió su brazo. Los soldados españoles procedieron de inmediato. Le cortaron primero la piel, la carne y los tendones

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

y después a punta de cuchillo le cercenaron la mano del brazo. Sorocaima aguantó callado, no se quejó y asiendo la mano desprendida con la otra se fue a reunir con los suyos.

Según algunos relatos, Garci González, al notar la valentía de Sorocaima revocó la orden de escindirle la extremidad, siendo unos soldados quienes por su propia cuenta lo amputaron. También dicen y así lo afirma José Oviedo y Baños en su libro “Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela” que Conopoima aterrado por este hecho dejó de atacar a los conquistadores.



Los españoles se retiraron hacia las minas. Después buscando el resguardo y protección de la explotación, además de dedicarle tiempo a la extracción del oro, siguieron incursionando en las diferentes aldeas tequeñas para someterlos y esclavizar a sus pobladores.

Estos hechos se repitieron por mucho tiempo y unidos a una epidemia de viruela en 1580, lograron el sometimiento primero y luego la extinción de esa población originaria.

**XVI.- ENCUENTRO DE LOS CARACAS CON
LOS GUAQUERÍES. EL MAL CESARÁ LA
LUCHA. HOSTIGAMIENTO A LOS
CONQUISTADORES**

Tras subir una montaña, se presentaba otra. Las acometían con la esperanza de poder llegar. Las nubes de mosquitos y zancudos los azotaban continuamente, pero su remedio, arto conocido, el aceite de coco embijado escaseaba.

Algunos heridos habíanse agravado, otros fallecido.

La mayoría estaban en franca recuperación, Las penurias pasadas eran cosa del pasado. Con gran optimismo seguían en la búsqueda de los guaqueríes del litoral, jefaturados por el cacique Guaimacuare.

El canto de las aves y las cigarras y demás sonidos de la selva fue interrumpido. Se oía el sonar de botutos. Respondieron en formas igual. Estaban llegando. Lo escuchado, sin duda alguna, significaba la presencia de indígenas. Seguramente, vigilantes, dando anuncio de su arribo. Por tal razón, respondían también en forma similar.

Al intentar subir otra cuesta, fueron abordados por grupos guerreros guaqueríes. Luego de identificarse y relatar todo los acontecimientos y sufrimientos pasados por culpa de los invasores y revelar sus intenciones obtuvieron el beneplácito.

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

El propio Guaimacuare les dio la bienvenida, a la vez estos indios Caracas le expresaban su agradecimiento, le reconocían como su jefe, a cuyas órdenes y servicio se comprometían.



Guaimacuare

Guaimacuare y Curutayma conversaron animadamente, pero con grande preocupación, por la intromisión de los barbudos, barbaros y malolientes españoles. Debían hacer algo, de lo contrario, la invasión sería definitiva.

Hacer algo era confrontarlos, atacarlos mediante un sistema de hostigamiento y huida, para mantenerlos en un estado de constante zozobra, debilitamiento de sus fuerzas, conservando las propias.

Dichos ataques siempre debían realizarlos a mucha distancia de sus aldeas, y por supuesto, sin dejar pista alguna de donde o como encontrarlas.

Ya los conquistadores se paseaban por el valle, el litoral y buena parte de las montañas caraqueñas como amos absolutos de todo.

A los indígenas, los consideraban sus sirvientes y esclavos y como si esto fuera poco, obligaban a

los naturales sometidos a adorar su dios mayor, un hombre muerto clavado en varios palos; a su mamá designada como virgen María y a otros dioses y diosas menores llamados santos y santas.

- Nuestra situación es difícil, pero debemos luchar, a eso vinimos.

Indicó Curutayma a Guaimacuare, quien le contestó:

- En eso estamos, salimos de nuestras aldeas a orillas del mar y no solo nos ocultamos. Aquí en esta montaña les hacemos frente, los emboscamos y los hostilizamos y con vuestra valentía y esfuerzo, continuaremos con nuevos bríos.
- Vinimos a combatir. Tal vez moriremos en el intento, pero bien vale la pena por ser libres y nunca esclavos.

Respondió Curutayma, recordando el grito de guerra caraqueño: Ana carina rote auricon ito manto paporotu mantorum.

El resto del camino, con las indicaciones y auxilio de los combatientes guaiqueríes se les hizo fácil.

Al final de una larga caminata, y después de cruzar varios caños, llegaron a una aldea.

Sus caneyes, sitios de trabajo; cercanía a una quebrada y buenos sembradíos, les hizo añorar sus antiguas poblaciones, primero, la ubicada en las proximidades de la laguna Caroata, la cual

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

debieron abandonar por las cercanías de los territorios tomados por los españoles y su posible invasión.

También, la aldea en las adyacencias a la quebrada Tacagua, destruida por las llamas provocadas por los conquistadores y a sus familiares y amigos asesinados en esa misma oportunidad.



Para instalarse, debieron construir nuevas viviendas, chinchorros, acopiar leña y demás actividades propias de la vida en común. Tenían varios días para “aclimatarse” y descansar.

Los pocos integrantes de la diezmada tribu del extinto cacique Catia, y del actual Curutayma se habituaban a la convivencia con los guaiqueríes o mejor eran ellos, quienes se aclimataban a compartir con los caraqueños.

El cacique Guaimacuare, al mando de buena parte de su tropa, se preparó para salir de la aldea a buscar y tratar de emboscar a las fuerzas extranjeras, las cuales, semanas atrás habían masacrado y derrotado a los sobrevivientes caraqueños.

Pero, como era costumbre, tanto de los indígenas Caracas, como de los Guaiqueríes del litoral y de los caribes en general, antes de

emprender una actividad, debían celebrar una ceremonia religiosa para invocar y consultar a sus dioses y solicitar la protección de los ancestros. Realizarían la invocación de manera conjunta.

Los mohanes de ambas etnias, en un lugar apartado, junto a una catarata, realizaron los preparativos para la invocación.

Muchos braseros con manteca de cacao, producían un aroma inconfundible apoderándose del lugar.

Las ofrendas, varias aves de vistosos y hermosos plumajes se consumían lentamente en la hoguera. Los indígenas se movían en una acompasada danza en medio de canticos e invocaciones a sus antepasados y dioses caribes. Botutos, guaruras y cascabeles acompañaban los canticos, imprimiendo gran solemnidad al acto.

Varias horas de melodías, bailes e invocaciones llevaron al éxtasis a los más iniciados en estas artes piachénicas, sin lograran hilvanar respuestas o recomendaciones sobre la empresa a emprender.

Curutayma, quien participaba en la invocación, pero no había entrado en trance, de pronto lo hizo; con toda claridad pronunció unas palabras a ser descifradas por los asistentes: “Lucha, lucha” primero y luego “El mal cesará la lucha”. Los indígenas y los mohanes prologaron el ritual hasta bien entrada la tarde, pero sin lograr otra

frase de los dioses o sus antepasados.

Consumida la manteca de los braseros, carbonizadas las aves y con el crecimiento de las sombras anunciando el ocaso del sol y la inminencia de la noche, dieron por terminada la ceremonia.

Solo quedaba la interpretación de la frase emitida por sus ancestros, en la boca y palabras del cacique Curutayma y a eso se dedicaron de inmediato un buen tiempo, sin lograr una explicación adecuada o mejor consensuada.

Pero como la recomendación de sus dioses y ancestros de ambas etnias era la lucha, a sus preparativos se dedicaron.

Después de varios días de ausencia, los indígenas exploradores habían regresado. La tropa conquistadora se adentraba por el pico Naiguatá. Estaba compuesta por soldados españoles con arcabuces unos, otros con ballestas espadas y lanzas, debidamente protegidos con cascos, ropa acolchada y escudos. También incluían algunos perros de armas y cientos de indios sumisos, usados unos para la carga y otros como flecheros.

Enfrentar una fuerza tan poderosa les pareció imposible, por tanto, tal como lo habían pensado y discutido, prefirieron continuar con la tradicional usanza de la guerra de guerrillas, hostilizar y desaparecer.

Así lo hicieron, aprovecharon las ventajas del conocimiento exhaustivo del terreno y el factor

sorpresa. Con tan solo unas decenas de combatiente realizaron una primera emboscada. Los perros los habían olfateado y delatado, pero pagaron con su vida la delación. Los combatientes naturales dieron muerte e hirieron a varios de los integrantes de esa fuerza invasora, en medio de una gran algazara producida con el sonar de botutos, la gritería de los guaqueríos y el lanzamiento de centenares de flechas.

Todos los indígenas guerrilleros venían camuflados con ramas adheridas a sus cuerpos, amén de las respectivas pinturas corporales.

Los españoles respondieron con andanadas de plomo y de flechas. Hechas para asustar, pero totalmente inefectivas.

Estos hostigamientos efectuados por varios días seguidos tuvieron resultados parecidos, aun cuando ahora, las fuerzas de los naturales tenían algunas bajas y el factor sorpresa, fiel compañero en el primer ataque, ya no les acompañaba. Los conquistadores siempre estaban prevenidos.

La incorporación del cacique Curutayma, Tirama y demás combatientes de la etnia Caracas a la lid, convirtió el optimismo en una acción deseada de venganza contra los invasores causantes de la quema de su aldea en Tacagua y la muerte de sus familiares y vecinos.

La posibilidad de expulsarlos del Guaraira Repano y luego, tal vez, de toda Caracas, se

convirtió, en sus mentes, en una obsesión.

Con la lanza en ristre y arco y flechas dispuestos para ser usados en caso necesario, Tirama participaba en el hostigamiento indígena contra los soldados colonialistas.

No habían sido muchas las incursiones, pero en todas las efectuadas, habían actuado con rapidez y efectividad, sin tener bajas en los dos primeros casos. Dichas hostilidades se habían concentrado en el lanzamiento de flechas contra españoles, indios serviles y canes, pero ahora se trababan en combates cuerpo a cuerpo; la situación era más complicada, más difícil.

En la madrugada, antes de la salida del sol, un numeroso grupo de combatientes infiltrados en el campamento español, los despertaron con la algarabía. Sonaban los disparos de los centinelas. Las flechas, lanzas y macanas de los aborígenes caían sobre los bárbaros barbudos y mal olientes conquistadores.

Tirama enfrentó a varios soldados, los hirió a lanzazos, pero en el momento cuando el toque de guarura llamaba a retirada, recibió una lesión producida por una espada en su brazo y de no haber sido por la intervención de otro combatiente, seguramente habría perdido la vida.

Herido emprendió, el repliegue. Al alejarse por la vegetación, sintió una quemadura y empujón en la pierna. Cayó sobre el pasto. Trató de incorporarse. Su pierna izquierda no le

respondió. Caído en el suelo, unos compañeros lo auxiliaron, ayudándolo, arrastrándolo montaña arriba.

En su vida de combatiente jamás había sido herido de consideración. Ahora tenía dos, una buena cortadura en el brazo y la otra de bala en su pierna. Manaban sangre. Dolían. Pero lo importante era ponerse a resguardo, luego se las curarían y eso estaba haciendo con mucha voluntad y gracias a la ayuda recibida.

**XVII.- LA HERIDA DE TIRAMA. AL
DESCUBIERTO LA ALDEA INDÍGENA.
EXTRAÑO RETIRO DE LOS ESPAÑOLES**

La sed le despertó; habían pasado tres días sumergido en un sopor, en la inconciencia. Pidió agua. Le acercaron una totuma a la boca e ingirió su contenido con sumo placer. Volvió a cerrar los ojos y poco a poco fue despertado por los dolores, provenientes de las heridas en su brazo y pierna. Se las tocó y las sintió muy gruesas y vendadas.

Tirama, al llegar a la aldea, había perdido el conocimiento. Atendido por una médica indígena, le trató con emplastos, apósitos y entablillado. Había estado inconsciente por varios días y ahora en medio de intensos dolores despertaba nuevamente a la vida, pero ese gran sufrimiento ¿era vida?

Lleno de paciencia y sobreponiéndose al padecimiento, comió y aceptó la continuación del tratamiento, consistente en cambios de las vendas y cataplasmas colocados en las heridas. Así pasaron varias semanas. El brazo quedaría con una larga cicatriz, pero la lesión de la pierna le impedía apoyarse sobre ella y se veía deforme. Seguramente el proyectil le habría dañado el hueso.

Al fin pudo caminar, con su pierna entablillada, rengueando apoyado en una rama. Producto de la herida estaba y seguiría por el resto de su vida cojo. Tal vez no serviría como combatiente, pero si podía ayudar en la lucha contra el invasor de muchas otras maneras.

Recordó a su esposa e hija a quienes no pudo salvar del ataque español en Tacagua. Seguramente si hubiese estado allí en ese instante, cuando entraron los conquistadores, las hubiera rescatado o tal vez, a lo mejor perecido él también, en el intento de salvamento. Cosas del destino, previamente señalado por los dioses.

Nunca pudo conseguir sus restos, pero algunos de sus vecinos escapados de la tragedia, le comentaron como acaecieron los hechos. Ella amamantaba la niña. La colocó en el suelo, y con un leño encendido, hizo frente a los invasores; la dominaron con facilidad; la violaron entre varios y luego le cortaron la cabeza. La bebe fue hecha pedazos por los perros.

Había sentido una gran pena al enterarse de lo ocurrido y solo deseaba vengarse, sin importar con quien o con que, ya fuera español, indio de servicio, canes, sembradíos, viviendas o animales de los conquistadores.

Pero en estos momentos, aquí en las montañas desde donde se divisaba el mar, emboscar a las fuerzas españolas cada día se volvía más difícil. Habían observado sus tácticas y formas de lucha. La situación se podía revertir, y pasar los extranjeros a la ofensiva. Ya estaban cerca de la aldea. Podían descubrirla y atacarla. Todo parecía cosa del tiempo.

Sin embargo, el cacique Guaimacuare consciente de sus responsabilidades de jefe de esa comunidad envió una comisión a efectuar intercambios comerciales con sus hermanos indígenas de las islas enclavadas en el mar.

Ya los conquistadores habían descubierto la aldea indígena y se prepararon para atacarla, destruirla y acabar con todos los gaudes indios, para así no solo vengarse de los asaltos y ofensas recibidas, sino también proteger debidamente a las ciudades Santiago de León de Caracas y Nuestra Señora de Caraballeda.

Al comenzar a asarse al fuego lento, el indio capturado cerca del campamento español, confesó la ubicación de su aldea.

La atacarían a la mañana siguiente. Muchos soldados e indios de servicio amanecieron enfermos. Suspendieron la ofensiva. Se sentían

mal, tenían calenturas, decaimiento general y se cubrían sus cuerpos con manchas rojas.

La posibilidad de una epidemia de viruela se sospechó, para ser confirmado totalmente, al transformarse las manchas en vejigas llenas de pus, acompañadas de un fuerte picor.

Fiebres, dolores de cabeza, decaimiento general y desvarío afectaron a los enfermos.

La ofensiva sobre los aborígenes rebeldes fue dejada a un lado, mientras se pensaba que hacer. Los enfermos, al cabo de varios días comenzaron a morir, en especial los indígenas de servicio, contagiados en casi su totalidad.

Suspender las acciones y volver las tropas a Caracas fue la decisión.

Guaicamacuare y Curutayma, encaramados en un enorme y alto árbol observaron como de manera por demás extraña, los conquistadores tomaban la vía del descenso rumbo a la ciudad de Santiago de León. Llevaban varias personas en angarillas, no estaban heridas, parecían enfermas.

Un día después, la avanzada exploradora indígenas, en el camino de seguimiento de los conquistadores se topó con cadáveres y agonizantes. Casi todos indígenas sometidos. Los cuerpos llenos de pústulas, desde la cara hasta los pies. Los agonizantes y postrados deliraban, agobiados con una gran calentura.

Para los naturales era un castigo divino a los indios sometidos, por haber aceptado como sus

amos a esos extranjeros y traicionado a los dioses caribes caraqueños, al cristianizarse. Avanzaron tras el enemigo y tan solo se tropezaron con más restos humanos, ahora comidos por zamuros y bestias de la montaña. Así, decidieron regresar.

**XVIII.- CARACAS REBOZA TRANQUILIDAD.
REPARTIMIENTOS Y ENCOMIENDAS
DESPOJAN Y SOMETEN A LOS INDIGENAS.
CRECE EL MESTIZAJE GRACIAS A LAS
VIOLACIONES**

La vida en la recién fundada Santiago de León era estable, los hostigamientos indígenas a la ciudad y a las partidas españolas en sus recorridas habían cesado.

El asesinato, la tortura y los asaltos a las aldeas indígenas, dieron como resultado el sometimiento de los pueblos originarios.

Las poblaciones de los naturales, habían sido sometidas lentamente, pero de seguido y sus integrantes repartidos entre los conquistadores.



Las minas de oro de Lo Teques, pertenecían a unos pocos, a pesar del esfuerzo realizado por

casi todos los vecinos para reactivarlas.

Como siempre, quien tenía la fuerza de su lado no necesitaba de otra razón. Los vecinos de Santiago de León, no se quejaron para nada. En conversaciones particulares se referían al abuso y engaño de quienes se habían adueñado de las minas, contando con la anuencia de las autoridades coloniales.

La decisión tomada por Diego de Lozada, como conquistador autorizado para fundar ciudades, hacer repartos de tierras y encomendar indios era una realidad. A su salida de Caracas esta labor fue continuada por sus sucesores.

Una vez pacificada buena parte de la región y sometidos los indios al régimen de encomiendas y distribuidas las tierras entre los conquistadores se comenzó a vivir un clima de colonización.

Los repartimientos y encomiendas, como cuestión lógica, obligaron a una parte importante de los conquistadores a dedicarse al cultivo de rubros agrícolas y la cría de ganado. Actividades destinadas a los indígenas, bajo la vigilancia y el control de peninsulares e isleños. El trato hacia los indios, era similar al de los negros esclavizados, resultando estos últimos mejores agricultores, pastores o mineros.

- Debemos comprar más esclavos porque son más trabajadores y obedientes, claro a la fuerza, con el látigo en la mano.

Los indios son flojos, gandules, vagos
huyen del trabajo.

Afirmaba Cristóbal Cobos en franca
conversación con su vecino Marcos Ribas.

- Si los indios son por naturaleza ociosos,
viciosos, de pocos trabajo, melancólicos
y cobardes, viles y mal inclinados,
mentirosos e de poca memoria, e de
ninguna constancia (*).

Le respondía el vecino, quien agregaba:

- Muchos dellos, por su pasatiempo, se
mataron con ponzoña para no trabajar
(*).

Sin embargo, le contestaba Cobos:

- Con el canario Carlos como capataz y su
látigo los hacemos laborar y con mi
bragueta me doy gusto con las indias,
muchas carajitas e incluso varias
casadas, quienes generalmente no le
dicen nada a su hombre, por miedo a
recibir un buen castigo de reprimenda o
intenten algo contra su patrono y
terminen heridos o muertos.
- “Claro, sin contar las negras a las cuales
también te aplicas.
- “Pero si vuesa merced hace otro tanto.

Ripostó Cobos en medio de grandes carcajadas
**(*) Citas de Acosta Saignes en “Vida de los
esclavos negros en Venezuela”. Vadell
Hermanos Edit. Caracas, 1984**

Humillación, privación de alimentos, retenidos de día y de noche en el cepo y el látigo a ser usado por la más mínima causa o dependiendo del estado del humor de los capataces o de los propios españoles y españolas, eran algunos de los tratos dados a los naturales.

Trabajar desde la madrugada hasta las primeras horas de la noche, todos los días, incluso los domingos; poca alimentación y abundancia de tratos crueles caracterizaron el sometimiento de los encomendados.

Las leyes de indias y las disposiciones de los reyes españoles planteaban en las relaciones del encomendero con sus encomendados, un tratamiento más acorde. Los indios debían ser adoctrinados en la religión católica, se les permitiría convivir en sus aldeas y poder cultivar un pedazo de tierra para mantenerse junto con su familia.

Pero no era así. La fórmula usada era “se acata, pero no se cumple”, para violar las disposiciones establecidas por la Corona.

El trato dado a los indígenas encomendados era inhumano y cruel, mientras las autoridades coloniales se hacían de la “vista gorda”, permitiendo dichas relaciones de súper explotación y degradación.

Cristóbal Cobos quien de conquistador había sido transformado en encomendero y propietario de un buen lote de terreno en las cercanías de Santiago de León, vivía

cómodamente, luego de desarrollar una hacienda de caña de azúcar y de ganado.

Varios isleños, entre ellos, Carlos en sus trabajos de capataces ejercían, un férreo control de los indígenas mariches, a quienes obligaban a trabajar todo el día y todos los días hiciera sol o lloviera, en las diversas labores de cultivar y cosechar y llevar la caña de azúcar al trapiche.

Su compañero y colega Julián, jefe también, hacía lo propio para obligarlos a las labores de pastoreo del ganado, ordeño de sus vacas y preparación de queso, sin permitirles el tener mucho tiempo para cultivar sus propios alimentos, en especial, de su condumio principal, el maíz.

El látigo y otros castigos eran usados para demostrarles quienes eran los verdaderos amos. Debían trabajar sin descanso y con afán, sin importar las necesidades y sufrimientos de los indios sometidos al régimen de encomienda.

A las mujeres indias, les tocaba unas veces trabajar en el campo, y otras en labores caseras, como cocinar, lavar o mantener las viviendas. Fueron objeto de la lascivia de sus amos. Violaban a las más jóvenes, algunas en plena infancia. Al cabo de nueve meses parían niñas y niños mestizos, sin ser considerados como hijas o hijos de españoles.

El irrefrenable deseo carnal de los amos castellanos, al mantener relaciones sexuales, con las negras, generaba su propia fábrica de

esclavos, cuyos frutos no gozaban de prerrogativa alguna por tener padres españoles, sino todo lo contrario por tener una madre esclava, eran catalogados como esclavos por nacimiento.

El hábito peninsular, de violar a las indias y a las negras, ocasionó el desarrollo de una nueva capa poblacional: los mestizos, quienes poco a poco, en medio de muchos sufrimientos y sus propias vivezas, superaron en número a los propios blancos e indios.

La población originaria fue desapareciendo por la mano criminal de los conquistadores y por las enfermedades traídas de Europa por los conquistadores y sus esclavos negros secuestrados del África.

Al cabo de varios años, pandillas de niños mestizos deambulaban, compitiendo entre sí y con cochinos y perros por desperdicios para alimentarse, en las calles de Santiago de León de Caracas y otras poblaciones venezolanas.

XIX.- LA VIRUELA ACABÓ LOS PREPARATIVOS ABORIGENES Y CON SUS VIDAS, EN EL GUARAIRA REPANO, EN LOS TEQUES Y BUENA PARTE DE CARACAS

Las fuerzas conquistadoras habían abandonado la búsqueda de los indígenas rebeldes en el Guaraira Repano, cuestión que alegró a las tribus.

Por ahora evitarían un enfrentamiento con ellos, no asediarían ni atacarían a Santiago de León, ni a Caraballeda. La guerra era ya cosa del pasado. Lo mejor, lo correcto sería dedicar tiempo a las labores habituales.

Entre las tareas a cumplir sobresalían, terminar de construir la aldea -faltaban viviendas para varias familias-; sembrar y cosechar diferentes rublos, sobretodo maíz; obtener buenas presas mediante la cacería; bajar hacia el mar para pescar; atender a sus familias.

Prepararon algunos elementos como carne en conserva, hamacas, redes, nasas y otros tejidos y alimentos para uso propio o para dirigirse hacia algunas islas, para cambiarlas por otros productos con sus hermanos caribes; con ese objeto ya habían enviado una comisión a Granada.

También pensaron efectuar una invocación de agradecimiento y conseja a sus dioses y ancestros.

Los caciques Guaimacuare y Curutayma, acordaron realizar otra ceremonia en conjunto, por tanto, ordenaron a los piaches y sus discípulos preparar todo lo atinente para realizarla en varios días.

Todo se normalizaba, los españoles se habían refugiado en sus ciudades Santiago de León en el valle de Caracas y Nuestra Señora de Caraballeda en el litoral.

- Será difícil expulsarlos de esos lugares,

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

- pero si Tamanaco, Catia y tú mismo, Guaimacuare con tu gente lo habéis hecho en el pasado, también nosotros, siguiendo sus ejemplos y con tu experiencia y dirección, podemos hacerlo, comentó Curutayma.
- Claro, no en estos instantes, pues por ahora, son muy fuertes. Debemos esperar la oportunidad; entretanto, seguiremos en nuestras labores de consolidación en la aldea y elevación de la capacidad combativa de los guerreros, respondió el jefe Guaimacuare.

Todos estaban llenos de optimismo por el curso de los acontecimientos. De pronto, comenzaron a sentir muchos y muchas de los habitantes de la aldea, fuertes dolores de cabeza y de espalda, incluso algunos con vómitos; decaimiento generalizado y manchas en la piel, convertidas horas después en úlceras causantes de un picor enorme y la gente abrazada en calenturas comenzaba a desvariar hasta morir.



La enfermedad, desconocida por los indígenas y para los cuales, los piaches no tenían cura, ni las personas anticuerpos, era una terrible epidemia de viruela, seguramente adquirida por algunos de los exploradores indígenas de esa etnia, al

tener contacto con los cadáveres y agonizantes dejados por los conquistadores en el camino de retorno a Santiago de León.

La viruela había llegado procedentes del África, en un barco negrero, contagiado a los habitantes de las dos ciudades españolas, establecidas en Caracas.

Los enfermos se contaban por millares, entre todos los residentes, sin respetar color de piel, sexo o edad. Causaba grandes estragos entre los indígenas sometidos, afectados en casi un cien por ciento; La viruela terminaba rápidamente con sus vidas.

Los pobladores aborígenes, no solo se veían afectados seriamente, sino varias comunidades o aldeas, después de sufrir la epidemia, quedaron desiertas, por el fallecimiento de todos sus pobladores: hombres, mujeres jóvenes, adultos o niños.

Tirama, quien tenía una lesión permanente en su pierna izquierda a consecuencia de la herida de bala que le había quebrado el hueso, también enfermó por la viruela. Sufrió como todos de fiebre, cefalea, dolores en la espalda y pústulas en la piel. Estuvo al borde de la muerte, pero se recuperó. Quedó con cicatrices permanentes donde tuvo las llagas en todo su cuerpo, marcada y deformó su cara y muy debilitado su organismo.

Estaba prácticamente solo, únicamente con un

puñado de sobrevivientes de la epidemia, con quienes buscó rehacer su vida.

Los caciques Guaicamacuare y Curutayma habían perecido con el resto de la gente. Ni los mohanés se habían salvado, pues sus invocaciones, rezos y medicina resultaron totalmente inútiles para combatir o aliviar la viruela.

Esto sucedía con los indígenas refugiados en las montañas del Guaraira Repano, lugar donde se habían establecido, desarrollado una aldea con sus zonas de cultivo aledañas.

La viruela no solo subió los montes, también invadía el valle de Caracas, las costas de litoral y diezmó las comunidades aborígenes de Los Teques.

La viruela llegó como en otras partes, por contagio. Un nuevo grupo de negros e indios, debidamente custodiados por soldados españoles llegaron a reforzar el trabajo esclavo de la mina “Nuestra señora de Los Teques”.

Traían el mal en sus cuerpos, tanto españoles, africanos e indígenas. La llevaban en su etapa inicial de incubación, sin siquiera ser sospechado por ellos, o los trabajadores de la mina.

A pocos días de su arribo, aparecieron los primeros síntomas de la epidemia.

Fiebre, dolor de espalda y malestares generales nada indicaron, hasta aparecer las primeras manchas y pústulas en la piel. Evidentemente, era de la terrible viruela.

Pasó irremisiblemente a todos los indígenas y demás trabajadores mineros. Hacinamiento y malas condiciones higiénicas ayudaron grandemente al contagio. Las gotitas expulsadas por la boca o nariz, en el estornudo, tos o simplemente al hablar, contribuyeron enormemente en la propagación de la enfermedad.

Prontamente la epidemia se extendió por las diversas comunidades tequeñas, infectando a grandes y chicos, hombres y mujeres.

Al afectar a los combatientes indígenas, disminuyeron sus posibilidades de enfrentar y expulsar a los españoles, otra vez, de la mina. Sin combatientes sanos o mejor vivos, sus territorios permanecieron invadidos y su libertad y vida prácticamente perdidas.

Poco a poco, enfermaron comunidades enteras, en medio de debilidad general y dolores, para después morir llagados y abrazados por la fiebre. La epidemia se presentó en una forma tan virulenta en esta población sin defensas naturales para la enfermedad por ser extraña en el continente, y terminó solo después de exterminar a casi todos los pobladores de las aldeas tequeñas.

Ya no hubo tropa, ni población para oponerse a la invasión extranjera. El poder español, quedó consolidado, en la zona de la mina, Y en toda la extensa región tequeña.

Los monos, también fueron afectados por el

virus, produciéndose su fallecimiento en masa, hasta generar su completa extinción.

Unos pocos indígenas, con cicatrices deformantes en diversas partes de sus cuerpos, en especial en sus rostros se salvaron, y fueron extrañados de su tierra originaria hacia Valle de la Pascua y los valles de Aragua.

XX.- REFLEXIONES DE TIRAMA. REGRESO DE LOS COMISIONADOS A GRANADA. INVASIÓN Y PRISION

En medio de la soledad, en un soleado día, a la sombra de un árbol frondoso y con el sonido ensordecedor del agua al caer de la catarata en el Guaraira Repano, Tirama reflexionó acerca de ahora ¿qué hacer?

Estaba prácticamente solo y muy débil. Cojo de la pierna izquierda, cara y cuerpo picada de viruelas, flaco debilitado enormemente.

Los otros aborígenes sobrevivientes, también muy enclenques; a pesar de ser sus parientes indígenas caribes, no pertenecían a su tribu.

Toda su gente, incluido el jefe Curutayma, los mohanés, los combatientes, las mujeres, los niños y niñas habían fallecido a consecuencia de aquella contagiosa enfermedad.

Algunas noches se había despertado inundado de sudor con la pesadilla, la viruela estaba dentro de su cuerpo causándole –aun en sueños- un sufrimiento indecible. Pero ahora

estaba su pensamiento y cuerpo muy arraigado a la realidad, también terrible, ingrata, lo anonadaba.

¿Qué hacer? Significaba comenzar de nuevo. Pero no. Esta situación era mucho peor a la acontecida, luego de la invasión y genocidio cometido contra su aldea y su gente, por los españoles en Tacagua. También lo era luego del ataque sufrido, cuando cruzaban la quebrada Anauco. Si, si lo era.

Ahora, sin fuerzas combatientes, ni corporales; por encima de luchar contra los invasores extranjeros, se trataba de sobrevivir. Debían bregar en colectivo, contando con los otros sobrevivientes, aun cuando no eran de su etnia, si eran caribes.

Seguir en esa montaña, en esa aldea, o mejor lo que de ella quedaba no le parecía una gran opción. Con esos pocos compatriotas en el actual estado de salud, sería imposible adecuarla. Los españoles, pese a haberse retirado, hacía ya varios meses, estuvieron cerca de ella, a punto de descubrirla y podrían regresar.

Estaban muy débiles, eran muy pocos para defenderla y en vez de enfrentar al invasor extranjero, lo mejor sería abandonar el poblado y salir hacia otra parte, pero ¿a dónde?

Siempre había pensado y deseado emular a su padre, el cacique Catia; por él habíase convertido en un buen combatiente; por él,

soñó ser un mejor dirigente de su comunidad, por él deseó ser catapultado como jefe de su propia tribu, para luego, convertirse en un gran capitán de las distintas etnias, como lo había sido el gran Guaicaipuro.

Pero “deseos no preñan” como solían decir sus enemigos, los españoles. Habría querido comandar todas las fuerzas aborígenes caribes caraqueñas para enfrentar, acometer y expulsar a estos extranjeros.

Estas reflexiones fueron gratamente interrumpidas por la llegada de unos treinta indígenas, provenientes de la isla de Granada, a donde habían sido enviados hacía ya varias lunas, para un intercambio comercial.

Traían pescado, sal y algunos artículos de orfebrería, como brazaletes, chagualas y perlas para hacer collares. Ellos se habían salvado, casi milagrosamente, del contagio de la epidemia. Habían viajado, meses atrás para cumplir esa misión comercial y entrar en tratos con sus hermanos caribes.

Después de una larga travesía marítima de varios días, gratamente habían sido recibidos en Granada por parientes y amigos aborígenes.

Los agasajaron, les brindaron diversas comidas y bebidas, buenos tratos y alojamiento. Luego, realizaron a lo que fueron, intercambiar los productos llevados, por otros propios de esa isla. También intercambiaron información acerca de las invasiones extranjeras y los desastres

cometidos en ellas, contra la población originaria.

Los caraqueños con sus pares de Granada, hicieron especial referencia a la ambición y deseo exagerado de los conquistadores por las perlas y el oro.

- Solo quieren el oro para acumularlo y tener cada día más, sin importarles los objetos o imágenes que las joyas y ornamentos tuviesen. Desean por sobre todas las cosas, oro, mucho oro, roban, torturan, matan, mienten, se traicionan. En pocas palabras enloquecían por el dorado metal (*).

Los caribes de Granada les respondieron:

- El oro es el verdadero Dios de los cristianos, por este han venido de Castilla a nuestros países. Por este nos han sojuzgado, atormentado y vendido como esclavos y nos han hecho muchas otras afrentas; por este pelean y se matan; por este no descansan nunca, juegan, blasfeman, reniegan, litigan, roban, se raptan las mujeres el uno al otro y por supuesto cometen toda clase de maldades (*).

Los aborígenes caraqueños les comentaron detalladamente las tropelías, torturas, maltratos, heridas y muertes cometidas por los (*) *Citas de Benzoni, G. en su "Historia del Mundo Nuevo", pág. 174. ANH. Caracas 1987*

conquistadores españoles contra las diferentes comunidades y sus poblados, tanto en el litoral central, como en Tacagua y como ellos enfrentaban la invasión española al Guaraira Repano.

Una vez culminadas las conversaciones y negocios, los indígenas litoralenses emprendieron su viaje de regreso.

Al arribar a tierra firme y luego de descargar, llenos de optimismo emprendieron el camino cerro arriba.

Todavía no se habían enterado del gran desastre y mortandad, causada por la extraña enfermedad, acaecida en su aldea de las montañas caraqueñas.

Solo comenzaron a sospechar la ocurrencia de algo raro, al entrar al Guaraira Repano, sin escuchar el sonido de los botutos. No encontraron vigías. Luego se toparon con las sementeras descuidadas, enmontadas. Al entrar a la aldea, tuvieron esa sensación de soledad producida por el abandono.

Enterados de lo acontecido por los debilitados y marcados sobrevivientes, comenzaron a atenderlos de inmediato.

Pasadas varias semanas la recuperación fue plena. Alentados y animosos, de común acuerdo decidieron salir del lugar en búsqueda de otra región propicia para su desarrollo o dirigirse a alguna población india caraqueña.

Afinaban preparativos, mostraban en sus rostros de nuevo gran optimismo. Claro, estaban marcados por la viruela, pero más les preocupaba a dónde dirigirse.

Con la llegada de la noche vino el silencio, interrumpido por el sonido de las chicharras y de decenas de miles de murciélagos y otros animales de hábitos nocturnos, al cual estaban acostumbrados, mientras el sueño se apoderaba de todos.

En eso estaban, cuando de improviso y sin poder defenderse fueron asaltados por tropas españolas. Tenían muchas lunas sin preocuparse por mantener una vigilancia en los alrededores de la comunidad, primero por la debilidad de los enfermos y luego por considerarla innecesaria o mejor por descuido, a pesar de haber pensado y hablado de la posibilidad de ser invadidos.

Rendidos, amarrados de manos, con una cuerda larga asida al cuello y en fila fueron conducidos hacia Santiago de León, mientras la aldea o lo que de ella quedaba era desbastada por el fuego iniciado por las fuerzas invasoras.

XXI.-EN LA ENCOMIENDA. AÑORANZA DE LIBERTAD. LA CARACAS ESPAÑOLA

Todo estaba perdido, incluida la libertad. No habían sido vendidos como esclavos, serían repartidos en encomiendas.

Tirama fue asignado a una, aun cuando nadie lo

deseaba. Era un cojo con un palo de muleta. Fue destinado a la encomienda de Doña Luisa, quien tampoco lo quería. Ese cojo de poca utilidad sería. Por ser mujer se lo asignaron, no debió aceptarlo, pero lo aceptó.

Doña Luisa era una viuda de 26 años, natural de Sevilla. A los 16 años de edad contrajo matrimonio con Don Julio, para juntos partir a las Indias Occidentales.

Vivieron en el Tocuyo. Don Julio se enroló en las tropas de Diego de Lozada y vino a Caracas, en 1567, como parte de sus fuerzas conquistadoras.

En contraprestación por sus servicios, el general Lozada le señaló una tierra y le asignó una encomienda.

Ya como propietario había desarrollado una buena hacienda, pero cuando se difundió por el valle la viruela, perecido víctima de la epidemia. La encomienda ahora estaba en manos de su viuda, madre de dos niños, y entre sus encomendados había quedado el lisiado Tirama.

Ahora su vida era distinta, no tenía libertad de movimiento, ni posibilidad del aseo diario; su alimentación era escasa, le daban poca comida, una sola vez al día; debía trabajar de sol a sol, bajo la vigilancia de sus amos blancos y las instrucciones que a fuerza de látigo les impartía su capataz, el mestizo Antonio.

El primer año en la encomienda resultó muy duro para los aborígenes, pero en la medida que aprendieron el trabajo y obedecieron las órdenes de sus amos y jefes se liberalizó el trato. Algunos habían intentado escapar. Los habían buscado, muertos unos y otros sometidos a tratos bestiales. Era ya cosa del pasado.

Debieron usar ropa, parecida a la de sus amos españoles. Los hombres un calzón corto, las mujeres un vestido que cubriera sus partes íntimas y sus tetas.

También les impusieron el uso de un nuevo idioma. El castellano, por provenir de la región de Castilla en España, de donde eran los reyes de toda esa península y de esta región caraqueña. Debían expresarse en ese lenguaje, sobre todo, cuando se dirigieran a sus amos o capataces.

El cristianismo, la religión de sus amos les fue impuesta. Debían aprenderla y practicarla.

Olvidar y eliminar sus creencias, sus dioses y sus ritos caribes, era otra de sus obligaciones. Los negros también debieron aprender las creencias de sus amos. Adorar al Dios español, quien era un señor muerto y colgado en unos palos cruzados denominado Cristo, se convertía en un deber.

Varias y diversas eran sus labores. Cortar y acarrear leña; segar árboles para convertirlos en tablones o talar zonas boscosas con fines agrícolas; cargar agua desde la quebrada hasta la vivienda de sus amos. También, ayudar en la

construcción de un canal de doble propósito, para llevar el agua a la casa principal y ser usado en labores agrícolas y ganaderas.

Al cabo de algún tiempo, Tirama fue asignado junto a varios indios y negros al cuido y pastoreo de ganado, mientras otros y otras de sus compañeras y compañeros, a labores agrícolas. A pesar de asumir con esmero, los trabajos impuestos, nunca dejó de amar la libertad y añorar sus tiempos pretéritos. Rememoró la compañía de su esposa e hija, sus parientes, amigos y vecinos. Disfrutaba de paz y tranquilidad en Tacagua. Incluso deseó su estadía en el Guaraira Repano; siempre como decía el famoso grito guerrero: ***¡Ana carina rote auricon ito manto paporotu mantorun! ¡Somos hombres libres y jamás seremos esclavos!*** Así se había sentido en aquellos tiempos; en consecuencia, pensaba en la fuga o mejor en la rebelión junto a sus compañeros étnicos de infortunios.

Conversó en numerosas y escondidas oportunidades con varios indígenas e incluso con algunos negros. Todos –cada uno en sus lugares de origen-, pensaban y añoraban como él, pero no estaban de acuerdo con una fuga o rebelión. Sería duramente reprimida y de ser apresados, podían ahorcarlos o quemarlos. Estaban descontentos, pero aceptaban sus desgracias. Se sometían a trabajar bajo el yugo español.

Los sufrimientos pasados y los futuros los inhibían de actuar en el sentido deseado por Tirama. Asumían el sojuzgamiento y pérdida de la libertad como futuro cierto, verdadero. La resignación era siempre la respuesta.

Él sufría y laboraba como sus compañeros y un poco más. Su cojera no podía ser una justificación o impedimento para cumplir las tareas asignadas. Debía, quería ser considerado uno más, por su capataz y su amo. De fallar, lo liquidarían por inservible. Su accionar era una manera de mantenerse con vida.

Su laboriosidad, constancia e inteligencia, a pesar de su discapacidad, lo hacían aprender y emprender las labores nuevas con gran acierto.

Al cabo de un año, los amos les permitieron a sus encomendados cultivar una pequeña parcela de tierra para consumo propio; al tiempo de darles permiso algunos días para realizar dicha actividad, también les autorizaron a tener familia, asignándoles pareja entre las mujeres indígenas de la encomienda.

Pero, primero debieron aceptar ser bautizados y casados por un sacerdote católico, pues creer en el Dios cristiano y su doctrina era obligatorio.

Lo aceptaban de mala manera. Todos, mantenían sus creencias en los dioses caribes de manera oculta.

Estos ritos y creencias españolas, indígenas más los dioses africanos, traídos por los negros produjeron un sincretismo tolerable.

Así con resignación sobre su destino, los naturales obedecían a sus amos españoles, incluso en lo religioso; su porvenir no era incierto. Estaban condenados a servir, ser humillados, maltratos y ofendidos por el resto de sus vidas. Lo aceptaban o les pesaría.

Tirama, ahora con su nueva pareja y un hijo bautizado con el nombre muy cristiano de Pedro Juan, pensaba que tal vez hubiese sido preferible morir en cualquier enfrentamiento con sus enemigos españoles –ahora convertidos en sus amos- o en la epidemia de viruela.

Debía existir alguna forma para escapar de esta opresión, aun cuando por tener nuevamente familia, se convertía en un reto mayor, y con la resignación de sus otros compañeros de infortunio, el éxito de una fuga se tornaba muy dudosa.

Las condiciones de vida se hicieron algo más tolerables, habían construido una vivienda general, un caney grande. Pero les advirtieron que las parejas debían tener bujios individuales, para ellos y sus hijos.

Cultivaban papa, maíz, yuca, varias hortalizas e incluso algunos árboles como catuche - guanábana- , coco y otros, pero sus labores en estos conucos eran sumamente limitada, pues su función principal estaba en atender sin chistar, las actividades, agrícolas, ganaderas o de cualquier otra índole, impuestas por sus amos españoles.

Mientras tanto su familia crecía con la llegada de un segundo hijo, tendría que cristianizarlo tanto de bautismo como de nombre, y así lo hizo.

En algunas oportunidades, cuando dirigidos por sus capataces iban a la ciudad para llevar productos de la hacienda, a venderlos o cambiarlos por otros, se enteraban como era la vida en ese lugar.

La gente en las calles, marchaba veloz, pero por encima de todo, le impresionaba la existencia para la venta de diversos productos, no solo alimenticios, sino también de diversas clases. Telas de diversos colores, hilos, alpargatas, cestería, artículos para cocina, -ollas, cucharones- e instrumentos de trabajo - machetes, escardillas, palas-, sillas de montar, aperos de bestias y otros eran ofertados.

Dicha mercancía podía ser cambiada, en unas oportunidades por los productos llevados o por trozos o polvo de oro y perlas.

Esto ocurría en la plaza mayor, convertida en mercado, los fines de semana. Instalaban numerosos puestos para vender productos agrícolas o carne, sobretodo de res, aun cuando también ofrecían carne de cochino, de chivo, de cacería o aves vivas provenientes de las haciendas –encomiendas-.

Gran impresión causaron a Tirama en Santiago de León, la cantidad de niños mestizos raposeros de cosas o pedigüños de comida o dinero, alargando sus huesudas manos. Eran

producto de diferentes cruces, de indias con blancos, negros u otros mestizos.

Nadie los quería; desde temprana edad los habían dejado solos y debían defenderse y sobrevivir por su propia cuenta. Una buena cantidad de ellos perecían en su primera infancia.

Los niños mestizos de menor edad, recogían restos alimenticios de la basura, en una franca competencia con los cochinos, perros y otros animales que deambulaban por esas calles.

Los españoles vestían en general idóneamente, algunos montaban caballos o mulas, mientras sus mujeres, luego de bajar de carromatos tirado por bestias y saludar a otras, en animadas conversaciones intercambiaban informaciones y chismes de diversa índole; aun cuando solo habían ido de compras, como solían decir.

La ciudad contaba con varias calles; un buen número de viviendas, la mayoría en construcción y algunos comercios. Tenía en su centro la llamada plaza mayor, donde funcionaba el mercado. Alrededor se encontraban: la iglesia; la casa del gobierno, con sus respectivos cuartel y cárcel y local del Concejo Municipal. Todos con paredes de tapia y techos de paja, como el resto de las construcciones.

Las calles eran de tierra y tan solo la que bordeaba la plaza estaba empedrada.

Desde la quebrada Anauco, antes de llegar al río Guaire, decenas de indígenas y algunos negros echaban pico y pala, avanzando lentamente en la construcción de una acequia, para darle aguas a las diversas casas.

**XXII.- REFLEXIONES. SOMETIDOS DE POR
VIDA. CRISTIANISMO TRIUNFANTE, PERO
SINCRÉTIZADO**

La visita a la ciudad de Santiago de León, dejó a Tirama pensativo. Los españoles habían llegado, conquistado el territorio y sometido a los distintos pueblos caraqueños.

A sangre y fuego, cometiendo muchas atrocidades y atropellos contra los naturales lo habían hecho. Habían acabado con la resistencia indígena, realizada a lo largo de varios lustros.

Ya estaba claro, todo el esfuerzo de los conquistadores estaba visto. Querían y se estaban quedando con el valle, los cerros y el litoral de Caracas, e igualmente se apoderaban de todos los recursos existentes, incluidos, los integrantes de las diversas etnias. Mejor, quienes de ellas quedaban.

Combatían fieramente contra los indígenas libres, quienes no se sometían y luchaban todavía. Eran objeto de tormentos o de exterminio total. Ya había ocurridos con Los Teques, la aldea de la tribu de Tirama y muchas otras.

En esos enfrentamientos desiguales, además de sus poderosas armas y tácticas de guerra tenían como aliados, las enfermedades inexistentes en estas regiones, como la recién sufrida epidemia de viruela, y como si fuera poco muchos indios se habían sometido voluntariamente y otros, supuestos aliados de los españoles combatían contra sus hermanos caribes.

Las actividades para expulsar a los conquistadores habían decaído, casi desaparecido; sin embargo, Tirama recordó lo transmitido por sus dioses y ancestros en boca de los piaches en trance.

Todos los incitaban a la lucha, claro no definían el tipo de lucha, pero también recordó, cuando planteaban como vencedores de los españoles, a los indígenas, acompañados de varios negros a caballo y vistiendo un calzón corto, como el usado por él y sus compatriotas, por imposición de sus amos.

El significado de Patria enferma, sometida y triunfal, dado a conocer por sus ancestros en otra invocación, comenzaba a tener sentido; la etapa de Patria enferma, seguro se refería a las epidemias sufridas, el sometimiento era el sufrido en esos instantes, pero el triunfal, no lo entendía, cómo, ni cuándo llegaría.

En medio de estas cavilaciones se hallaba, cuando se acercó el indígena Martín, su nombre cristiano, por el cual debía nombrarlo, según sus

amos y capataces. Conversó con él, y le dio a conocer sus reflexiones.

En ese momento vino a su recuerdo y Tirama, lo expresó a viva voz, otro de los pronósticos dados por los dioses de la naturaleza y sus antepasados cuando les expresaron: *“Varias generaciones, razas y culturas vencerán”*.

Entonces Martín tratando de interpretar las afirmaciones de los dioses caribes, mencionadas por Tirama, reflexionó:

- Algún día los españoles serán derrotados y expulsados de estas tierras, pero eso ocurriría mucho más adelante. Nosotros no lo veremos. Al hacer referencia a otras razas y cultura, seguramente, consideraban que sería luego de un cruce de los indígenas con las otras razas de blancos y negros, quienes producirán una nueva especie humana y manera de relacionarse distinta. Hemos de enfrentar nuestro destino de sometimiento y a las disposiciones y designios de los patronos españoles.

Tirama escuchó con gran atención los análisis de su compañero de infortunio, y pensó estar condenados a la servidumbre, significaba también, preparar a las nuevas generaciones, a sus descendientes, hijos y nietos para liberarse, algún día propicio. Romper las cadenas de las miserias económicas a las cuales estaban sometidos. Romper las cadenas de las relaciones

sociales, de producción, del idioma, religión y cultura en general impuesta por los conquistadores españoles.

La vida debía proseguir. Se dispusieron a continuar en ella. Seguirían sometidos bajo el régimen colonial de encomienda y trabajarían para el patrono, pero podrían dedicar un poco de su tiempo en función de cultivar y obtener frutos de la tierra para la alimentación propia y de sus familias.

El domingo, día del Dios cristiano, la encomienda fue visitada por monseñor Mateo; debían, aun cuando no lo querían o mejor no le importaba, asistir a los actos religiosos: bautizo de algunos indios y sus hijos, matrimonio de otros, actividades catequísticas y participación en una misa de campaña.

Con su familia, Tirama, al igual como los demás indígenas, asistió a la ceremonia religiosa católica.

El padre Mateo, en su labor pastoral recorría diferentes localidades; traía como acompañantes a jóvenes indígenas, donde destacaban media docena de damas, quienes gentilmente le atendían en sus necesidades alimentarias, de ayuda en su actividad cristiana y también en sus necesidades y deseos corporales.

La vida llevada por este clérigo era similar a la planteada por Lope de Aguirre en una carta al Rey Felipe II:

- “La disolución de los frailes es tan grande, que conviene que venga sobre ellos tu ira y castigo. La vida que tienen es entender en mercaderías, procurar y adquirir bienes temporales, vender los sacramentos por precio, enemigos del pobre, incaritativos, ambiciosos, glotones y soberbios”.
- “La vida que llevan es áspera y trabajosa, porque cada uno de ellos tiene como penitencia en sus cocinas, una docena de mozas, no muy viejas... Estos tus olores tienen cuatro mil pesos de salario y ocho mil de gastos... por nuestros pecados quieren que hinquemos la rodilla cada vez que los topemos y los adoremos como a Nabucodonosor” (*).

En una amplia explanada, congregados los indígenas encomendados y negros esclavos de Doña Luisa y los provenientes de otras haciendas vecinas, se aprestaron a participar, no de muy buena gana, en las labores cristianas planteadas. El bautizo tanto de los adultos como de los niños consistió en el rociado con agua bendita de la cabeza de cada uno de ellos, diciendo el sacerdote Mateo: “Yo te bautizo en nombre del Padre, Hijo y Espíritu Santo”, dándoles nombres castizos muy cristianos.

La prédica religiosa se basó en la existencia de un Dios formado por tres personas distintas, pero que en realidad eran una sola. Cuestión

que la mayoría no entendió, pero impulsados por su situación y sin arrancar de sus corazones y mentes sus creencias ancestrales, manifestaron su acuerdo y someterse a sus designios, tal como lo afirmaba el sacerdote y lo exigían sus amos.

****Oviedo y Baños: "Historia de la conquista y población de Venezuela", en 1723. Madrid.***

A través del matrimonio eclesiástico, todas las parejas indígenas, incluso una mayoría con niños o con las damas en estado de gravidez, fueron unidas de acuerdo a la ley del Dios cristiano.

La larga jornada religiosa, incluyó diversas ceremonias. Terminó con la realización de una misa al aire libre, con la asistencia y activa participaron de los amos blancos.

El altar del oficio religioso fue erigido al abrigo de la sombra de un enorme catuche y estaba presidido por una cruz de madera pulimentada. Una mesa traída del comedor de la casa principal de los amos, cubierta con una sábana blanca, sobre la cual se encontraba un copón, varios vasos y objetos sagrados, en uno de los cuales albergaba una buena cantidad de hostias, formaban parte del ara.

El sacerdote en traje largo y con una estola alrededor del cuello, ofertó la misa.

En primeras filas, varias sillas y pequeñas alfombras para arrodillarse, estaban ocupadas por los conquistadores, ahora convertidos en

encomenderos –hacendados, acompañados por sus familiares.

Detrás de ellos, las familias isleñas o blancos de orilla y después los indígenas y negros guardando una gran compostura de pie y arrodillándose, según lo efectuaban los blancos o era indicado por sus capataces.

Tirama intentaba, al igual, otros indígenas, entender esta religión de los blancos. Era complicada, pero a ellos les había funcionado.

Sus dioses caribes estaban empequeñecidos, el Dios principal, llamado Cristo y sus dioses menores o santos de los blancos, parecían más poderosos y fuertes. A veces dudaba, pero no, no lo creía. Los blancos españoles derrotaron a los naturales, pero ¿A sus dioses? A veces pensaba afirmativamente, pero.... Ya sus dioses y ancestros les habían comunicado un destino a muy largo plazo. Al final del cual, los indígenas resultarían victoriosos, claro luego de muchas penurias.

Culminados los oficios religiosos los encomendados y sus jefes se dirigieron a sus sitios de trabajo, para continuar con sus labores habituales, mientras los amos y sus familias participaban de un agasajo al aire libre con carne, yuca y una ración generosa de vinos y aguardiente.

Después de comer y beber abundantemente, el sacerdote contó el dinero recogido entre los diversos patronos y por la liturgia ofrecida,

mientras algunos de sus siervos indígenas montaban en su carreta productos agrícolas, carne vacuna, queso, gallinas y una cabra.

XXIII.- TIRAMA DOMADOR DE POTROS.

AMANTE DE SU AMA. PADRE DE UN MESTIZO. NOTICIAS DE UNA CUMBE

El trabajo diario de los indios encomendados, negros esclavos y de sus capataces era supervisado con frecuencia por la patrona encomendera. Verificaba el avance de las obras de construcción de nuevos corrales para el ganado; los trabajos de culminación de la vivienda principal y el desarrollo de las labores agrícolas, pecuarias, y en algunas ocasiones miraba el estado de las rancherías donde estaban alojados los indios, sus mujeres e hijos. En una de las visitas Doña Luisa preguntó por el comportamiento en el trabajo del lisiado.

La respuesta del capataz Antonio, mostrándose muy servicial con su patrona fue por demás positiva, al considerarlo uno o tal vez el mejor de sus trabajadores.

Él también había pensado que Tirama no aguantaría las labores encomendadas. Al principio lo hostilizó para poner en evidencia su incapacidad, pero ahora reconocía haberse equivocado. Era obstinado con las labores asignadas. En contrapartida de las privaciones y vejaciones a las cuales le sometieron, tenía

iniciativa y disposición para acometer todo tipo de tarea, aun fuese difícil e incómoda.

Doña Luisa, después de oír las respuestas del capataz se acercó para presenciar la faena del indígena, amansando un potro. Su destreza parecía venida de un experimentado trabajador dedicado por muchos años a dicha actividad.

En silencio observó la acción, y cuando Tirama pasó montando dicha bestia, le llamó para conversar, quedando abismada y contenta por sus respuestas y comentarios inteligentes y hasta atrevidos en algunas ocasiones.

En varias oportunidades la visita a los predios laborales se repitió, entablando nuevas y agradables conversaciones con el amansador lisiado.

Con una carga de leña sobre sus hombros, Tirama entró al depósito detrás de la casa principal; saludó a su ama Doña Luisa, quien lo siguió después de darles órdenes a varias mujeres trabajadoras en esta vivienda principal. Colocaba la leña en su lugar, cuando sintió una mano acariciadora en la espalda. Volteo y se encontró con el rostro encendido de deseos de Doña Luisa.

Abrazados en un fuego de ansias locas, se unieron en un inmenso y fuerte abrazo. La lujuria los unió en una explosión de ganas, deseos y manoseo, más que de caricias.

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA



El mundo se les vino encima con una fuerza y arrebató de fuego, mientras la tierra se movía vertiginosamente, para luego llegar a su culminación y volver a la realidad.

Nadie dijo nada, durante la cópula solo gemidos y suspiros profundos. Ahora después de ella tampoco, solo un cruce de miradas expresivas, llenas de satisfacción.

A partir de ese día, Tirama fue asignado a labores domésticas, traer agua o leña, atender a varios animales domésticos, participar en la construcción de los nuevos anexos a la vivienda principal y labores aledañas.

Actividades interrumpidas con cierta frecuencia, por parte de su ama, quien le solicitaba para supuestos arreglos internos dentro de su casa o para conducir la carreta, en la cual viajaba hacia Santiago de León a hacer sus compras.

Arreglos o viajes, siempre iniciados o terminados, en una jornada amatoria en la habitación principal o a la vera de los caminos.

Todo marchaba bien, los niños de Doña Luisa jugaban en los campos y los empleados domésticos se dedicaban cada uno a lo suyo. Ellos se amaban fogosamente.

Se amaban con intensidad, como si fueran la única pareja en el planeta y la última vez en practicar el amor. No había horas, ni lugar donde no lo hicieran, en diferentes posiciones y formas.

Cuando se encontraban a solas y el deseo corroía sus entrañas, la voluptuosidad los llevaba por caminos desconocidos, de gran intensidad, sumamente agradables

Tirama vivía bajo la conmoción erótica provocada tan solo por la presencia de su amante ama, se sentía muy bien.

Doña Luisa, como patrona enamorada imponía las reglas, un amor lujurioso constante para lo cual dejaba, en múltiples oportunidades, al indio pernotar en su vivienda y su alcoba.

Faltas a su hogar, donde no iba o no podía ir algunas veces y debidamente explicadas por él y comprendidas por su esposa, quien entendía bien sus razones. Las labores de Tirama en la casa principal, a veces le imponían la permanencia allí.

Si los amos y los capataces le requerían, sus inasistencias al hogar, estaba plenamente justificadas, En ciertas ocasiones le causaban enojo, pero ella, lo entendía.

Algunos se enteraron de las relaciones entre Doña Luisa y el aborigen. Todos callaba, pero, en los comentarios y cuchicheos íntimos de las personas de servicio en la casa principal algo se decía. Así los amores secretos terminaron en

conocimiento de otras personas. Estos duraron, continuaron a lo largo del tiempo.

Doña Luisa comenzó a tener una gordura inusual, bien disimulada con una vestimenta cada día más holgada, llena de faralaos.

Tirama también había aumentado de peso, pues sin ser llegar a la gordura, ahora comía varias veces al día, gracias a trabajar cerca de la casa principal y llevarse muy bien con las cocineras, según afirmaba cuando entre broma y seriedad respondía a quienes le preguntaban por su figura.

Al regresar de la ciudad, podía llevar al rancho de su esposa e hijos, además de los comestibles adicionales a los cuales ya la familia entera se había acostumbrado, algún tejido o útil doméstico.

Dos años duraron los amores y encuentros furtivos, hasta cuando Doña Luisa disimuló el embarazo con la ropa holgada.

Todos en la hacienda envidiaban la suerte de Tirama, incluso los capataces, quienes ahora lo trataban muy bien y buscaban por todos los medios congraciarse con él; seguramente pensando acudir en solicitud de su ayuda, en caso de presentárseles algún apuro con sus superiores.

Tirama se hacía el desentendido y se conducía siempre cordial con indígenas, negros y mestizos, fueran sus iguales o sus capataces.

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

Por boca de algún negro se enteró de la existencia de cumbes o lugares donde los esclavos escapados de sus amos blancos, habían rehecho sus vidas, construido viviendas y conucos, compartidas por indígenas en más de una ocasión.



En algún lugar, por el río Tuy había una cumbe, y sería muy bueno vivir en ella, le manifestó el esclavo Manuel, como invitándolo a fugarse. Tirama no le respondió, él, se hallaba y se sentía cómodo, aun cuando sabía que no duraría mucho tiempo. Por ahora no era una opción a tomar muy en serio. Tal vez más adelante.

Pasado el tiempo necesario, la encomendera dio a luz un varón, siendo entregado, casi de inmediato, a una india como nodriza y madre de la criatura.

Poco a poco, el empecinamiento, el deseo carnal de Doña Luisa hacia Tirama, cual leño al fuego, fue consumido, lenta, pero seguidamente hasta su definitiva extinción, entonces fue enviado nuevamente a su antiguo oficio de domador de potros.

**XXIV.- AMANTE FRUSTRADO. REFLEXIONES
DE ¿QUÉ HACER? PREPARATIVOS PARA
ESCAPAR A UNA CUMBE**

Tirama en varias oportunidades había reflexionado sobre esa posibilidad, de ser abandonado por su amante ama; en aquellos momentos había pensado como algo sin importancia, Él no estaba enamorado, aun cuando disfrutaba grandemente con esa relación, amén de las positivas prerrogativas brindadas por esos amoríos.

Había mantenido este nexo de bajo perfil, era cuidadoso. Su mujer en su rancho ignoraba por completo, tal relación, aun cuando a ella, seguramente no le habría importado. En sus comunidades era totalmente normal encontrar indígenas casados con varias mujeres. Claro eran connaturales y no de otras razas. Posiblemente, ese era el obstáculo mayor, con el cual Tirama no había querido tropezarse.

Siempre había cumplido con sus deberes conyugales, de hombre casado, y por ese otro lado tampoco podía su esposa sentir algún resquemor o posible celo. Ya tenían dos hijos. Lamentablemente, nacidos en cautiverio y con nombres cristianos, impuestos por sus captores.

Los niños debían aprender los dos idiomas, pero el fundamental, el más importante era el castellano, único a ser usado en el trato hacia sus

superiores; el otro, el nativo solo para emplearlo en el hogar.

La religión originaria, cuya práctica era severamente combatida, denominada idolatría y relación demoníaca debían abandonarla. Estaban obligados a cristianizarse y cristianizar sus hijos a juro y sin más.

De la separación del lado de Doña Luisa tenía dos pesares, el primero, pero tal vez no el más importante, el haber perdido las prerrogativas ofrecidas por esa relación, tanto de placer sexual como las ventajas sociales y económicas dadas en esa oportunidad, y el otro pesar, el más importante, la pérdida de su rol como padre de la criatura engendrada en esa relación.

Se preguntaba, y no hallaba respuesta, ¿Qué sería de la vida en el futuro de su hijo? ¿Tendría buena suerte? ¿Cuál destino le tendrían asignado los dioses caribes? O ¿El Dios cristiano? Recordando, su origen mestizo. Sería formado en la religión de los colonizadores, aun cuando su nodriza y nueva madre fuera una aborigen caraqueña. Sí, pero sometida.

Ante esta realidad, ¿Qué podía hacer?, ¿Le permitirían hacer algo? Seguro no, pero él por tragedia, tampoco sabía ¿qué hacer?

Estos pensamientos, estas cavilaciones le atormentaban, pero iría a lo seguro por ahora, no debía, ni podía hacer nada, dejaría al tiempo hacer lo propio.

También pensaba en ¿qué hacer?, con su vida, con su familia, con sus compatriotas y sus compañeros de infortunio, pero ¿quién era él? Solo un indígena con familia, condenado de por vida a servir en precarias condiciones en esta encomienda o hacienda, como sus otros compatriotas caribes de Caracas.

Amaba la libertad, como amaba la vida, pero su pueblo había desaparecido, por el hierro, el fuego, la cruz y las enfermedades traídas por los conquistadores. Los jefes y sabios estaban derrotados o muertos. Sus dioses naturales puestos en entredicho y al exterminio por el Dios y los santos cristianos. Sus compatriotas habían sido sometidos y obligados a trabajar para los españoles. El genocidio con los caribes caraqueños pesaba mucho, ya poco se podía hacer.

Irse de la encomienda siempre le pareció una buena idea, pero ¿adonde? Ya no era como antes, cuando comunidades autónomas enteras se encontraban en pie de lucha contra el invasor español. La lucha de los pueblos originarios había cesado desde hace años.

Reflexionó mucho. Solo quedaba la opción de permanecer en la encomienda o huir en búsqueda de la cumbe mencionada por el negro Manuel; pero ni Manuel mismo sabía dónde quedaba. El Tuy era una zona muy grande. Y si la encontraban como serían recibidos. Para

garantizar el éxito deberían ir en compañía de algunos negros y negras.

Intentó ponerse en comunicación con Manuel, pero supo de su castigo en el cepo, debía esperar por su culminación y por supuesto, por el recobro de sus fuerzas.

Supo de su liberación del cepo y recuperación de su vigor, pero se le hizo difícil la comunicación; hasta cuando fue enviado con heno, para alimentar a los potros; entonces, Tirama se franqueó en sus intenciones.

En varias oportunidades debatieron hacia dónde ir, y solo dieron como más probable, la cumbe de la cual el propio Manuel hablaba; así decidieron tomar ese rumbo.

¿Cuándo?, ¿qué llevar?, ¿por dónde escapar?, ¿quiénes deberían acompañarlos?, ¿cuál vía tomar? y muchas otras preguntas se hicieron, cuyas respuestas las irían contestando, al presentárseles en la realidad.

Se acordaron de la conmemoración cristina del nacimiento de un tal niño Jesús, durante los cuales, los españoles celebraban y se relajaba la vigilancia por varias horas e incluso días.

Escogieron esa fecha para partir, trataron de acopiar algunos alimentos para llevar durante el viaje y buscaron sustraer algunas herramientas cortantes, cuchillos o machetes. Cuestión muy difícil, sus capataces se los entregaban para el trabajo diario, pero al final de la tarea los recogían con mucho celo.

Tirama recordó el lugar donde había escondido un machete, tomado de la casa de Doña Luisa, unos meses atrás, cuya ausencia nunca notaron. Pocas oportunidades se les presentaban para entablar conversaciones, solo, algunas noches, cuando Manuel lograba salir escondido del cobertizo donde lo encerraban al caer las primeras sombras del día.

El acuerdo era definitivo y participarían además de la esposa e hijos de Tirama, Manuel, dos negros y dos negras más y cuatro indígenas: dos damas y dos varones, todos muy jóvenes y con grandes ansias de libertad.

Los alimentos procedían en su mayoría de la despensa de la familia Tirama, al igual una olla de barro. Llevarían todo cuanto pudieran holgadamente cargar, en especial comida. El agua la conseguirían abundantemente durante la travesía.

Con el machete podrían cortar algunos palos y afilarles las puntas para construir lanzas y con un poco de empeño podrían elaborar, arcos y flechas. Pensaban alejarse lo más pronto posible de estas tierras, evitar cualquier enfrentamiento y seguir las aguas del Guaire, en su camino hacia el Tuy y la cumbe.

XXV.-NAVIDAD EN CASA DE DOÑA LUISA.

FUGA Y PERSECUSIÓN POR EL GUAIRE

La casa principal se iluminó con múltiples hachones colocados dentro de la vivienda y en

sus alrededores. Todo era alborozo. Los conquistadores y sus familias, enfundados con sus mejores vestidos. Unos tocaban instrumentos musicales y cantaban villancicos alegóricos al nacimiento del niño Jesús, otros conversaban animadamente acerca de sus tierras, encomendados y esclavos y manifestaban su contento por encontrarse en este bello y prodigioso valle de Caracas y la buena producción y resultados de las cosechas y ganadería.

Consumían abundante vino, algunos tomaban aguardiente. Todos esperaban con ansias el condumio en preparación por varias cocineras indias, bajo la dirección de Doña Luisa.

Al fin sirvieron la comida, la consumieron con ansias infinitas, debidamente compartida por espirituosas bebidas.

Realizaron muchos brindis e invocaciones al niño Dios y a sus padres María y José, dándoles infinitas gracias por la paz obtenida, al someter a los aborígenes y por el buen rendimiento de estas benditas tierras de eterna primavera.

Después de levantar la mesa, las damas se mostraron prestas a bailar e invitaron a sus parejas y vecinos a echar un pie, mientras el conjunto musical cambiaba del ritmo de los villancicos, para unos vales y luego la famosa y casi prohibida danza de la chacona, que a falta de castañuelas era acompañada con el sonar de

los dedos y por supuesto de sus coplas respectivas.

Mientras esta animada reunión se realizaba en la vivienda principal de la hacienda, un grupo de indígenas y negros, llenos de optimismo, con unos niños dormidos llevados en brazos y varias cestas a las espaldas, se alejaban a paso firme, en dirección sur, buscando el río Guaire. No se atrevían a encender algún hachón, por temor a delatarse. Se orientaban con la luz de cocuyos atados a sus piernas, hasta que al cabo de mucho tiempo, apareció la luna con sus destellos luminosos entre la vegetación. Entonces trataron de acelerar el paso, pero el cansancio empezaba a pesarles. Sin desanimarse, siguieron en pos del Guaire.

No se detuvieron a descansar, en la rapidez y alejamiento de los predios de la encomienda estaba una parte, tal vez la más importante para alcanzar la ansiada libertad.

Al cabo de seis horas notaron las cercanías del río, ya era de madrugada y solo se escuchaban los sonidos propios del ambiente selvático, entre los cuales sobresalía el generado por el pasar de aguas.

Todo iba demasiado bien. En poco tiempo se darían cuenta de sus fugas e irían en su persecución.

En caballos y contando con la ayuda y el olfato de perros los comenzarían a buscar. Al llegar al río buscarían un remanso para pasar, hacer una

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

salida falsa a la otra orilla y tierra adentro, para devolverse luego por el mismo lugar, entrar al agua y caminar por el lecho del Guaire en la misma dirección de su corriente.

La alarma de la desaparición de los esclavos, de varios indígenas, entre ellos, Tirama y su familia rodó a gran velocidad.

Caminaron entre las aguas, por espacio de más de una hora y recorrido algo así como tres kilómetros, encontraron mucha piedras en otro remanso, decidieron atravesar el río en sentido contrario.

La suerte estaba echada. Se dispusieron a descansar, comer algo de lo portado en sus cestas. Yuca sancochada, algo de carne, acompañada de la hierba caraca o pira y algunas frutas, todo previamente preparado para el viaje. Aprovecharon la parada también para preparar algunas lanzas, cortando varias cañas de las matas de guadua, en las márgenes del río.



Al comenzar el día, los niños se despertaron y lloraron. El más pequeño a base de la leche de teta de su mamá, de nuevo se durmió en sus brazos.

El otro, el más grandecito, no entendía y protestaba. Se le hacía interminable la travesía.

Tenían que llevarlo cargado y entre sus llantos y su enredado lenguaraje, hacía una bulla molesta y problemática, podía delatarlos.

Claro, los niños significaban un inconveniente, pero por nada, prescindirían de ellos.

Mientras unos con machetes, cortaba las cañas, otros con lajas seccionadas a golpe de piedras, afilaban puntas de trozos de ramas. Una vez afiladas, las incrustaban dentro de los vástagos y las amarraban. Otras y otros con mayor paciencia buscaban los materiales para construir, por lo menos, un solo arco y varias flechas, poco útiles para una eventual defensa, pero sí de gran utilidad al intentar cazar o pescar.

Al cabo de un rato Tirama ordenó reanudar la marcha, habían pernotado en este sitio durante bastante tiempo y para proseguir la huida, debían apurar el paso en búsqueda del río Tuy, aún muy lejos. Sus perseguidores, seguro ya habrán partido. Vendrán con perros y caballos.

Al primero a quien el mestizo capataz Antonio dio aviso de la evasión del numeroso grupo de indios y negros fue al jefe Juan.

Juan natural de Isla de Hierro, de las Canarias, residenciado en La Borburata, debió viajar al valle de Caracas cuando numerosas familias asentadas allí, huyeron de las continuas invasiones de los piratas.

En Santiago de León fue contactado para trabajar por Don Julio en su hacienda y

encomienda, quien con su esposa Doña Luisa y sus dos hijos tenía.

El canario Juan de inmediato aceptó y se mudó con su familia a los predios, donde le habían propuesto trabajar. Con el pasar del tiempo y su empeño en las labores asignadas, fue ascendido como encargado de coordinar las labores de producción de toda la hacienda.

Informado sobre la fuga, notificó a su patrona, quien ordenó preparar la persecución y autorizó a Antonio a organizarla y emprenderla.

Doña Luisa muy molesta exigió la captura o muerte de los fugados. Claro los prefería vivos para poderlos castigar, sirvieran de ejemplo para todos sus esclavos e indios encomendados y por supuesto para volverlos después al trabajo de la hacienda.

Los mastines con suma facilidad encontraron los rastros de los fugados, y dando saltos y rápidas carreritas, tras las cuales sus perseguidores, unos a horcadas en sus bestias y otros a pie, siguieron; avanzaban por un pastizal que un poco más adelante, aun distante del Guaire, se fue tornando en selva.

Los jinetes descabalaron y llevando de las riendas sus caballos, se internaron entre los árboles, siguiendo a sus dos canes. El calor húmedo aumentó en la arboleda, hizo sudar y resecar la boca de los perseguidores. Se detuvieron unos minutos para descansar, tomar agua y conversar entre sí.

- Hace ya, bastante tiempo, ni negros, ni indios intentaban irse de la hacienda. Esto se ve raro, pero seguramente esta parada la lanzó Tirama, al perder los favores y oportunidades que le daba complacer a Doña Luisa. Deben ir hacia el río para tratar de hacernos perder su rastro.
- Seguramente, al verse regresado al trabajo fuerte y privado de las ventajas amatorias que tenía, le pareció irse, una buena salida, y pensando en coronarla, decidió llevarse además de su familia a otros compañeros, entre ellos, varios negros.

Su acompañante, le respondió:

- No saben, ni se imaginan el castigo que les daremos, por cierto, a esa india, la mujer de Tirama le tengo unas ganas. En esta oportunidad no la pelo. Seguro me la follo.
- No hables tantas pendejadas, agarrémoslos primero y luego ya veremos. ¡Vamos!, le increpó Antonio.

En una primera instancia, todo resultó como lo habían planeado los evadidos, los canes se detuvieron a la orilla del agua. Los hombres buscaron un remanso, los jinetes montaron nuevamente sus bestias y pasaron al otro lado, llevando en sus cabalgaduras a los infantes. Con suma facilidad, de nuevo restablecieron el

seguimiento por un largo trecho, hasta cuando los canes volvieron a detenerse, confundidos por la pérdida de los rastros oleosos.

El capataz Antonio, quien dirigía la persecución, apeándose de su montura, observó detenidamente el suelo y después de dar pasos por entre el lodazal, y varias vueltas alrededor de unos árboles, dijo:

- Llegaron hasta aquí, pero regresaron con sumo cuidado por la misma ruta hacia el río. A pesar de evitar dejar huellas, aquí hay algunas marcas delatorias.

Regresaron a las márgenes y siguieron en dirección a la corriente. Era la mejor forma de esconderse y a la vez de huir. Un poco más adelante encontraron otro remanso, y luego de olfatear los mastines un largo rato en la orilla, decidieron pasarlos a la margen opuesta, donde rápidamente encontraron su rastro, y hasta algunas huellas que delataban el sitio donde habían pernotado los escapados, se veían algunas cañas caídas y hasta los cortes hechos en algunas de ellas.

- Debemos andar prevenidos, deben poseer cuchillos, machetes o a lo mejor hasta alguna espada. Las marcas denotan el porte de instrumentos cortantes y seguramente habrán preparado algunas lanzas y hasta arcos y flechas. Ese Tirama será un gandul

lisiado, pero de tonto no tiene ni un pelo.

- Que va tener de tonto, Si con su cara de pendejo bien administrada y toda picada de viruela, se follaba a la patrona.
- Debe haber tomado muchas precauciones. Es mejor andarnos preparados y dispuestos. Hasta pueden intentar emboscarnos.

Los perros apresuraron la marcha y comenzaron a ladrar. Aceleraron las cabalgaduras. Los estaban alcanzando.

Pero no. Eran un grupo de indígenas quiriquires, vigilados por un capataz y varios soldados. Los conducían desde el valle de Salamanca –valles del Tuy- a trabajar en una hacienda en las cercanías de Santiago de León.

Los quiriquires sometidos por los conquistadores, durante años se habían defendido luchando constantemente; sus caciques y gran parte de la población pereció exterminada en manos de los extranjeros y por la enfermedad viruela.

La viruela había viajado, en los cuerpos de los esclavos traídos, según se dijo, en un barco negrero portugués desde un lugar denominado Guinea en la lejana África, algunos de los cuales fueron enviados a cultivar la tierra en una encomienda del Tuy.

Los quiriquires sobrevivientes estaban sometidos y pacíficamente se dejaban guiar bajo la vigilancia y a las órdenes de sus opresores. Hablaron con los blancos, jefes indiscutibles de la partida, quienes les refirieron de su larga travesía. Tenían varios días andando, sin encontrar persona alguna. Solo como a siete leguas, habían visto una india con dos niños. No les había llamado mucho la atención, seguramente era de alguna encomienda de la zona. Por cierto, la mamacita estaba a pedir de boca.

Por su parte, Antonio les refirió la misión tras la cual iban, de buscar a unos indios y negros fugados de la hacienda de Doña Luisa.

Los fugitivos, habían sentido el grupo viajero en dirección a Caracas y se habían escondido de inmediato, no así lo había hecho la señora de Tirama y sus niños, quienes desafortunadamente lloraban. Vieron el grupo pasar y se mantuvieron alertas por si debían intervenir en socorro de la dama y sus hijos. No había pasado nada, ellos venían en sentido contrario y en consecuencia, carecían de la noticia de la fuga.

Con la caída de la tarde y amenazar la noche con la oscuridad, hicieron un alto para descansar, comer algo y dormir, estaban extenuados; la noche anterior la habían pasado en vela caminado.

A la misma hora, pero a varias leguas de distancia los enviados de Doña Luisa, pensaron

lo mismo, y se aprestaron a dormir, luego de encender fuego y preparar comida.

**XXVI.- HACIA LA CUMBE INEXISTENTE.
RESISTENCIA DE LA CACICA QUIRIQUIRE
APACUANA. HUIR, HUIR. PERSEGUIR,
PERSEGUIR**

Manuel no era un buen guía, no lo podía ser. Él tan solo había oído a otros compañeros de infortunio, la existencia de la cumbe del Tuy.

Ellos les contaban, quizás verdad, quizás imaginación, de la existencia en esa región, de un claro, rodeado de selva, donde un esclavo negro fugado de un hato español en Valencia, junto con varios y varias de su etnia africana, luego de matar a sus amos, desapareció para establecer la aldea cumbe, tras una muy larga travesía.

En la cumbe vivían familias negras y también indígenas, tenían varios conucos, una aldea fortificada. Realizaban partidas de caza y pesca y evitaban todo contacto con los blancos o con cualquiera indio o negro que no estuviese con ellos.

¿Dónde quedaba? Le solicitaba de vez en cuando Tirama a Manuel, obteniendo siempre una respuesta igual: Cerca del río Tuy.

También le preguntaba, si serían bien recibidos, quien respondía positivamente. Ellos reunían características similares a sus habitantes, eran

negros e indígenas fugados de una hacienda española, deseaban la libertad y estaban dispuestos a pelear por ella. Con la fuga lo estaban demostrando, aun cuando no habían liquidado a sus patrones y amos.

La realidad se imponía sobre todas las creencias y deseos. Cosas distintas a los anhelos de los fugados, contados por el esclavo Manuel, sucedieron y sucedían en la región del río Tuy.

En esta zona, los aborígenes quiriquires, durante un buen tiempo habían desarrollado una lucha muy desigual contra los conquistadores. Ahora estaba casi despoblada. Años atrás habían acogido a un grupo de negros y negras esclavos, en fuga.

Habían recorrido un largo camino, desde la llamada por los españoles ciudad de Valencia, en las cercanías de lago de Los Tacarigua. En su travesía por el Tuy, se toparon con los quiriquires. Participaron junto a los indígenas en combates contra los invasores blancos e indios Teques, que les servían de flecheros y cargadores. Entonces, los aceptaron en una de sus aldeas.

La cacica y piache Apacuana de los quiriquires, dirigió los enfrentamientos en pos de la libertad y soberanía indígena.

Durante varios años, mostraron hacia los españoles respeto y sumisión, yendo a trabajar en sus haciendas, bajo sus órdenes, aceptando sus maltratos y la imposición de su religión.

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

Los conquistadores consideraban como suyo el territorio quiriquire (Paracotos, Guarenas y Charallave) y todo lo existente en él, incluso los propios indígenas.

Una noche, aprovechando la partida de un buen grupo de españoles a caballo y con sus armas de fuego, ballestas, espadas y protección corporal hacia a Santiago de León, la indiada armada de lanzas, piedras, macanas, arcos y flechas se levantó, obedeciendo órdenes de Apacuana.

La cacica al mando de otro grupo de combatientes peleó, derrotó y desarmó a los conquistadores enseñoreados en sus territorios, pasándolos a todos por las armas, incluso a los indios serviles.

Los conquistadores y encomenderos, García González, mejor conocido como Garci-González y Francisco Infante, heridos lograron escapar hacia los predios de los indios Teques, ya sometidos por los colonizadores. Allí los socorrieron y ayudaron a ir de nuevo a Santiago de León.

Apacuana, vencedora de los extranjeros, trató de construir una alianza con sus hermanos caribes Charagatos, Meregotos y Cumanagotos.



Enterados los españoles de las conversaciones y alianzas buscadas por la cacica, decidieron eliminarla, condenándola a muerte.

Para ejecutar su malévolo plan enviaron a Sancho González al mando de una tropa conquistadora, acompañada por indios traidores.

Después de múltiples combates y sometimiento a la tortura a indígenas quiriquires, lograron hacer hablar a uno de ellos. Delató su paradero.

En una reunión de caciques de diversas tribus se encontraba Apacuana, cuando fue víctima, junto a sus compañeros, de un ataque sorpresivo. Casi todos los participantes fueron asesinados, siendo Apacuana apresada.

Ella, y sus colegas caciques, junto a varios guerreros quiriquires intentaron responder, pero resultaron muertos casi al instante. Apacuana sola, se defendió blandiendo una macana, siendo dominada al recibir un golpe en la cabeza, productor de la pérdida de la conciencia y de su libertad.

Los españoles la torturaron despiadadamente. Luego la ahorcaron y dejaron su cadáver colgado por muchos días. Querían aterrorizar a los aborígenes y enseñarles el castigo para quienes desobedecen sus designios o tratan de insubordinarse.

En los enfrentamientos surgidos a continuación, encontraron la muerte todos los negros llegados

de Valencia y numerosos aborígenes quiriquires. Eliminada la cacica Apacuana, los españoles sometieron a su etnia a una esclavitud segura, a través del régimen de encomienda, agravado por el exterminio provocado por la viruela.

Tirama y sus acompañantes, ignorantes de estas realidades, apresuraron el paso en pos de refugio seguro en la cumbe, cuya existencia solo se encontraba dentro de sus mentes. Soñaban dormidos o despiertos, con llegar y ser admitidos en la misma. Era su gran oportunidad y hacia allá se dirigían.

Los cazadores se les habían adelantado, pero regresaron con la grata insignia de su excursión: dos conejos, uno muerto de un flechazo y el otro de una certera pedrada.

Todos se contentaron con las piezas cobradas. Las prepararon, sin cocer, ni encender fuego. La humareda los delataría. Despresaron los conejos, los salaron, los repartieron y comieron crudos, acompañadas con la yuca cocida, traída desde el rancho de Tirama. Bebieron abundante agua del Guaire. Se dieron un festín.

La travesía poco se había detenido, solo durante la preparación y repartición del alimento. Lo consumieron caminando.

Cuando se acaloraban, se refrescaban en el río y tomaban de sus aguas.

Los niños seguían siendo el mayor inconveniente, pero cargándolos y tratando de entretenerlos siempre, sobre todo al mayorcito;

el pequeño mamaba la teta de su madre y dormitaba casi siempre.

Por ahora, caminar, caminar, pero ¿cuándo descansar?, cuando se pueda, deberá esperarse la llegada de la noche.

Volver al agua, resultó al principio un alivio, pero con el pasar del tiempo se empezaron a entumecer las piernas. Hicieron un esfuerzo mayor, prosiguieron, pasaron otro remanso y continuaron hasta oír la caída del agua, cuyo inconfundible sonido escuchaban. Salieron, se internaron por una montañuela cubierta de vegetación y continuaron lo más cerca posible del río.

Los perseguidores siguieron, pero sin poder incrementar la velocidad, ante la necesidad de verificar continuamente, si seguían el rastro adecuado. Se había vuelto a perder en un margen y paso del río. Supusieron que los fugados harían lo mismo otra vez, así. Atravesaron rápidamente, hacia la otra orilla. Los perros husmearon continuamente sin encontrar pista alguna.

Pensaron, analizaron el proceder de los evadidos y conversaron entre sí: Devolverse no habría sido una opción, pues se hubieran topado con sus perseguidores, sin embargo y por si acaso regresaron al otro margen e indagaron. No encontraron rastros, solo habían perdido el tiempo.

Divididos en dos grupos, uno por cada orilla del

rio, y con un mastín adelante, aun cuando en estos momentos eran inservibles, avanzaron.

Los fugados deben ir por el agua, a favor de la corriente. Ellos lo intuían, no tenían otra opción y en ese sentido marchaban.

Ambos grupos avanzaron un largo trecho, cada uno por su lado, hasta que Antonio, sabiendo la cercanía del cañón del Guaire, dedujo que la ruta a seguir por los prófugos sería a través de la montaña, sector menos agreste para continuar la marcha. Llamó a grandes gritos y con señas a sus compañeros y los hizo cruzar el rio, para continuar como un solo grupo.

El ocaso solar les anunció la cercanía de la noche. Levantaron un campamento, encendieron fuego extrajeron de sus alforjas, lavaron la carne salada y la pusieron a asar.

La plaga de zancudos los atacó inmisericordemente, mientras comían, sabían del remedio que les prestaba el fuego y el humo desprendido de la hoguera. Pero al finalizar, encendieron tabacos, remedio indígena para librarse de sus embestidas. Sintieron el alivio, solo por un rato, mientras fumaron.

Situación similar enfrentaban varias leguas más adelante el grupo de evadidos. Ellos estaban acostumbrados a la inclemencia de estos insectos, pero esta tarde-noche los habían agobiado. Apelaron al repelente natural que durante milenios había ayudado a los naturales a defenderse de estos ataques, la preparación

de aceite de coco embijado, con el cual untaron sus cuerpos, comenzando por los más pequeños, a quienes protegían ya al mantenerlos envueltos.

Bueno ya estaba pasando la avanzada de zancudos, claro, quedaban algunos, pero sería más tolerable. Se acostaron y todo pasó.

El día despunto. El sol salió para todos, tanto para los fugados como para sus perseguidores.

Cada uno, continuó su camino, sabedores del toparse en algún momento, solo cuestión de tiempo. Los evadidos deseaban seguir su camino y los perseguidores, hallarlos pronto.

**XXVII.- EN LA GARGANTA DEL GUAIRE.
MORDIDO POR MAPANARE, MUERE
MANUEL. ENCOMENDADO A CHANGÓ.
NOCHE TRANQUILA PARA PERSEGUIDOS Y
PERSEGUIDORES**

Tras la búsqueda de la predicada cumbe de Manuel, se abrían paso lentamente, entre la vegetación de la montañuela, mientras oían, el estruendoso sonido de la catarata.

En la zona denominada Petare, el Guaire obligado por los accidentes del terreno, da un giro hacia el sureste en una caída de agua que intensifica su velocidad.

Esta garganta del río Guaire tenía y tiene en su lecho y en los alrededores grandes rocas, y depresiones, y en algunas zonas cuevas de

diferentes tamaños.

Sudorosos, cansados, después de varias horas de lento avance, doblando ramas, para pasar, sin utilizar el machete. Prosiguieron la marcha, tratando de evitar dejarle rastro a sus perseguidores. Podrían engañar a la gente, pero a los perros no. El olfato de los canes, seguro si los localizaría. Lo sabían, pero no tenían como evitarlo, como remediarlo.

Hicieron un alto para descansar e ingerir algunos alimentos, carne salada cruda, lavada para despojarla de buena parte de la sal; yuca y bledo o yerba caraca abundante en toda la región. La mayor parte de ese alimento provenía de la despensa del rancho de la familia Tirama, ahora viajando con ellos dentro de los canastos. Ya no era un secreto, ni tenía porque serlo, había sido revelado al agradecer su excelencia por el propio Manuel.

La esposa de Tirama volvía a darle pecho a su bebé; mientras él, con caricias y comida tranquilizaba, para tratar de inducir, de manera infructuosa, el sueño en el mayorcito.

Emprendieron la pausada y dificultosa caminata. El sol en el cenit.

Engorroso andar, el sonido de sus pasos y el crujir de las ramas, se perdía en el ruido del río, el cantar de diversas aves y la lejana gritería de los monos aulladores. Avanzaron, avanzaron, siguieron avanzando con los niños cargados por turnos, con sus cestas de provisiones y con las

improvisadas y recién construidas lanzas en mano, usadas en más de una ocasión, como apoyo al resbalar.

La vegetación abundaba, tenían como suelo, una hojarasca, y lodazal, alimentado en varias oportunidades, por una fina y pertinaz garúa y agua proveniente de algún caño.

A una loma les sucedía otra, cruzada por riachos, en su camino al Guaire o en otra quebrada con un destino similar.

Acostumbrados a avanzar, por sobre las dificultades del terreno, siguieron largo trecho, interrumpido de improviso, por el grito de horror y dolor de Manuel.

Una mapanare, serpiente de un veneno mortal, le había mordido. Todos corrieron al socorro, mientras uno lanceaba la culebra.

Al verla con detenimiento, su canto rostral modificado; nariz respingada; cuerpo grueso, con manchas blancas; cola rojiza, corta, puntiaguda y prensil, todos presumieron la desaparición de Manuel, incluso él. Sucedería en breve tiempo.



La hemotoxina inyectada por la serpiente, le ocasionó grandes dolores y una tumefacción que poco a poco, pero de seguido le amorataba e hinchaba el pie y subía por la pierna.

Invadido su organismo a través del torrente sanguíneo, sus riñones, dejaron de funcionar; múltiples hemorragias internas y a través de los orificios naturales proliferaron; el corazón dio sus últimos latidos, provocando la defunción de Manuel, en medio de una dolosa y angustiosa agonía.

Jamás alguno de los evadidos de la encomienda había imaginado siquiera la posibilidad de encontrar una muerte así, mordido por una culebra. Enfrentarse a la muerte sí lo tenían presente, tal vez en un combate o torturado por los españoles, pero de esta forma era algo distinto, impensado, terrible, pero seguramente los dioses africanos del negro Manuel, así lo tenían previsto.

La negra Rosa, quien de niña, había sido traída desde el África en el mismo barco esclavista donde venía Manuel, propuso de inmediato, su entierro y encomendarlo a Changó.

Tirama, apoyado por todos los demás, tanto indígenas como africanos, invocando la prisa, sabedores de la necesidad de continuar, para evitar ser atrapados, planteó como lo más conveniente, aun cuando no fuera lo mejor, lanzarlo a la corriente del río, llevando algún lastre. Unas piedras atadas al cadáver lo hundirían; así no sería alimento de las aves carroñeras y de las fieras del monte.

Así lo hicieron. Emplearon un buen tiempo, importante para la escapatoria, pero bien

invertido. Se trataba de un solidario compañero y amigo.

Cortaron lianas, cargaron el cuerpo hasta la orilla, buscaron piedras, las amarraron al cadáver y lo lanzaron a la corriente. En voz muy baja, los negros, cantaban e invocaban a su dios Changó, para que protegiera y encausara bien la nueva ruta de Manuel en el más allá.

Retomaron la marcha, tratando de apurar el caminar, pero con pocos resultados, y ante la llegada de las primeras sombras, comieron nuevamente sin encender fuego y buscaron una cueva para colgar sus hamacas y pasar la noche. Los perros de la partida seguidora, antes de comenzar a trepar la montaña, encontraron nuevamente el rastro de los escapados y con gran regocijo se internaron en pos de ellos.

Antonio y todos los integrantes del equipo al ver recuperadas las huellas de los evadidos, se sintieron aliviados y contentos, avanzaron optimistas y dispuestos a someterlos.

Pero, a través de la selvática montaña, debían proseguir a pie, llevando de las riendas los caballos e incluso, a veces ayudar a las bestias a subir o bajar por empinadas cuestas, llena de accidentes naturales. Vieron aminorada su marcha.

Por tales acontecimientos la distancia con sus perseguidos se alargaba; de todos modos esperaban hacer contacto, alcanzarlos y

someterlos en poco tiempo. Eso deseaban y eso los mantenía atentos a cualquier ruido o indicio. La lluvia los refrescó. El advenimiento de la noche los obligó a acampar.

Buscaron leña seca, cuestión un poco difícil, pero al final lo lograron. Encendieron un buen fuego, prepararon comida, cenaron y alrededor de la hoguera se tendieron a descansar.

Mañana será otro día, estaban esperanzados, querían, fuera el día de dar con los fugitivos y comenzar a cobrarles por su escapatoria y muy especialmente, por el tiempo, cansancio y padecimientos sufridos en su persecución.

Pero si oponían resistencia, los vencerían con facilidad, contaban con buenas armas y experiencia guerreras. Eran solo unos simpes indios y negros, rápidamente los dominarían y capturarían. Si debían matar alguno, lo harían también con facilidad y sin remordimientos.

Para la mujer de Tirama, las otras indias y las dos negras, dispondrían de un trato especial, se las gozarían y les introducirían espadas de carne. Bueno, sus instrumentos no eran tan largas como las espadas, pero de que se las pasarían, se las pasarían. Sus miembros servían para algo más que mear.

Poco a poco el cansancio y el sueño, borraron estos vengativos y sádicos pensamientos de sus mentes, para conducirlos a un dormir tranquilo y profundo.

Ni el rugido de las bestias salvajes de hábitos nocturnos, ni los sonidos propios de la selva o de la corriente del río, ni las picadas de zancudos, interrumpieron su descanso.

Comenzaron a despertar, cuando la luz se filtró a través de las copas de algunos árboles, anunciando el nuevo día y poniendo final al placentero descanso.

**XXVIII.- LLEGADA AL TUY. ENCUENTRO
INESPERADO. PERSECUSIÓN Y RETIRADA.
OTRA MUERTE E INVOCACION A CHANGÓ.
SALVADOS POR UNA BALSA**

El clima comenzó a cambiar, ya se sentía calor a pesar de estar el sol tan solo iniciando su recorrido, bastante bajo se le veía y estaba.

Las montañas disminuían de tamaño, la vegetación cambiaba y a lo lejos, se divisaban unos valles. Seguramente esos serían, debían ser, los valles del río Tuy, que contemplaban en toda su inmensidad, entre asombrados y regocijados. Las brumas iban en ascenso, sus miradas se extasiaban. Imaginaban un futuro esplendoroso.

El paisaje extremadamente bello. Se notaba y se percibía una gran soledad, como si estuviera despoblado. De la cumbe nada. Claro era una cumbe y por tanto, debía ocupar un lugar remoto, escondido.

Pensaron, nuestros corazones se sienten solos y anhelan la proximidad de otros seres humanos, tal vez por eso esa sensación de soledad. Aquellas lejanías estaban ausentes de actividades agrícolas o de cualquier otra índole, tanto indígena como española.

De todos modos, avanzaron con una precaución mayor. Esos valles eran su destino y hacia allá se dirigieron.

Un poco más adelante, advirtieron la presencia humana, pero no la buscada.

Encontraron huellas frescas de pies desnudos y calzados con alpargatas. Con mayor cautela avanzaron. En una de las vueltas, en este territorio plano y caluroso, divisaron a varios indios paleando una parcela, dirigidos por un catire, acompañado de un soldado.

Antes, habían pasado por varias haciendas, pero a excepción del avistamiento y posterior encuentro de la esposa de Tirama y sus dos hijos con el grupo de indios quiriquires y sus amos españoles, no habían topado con persona alguna.

Detuvieron momentáneamente la travesía y decidieron desviar su curso, pasar por una loma cercana, abundante en vegetación.

Todo marchaba bien, La caminata duró varias horas, primero fue en ascenso y luego se tornó en un bajar continuo. Al final de una de las vueltas encontraron una sabana cultivada.

Un perro de la hacienda por donde atravesaban los olisqueo y dio la alarma. Pronto varios hombres armados uno con un arcabuz y otros dos con espadas, les pidieron se entregaran.

Las mujeres, cargando los dos niños, a toda carrera, tornaron por la ruta recién transitada. Los hombres aprestaron sus lanzas para acometer a sus agresores. El primero fue el can, al lazarse fieramente sobre Tirama, quedó lanceado de inmediato, mientras un negro se llevaba las manos al pecho y caía herido de muerte por el disparo del arcabuz.

Sin intentar, ni pensar huir, por el contrario, los fugitivos avanzaron. Asiendo sus lanzas de caña y el machete, se les fueron encima. Eran un grupo mayor a sus agresores, no habían sido totalmente sorprendidos y en vez de procurar la fuga, los acometieron, sin proferir grito alguno, como si estuvieran de acuerdo.

Ante la resistencia, totalmente inesperada, el arcabucero, hombre blanco y los mestizos con los machetes, no eran espadas, se alejaron en carrera.

Tirama y sus compañeros, vista la evasión del combate; percibieron su fuga, como una búsqueda de ayuda y aviso en su contra. Los persiguieron. Mataron a uno de los macheteros, al arrojarles una lanza y alcanzarlo de pleno en la espalda.

De pronto, durante el transcurso del seguimiento, apareció un camino de tierra, bien

establecido. En Instante se percataron de la posibilidad cierta de encontrar más gente, a lo mejor soldados, quienes los podrían convertir en víctimas. Ellos estaban fugados de la hacienda de Doña Luisa y seguramente perseguidos por gente de esa encomienda, en consecuencia, se devolvieron a buena velocidad.

Las mujeres no habían ido muy lejos, las ubicaron rápidamente y decidieron retroceder, para pasar por el otro lado.

Habían recuperado un machete, pero perdido un compañero, y las dos cestas con la olla y los alimentos. Bueno, estaban vivos la mayoría, en especial los niños.

Del compañero muerto, al cual ni siquiera su cuerpo pudieron recuperar, para realizar un funeral, aun cuando fuera arrojándole al río atado con piedras, como habían hecho el día anterior con Manuel. Sin embargo, sí podrían encomendarlo a Changó. Así lo hicieron, cantando oraciones en voz muy queda, mientras avanzaban, o mejor retrocedían.



Dios Chango

El sol en medio del firmamento, cuando salieron al otro paso de sabana, desde donde habían

divisado anteriormente a los indígenas en labores agrícolas.

Se detuvieron a mirar, remirar en pos de la cuadrilla de agricultores y sus custodios. No estaban por allí o ellos no podían verlos. Decidieron pasar. Con gran cuidado entraron al sembradío. Al avanzaban a través de los cultivos, arrancaron algunas mazorcas de maíz y recogieron varias guanábanas caídas de un árbol por demás cargado.

Asombrados, preocupados por el qué les tendrían reservado los dioses para ese día y el mañana, continuaron la caminata.

Pronto oyeron y observaron el ruidoso encuentro de los dos ríos, o mejor donde el Guaire cae como afluente al Tuy, aumentando significativamente su caudal.

Siguieron avanzando, estaban cansados, tenían calor y hambre, pero continuaron esa era su única tabla de salvación. Alejarse rápido de la encomienda de Doña Luisa, internarse en los valle del Tuy y por fin, encontrar la cumbre.

Estaban huyendo, seguro los perseguían, ahora, por partida doble, pues en la hacienda anterior los habían avistado, con el agravante de haber dado muerte a uno de sus atacantes, Ellos también habían tenido una baja, pero a esos hacendados encomenderos no les importaría. Seguramente, ahora la persecución sería por partida doble.

Además de huir a toda prisa, dieron vueltas

alrededor de varios lugares, era más retraso, pero era una posibilidad de engañar a los perros que por lógica debían traer sus perseguidores.

Pensaron cruzar el río, era muy caudaloso y con buen torrente. Imposible sin una embarcación. Continuaron su veloz avance. Al cruzar por unos cañaverales de bambú, decidieron cortar varios, para construir unas balsas, con las cuales continuar la huida, navegando por el río.

Perderían un tiempo precioso, pero lo recuperarían y les sobraría si lograban hacerse al agua. A pesar de los retrasos y desviaciones, debían llevar una ventaja superior a medio día. Eso eran sus cálculos. Así lo suponían. Tomaban en cuenta haber partido de la hacienda de Doña Luisa en la noche. Contaban con la perspectiva de haber sido descubierta su fuga por la mañana, y entre preparativos y partida en persecución, llegarían hasta cerca del mediodía.

Además, debían sumar, el tiempo invertido en seguir falsas pistas, con cruces del Guaire y hasta la doble vía establecida por el desvío hecho para evadir en la mañana, el encuentro con los primeros trabajadores y sus custodios.

Pero de su encuentro con la gente de la hacienda, el tiempo sería menor, tal vez un par de horas.

Muy internamente en sus mentes se escondía la esperanza de haber despistado a la gente del hato de Doña Luisa. Quizás, ahora solo debían huir de la gente de la otra hacienda. Eso

deseaban, pero bueno, vayamos adelante.

Cortaron y acumularon un buen número de troncos de bambú, mientras otros buscaban lianas. Casi al mismo tiempo, ataban las cañas para formar dos embarcaciones, las cañas más largas las tomaron como bogas y los brotes más tiernos los usaron como alimento.

Culminada la tarea se lanzaron en ellas al río. Con rapidez avanzaron las embarcaciones, mientras con las bogas dirigían el curso por el centro del río y desviaban cualquier elemento flotante, que pudiese hacerlos naufragar.

Todo les había salido bien, sin mayores contratiempos, solo cuando en el paso de unos moderados rápidos, las balsas se separaron. Dominaron la situación y siguieron avanzando a regular distancia.

**XXIX.- FRANCISCO INFANTE:
CONQUISTADOR, HACENDADO Y
ENCOMENDERO. HOMICIDA DE
GUACAIPURO Y TERROR DE LOS
QUIRIQUIRES. LA PERSECUSIÓN PROSIGUE,
AHORA EN BALSAS Y A CABALLO**

Antonio vio venir los hombres armados. Ordenó a su gente estar alerta. La partida estaba dirigida por varios españoles a caballo, portadores de arcabuces y con espadas al cinto. También traían en sus filas varios mestizos con machetes, lanzas

y látigos. Venían precavidos, pero no demostraban agresividad hacia ellos.

Pronto, al acercarse al grupo, reconoció a Don Francisco Infante, propietario de muchas leguas de tierra y encomendero de este territorio. Poblado antes por diversas tribus quiriquires, ahora casi extintas; los sobrevivientes pacificados y sometidos en su encomienda.

El conquistador Francisco Infante, invadió al valle de Caracas, junto con las tropas de Diego de Lozada en el año 1567, tuvo una participación directa en los acontecimientos guerreros contra los indígenas y en la consolidación de Santiago de León.

Diego de Lozada, luego de fundar la ciudad, señalar los sitios donde estarían la iglesia, plaza mayor, edificios públicos y repartir los solares, designó a los integrantes del Concejo Municipal. Este organismo nombró al sobrino de Lozada, Gonzalo de Osorio y a Francisco Infante como alcaldes de la ciudad.

Las labores acometidas por los alcaldes, fueron disímiles, atender la construcción de calles, plaza, edificaciones, suministro de agua y otras de índole vecinal propias de la recién fundada población; además, colaborar directamente en su seguridad y contra los ataques sucesivos de los indígenas caraqueños. Acciones, estas últimas, donde participó Infante como organizador y ejecutor.

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

En 1568, al alcalde Francisco Infante, Diego de Lozada lo comisionó para ubicar, apresar y matar al cacique Guaicaipuro.

Salió de Santiago de León con ochenta soldados y una partida de indios flecheros, sometidos, fieles a los españoles y con guías indígenas, sabedores de la ubicación de la aldea y la vivienda de Guaicaipuro en el territorio de Los Teques.

Ubicada la aldea, Infante encomendó la tarea de apresar o ejecutar a Guaicaipuro a Sancho del Villar al mando del grueso de la tropa, quedándose él con veinticinco soldados y una partida de indios flecheros, como fuerza de reserva.

Sancho del Villar y su gente asaltaron el caney de Guaicaipuro. El cacique embrazando el estoque quitado a un jefe de los conquistadores de nombre Juan Rodríguez Suárez y junto a 22 compañeros, entre familiares y combatientes opuso tenaz resistencia, hiriendo a varios soldados españoles e impidiendo el acceso a su vivienda.



Los asaltantes, mediante una bomba de fuego, incendiaron la residencia. Alertados por el alboroto y las llamas, los indígenas tequeños de

la comunidad, intentaron acudir en auxilio de su cacique. La tropa española se los impidió.

Guaicaipuro salió y enfrentó a sus agresores, quienes le mataron, al propinarle múltiples estocadas. Suerte similar corrieron los demás combatientes indígenas.

Por su parte, la diosa María Lionza condujo el espíritu de Guaicaipuro a Sorte y lo incluyó en su corte india, donde es objeto de adoración de cientos de miles de personas en Venezuela y otros países.

Muerto Guaicaipuro, los españoles espantados con su cadáver y por el levantamiento de la indiada, huyeron del territorio de Los Teques y se regresaron a toda velocidad, a Santiago de León, donde se sintieron seguros.

Años después, Francisco Infante fue enviado a los valles del Tuy, para acometer a los indígenas quiriquires.

En 1574 al mando de 74 españoles y mil indígenas flecheros de otras tribus, invadieron los valles del Tuy.

Vencida la resistencia quiriquires, llamada por los conquistadores, desde la época de Francisco Fajardo, provincia de Salamanca, la convirtieron en zona objeto de repartimiento de sus tierras y encomienda de sus habitantes naturales.

A raíz de estas entradas, el Concejo Municipal de Santiago de León, en premio a sus labores, le asignó, junto a su cuñado Garci-González estos territorios y les encomendó a los quiriquires.

En un largo período de tiempo, los aborígenes, aceptaron el despojo de sus tierras y trabajar en ellas para los dos conquistadores, hasta cuando bajo la inspiración y órdenes de la cacica Apacuana se revelaron e hirieron a sus encomenderos.

Posteriormente, la insurrección indígena fue apaciguada a sangre y fuego, siendo Apacuana ahorcada.

Años después, los indios Teques, contagiaron a los quiriquires con la epidemia de viruela. Fallecieron casi todos ellos, despoblándose la provincia.

Oportunidad aprovechada por Infante y Garci González para desarrollar sus haciendas.

Este Francisco Infante era quien encabezaba el grupo armado con el cual se topaban los perseguidores de los evadidos de la encomienda de Doña Luisa.

El mestizo Antonio, caporal y jefe de la otra partida, saludo con mucho respeto a Don Francisco y su gente, preguntándole si habían tropezado con la pandilla de fugados, mientras le informaba del objeto de su misión.

Por su parte, Infante refirió lo acontecido en su hacienda y su decisión de alcanzarlos y castigarlos o exterminarlos si se resistían.

Conocidas las razones coincidentes de cada grupo, decidieron juntar esfuerzos y de común acuerdo se fueron tras los fugitivos.

Al salir de la zona montañosa, siguiendo los rastros encontrados por los perros, pasaron por el sitio donde el Guaire tributa sus aguas al río Tuy y continuaron su marcha, debidamente orientados por los cánidos.

Al cabo de varias horas llegaron al cañaveral, donde previamente los fugados se habían detenido para fabricar las balsas; con gran facilidad, encontraron vestigios de las actividades emprendidas por Tirama y su grupo. Los cortes en las guaduas, les indicaron la construcción de unas balsas y seguramente, en ese momento navegarían aguas abajo.

Francisco Infante, conocedor de la zona, descabalgó, ordenó construir por lo menos dos embarcaciones, mientras indicaba a los otros jinetes, proseguir por tierra.

Construidas las balsas, iniciaron la persecución a través del río. Con sumo cuidado pasaron los primeros rápidos, muchas veces navegados por Infante y su gente y trataron de acelerar el viaje. Al llegar a un remanso y viendo, el sol muy bajo, Tirama y su grupo decidieron acampar. Andaban en terrenos desconocidos, sin noticias de la cumbe y sin Manuel como guía, pero respiraban libertad, cuestión insuficiente, máxime cuando estaban sin alimentos y tenían hambre.

Al muchachito, sus padres le molieron con sus dientes los productos y se los dieron a comer.

Satisfechos los estómagos, se acomodaron debajo de unos árboles hasta ser vencidos por el cansancio y el sueño, mientras pensaban en la suerte para el siguiente día, cuando no solo debían seguir en fuga, sino también ir en pos de la cumbe, tan mencionada por Manuel. Debían conseguir algún rastro indicador para ser seguido tras ella.



Los perseguidores continuaron su marcha hasta tanto, la oscuridad les hizo considerar imprudente continuar en el río. Atracaron las embarcaciones en la orilla y se prepararon para alimentarse y dormir.

En eso estaban, cuando los hombres de a caballo llegaron. Habían acortado camino por un sendero, previamente conocido, cuya recta evitaba los meandros del río Tuy, en su constante culebreo.

Los recién llegados, hicieron lo propio y también durmieron, pensando en el nuevo día, cuando alcanzarían a los prófugos, para cobrarles, no solo el escape, sino muy especialmente, la muerte de uno de los peones de hato de Don Francisco Infante.

Estaban muy cerca, tal vez, demasiado cerca. Mejor hubiera sido no encender el fuego, el humo podía delatar a sus perseguidores y poner a los fugitivos en sobre aviso.

Pero con sinceridad, no había nada como una comida caliente, un humo y fuego para alejar la plaga y evitar también, cualquier ataque de las numerosas fieras existentes en la región. Ojalá no los hubieran detectado, porque perderían el factor sorpresa.

**XXX.- PRESOS AL DESPERTAR. LOS NIÑOS
COMIDOS POR LOS PERROS. SADISMO Y
VIOLACIONES. JUSTICIA ESPAÑOLA
EXPEDITA. RETORNO INFERNAL**

Aún no había aclarado el día, cuando Francisco Infante, Antonio y los demás emprendieron la marcha. Unos navegando por el río, mientras los otros se lanzaban sobre sus corceles.

Las balsas siguieron el curso de las aguas por varios kilómetros, cuando vieron entre las brumas, una playa, donde estaban dos rudimentarias embarcaciones, como las suyas.

Automáticamente, como tocados por un rayo, unos prepararon las armas, mientras los bongueros, en una perfecta maniobra enfilaban directo hacia esa playa.

La búsqueda había llegado a su fin. Ahora se trataba de someterlos. Dormían aún. Nadie

vigilaba. Todo parecía muy fácil, pero deberían estar muy alertas y preparados.

Ya antes de tocar tierra los hombres, con sus sayos de armas y morriones puestos, se lanzaron de las embarcaciones, a fin de aprovechar al máximo la sorpresa.

Los fugados en su totalidad, plácidamente descansaban; Solo la esposa de Tirama, mientras amamantaba a su bebé, los vio y sintió llegar. De sus pechos ya no salió una gota más de leche, solo un grito de alerta, para intentar avisar a todos sus compañeros.

Los soldados los ayudaron a despertar. Reiteradamente les pegaban, mientras los amenazaban con ballestas, lanzas y espadas. Únicamente un indígena, semidormido intentó hacer resistencia, abalanzándose en pos de su lanza.

De inmediato fue abatido. Saetas arrojadas desde las ballestas se incrustaron en su cuerpo, a la par de ser alanceado y tasajeado a espadazos. En cadáver, en amasijo de carne sanguinolenta, quedó convertido en un abrir y cerrar de ojos.

En ese momento arribaron los jinetes, quienes dando grandes demostraciones de alborozo se sumaron a la agresión contra los fugitivos.

La señora Tirama trató de proteger su bebé, y con un palo intentó golpear a quienes se le acercaban, pero fue dominada rápidamente, entre las burlas de sus agresores.

El infante, ahora en manos de los soldados fue lanzado con fuerza contra el suelo, mientras le azuzaban un perro. Entre tanto, el otro can daba tremendas dentelladas y arrastraba al mayorcito.

Todos los demás fugitivos, tanto hombres como mujeres, indios o negros, ya bien despiertos, siguieron siendo objeto de nuevas golpizas y sometidos a latigazos.

Golpeados e insultados en lengua caribe y castellana, los fugitivos fueron tratados, por sus captores; los amarraron de pies y manos.

Al ser sometidos a torturas e interrogatorios para saber quién era el jefe del grupo; quien los había estimulado y conducido en la fuga, todos coincidieron en señalar al negro Manuel, ya difunto.

Antonio, quien tenía razones por conocimiento previo del actuar, señaló a Tirama como posible jefe; sin embargo Don Francisco con: “qué jefe puede ser ese chueco picado de viruelas”, descartó el señalamiento de Antonio, y como donde manda capitán, no manda marinero, soldado y mucho menos mestizo, sus palabras dieron por ciertas, las afirmaciones de los capturados, al señalar a Manuel como organizador y cabecilla de la fuga.

- Acá esa india sabrosa, es para mí, luego se las pasaré”,

Ordenó Don Francisco, quien abriendo su calzón, exhibió un miembro en completa

erección, procediendo a la violación de la esposa de Tirama.

Al unísono, los demás conquistadores, embriagados de morbosidad, con miradas lascivas y un instinto sádico se precipitaron sobre las mujeres, violándolas de diversas formas, tanto por delante como por detrás, a la par de golpearlas.

Entre súplicas e imprecaciones, los presos varones pedían, exigían se respetara a las mujeres.

De poco les sirvió. Mientras más suplicas y maldiciones oían los españoles y mestizos, más se extasiaban libidinosamente en el ataque sexual a las féminas.

Entre tanto, los perros de presa, luego de atacar, mordiendo, hasta romper los cuellos de los niños, se alimentaban a grandes bocados con los cuerpos de los dos pequeños.

La madre compungida por el asesinato de sus hijos, pedía en su dolor, la asesinaran también, ya sin importarles las agresiones sexuales sufridas.

Pasados los múltiples abusos y violaciones, llevaron de regreso a los capturados, previo dar garrote vil al esclavo negro, reconocido como autor de la muerte del peón de Don Francisco.

Les colocaron una soga al cuello y fueron atados uno tras otro, les quitaron las amarras de los pies y los hicieron marchar en fila.

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

Tirama hervía en su odio y dolor, mientras sus captores lo golpeaban, sesiones interrumpidas por tandas de latigazos.

Su suerte era por demás extraña. Por segunda y tal vez por última vez era apresado por los españoles mientras dormía. Su primera esposa violada y asesinada. Su segunda violada y sin saber que le sucedería. Su primer hijo muerto y comido por unos perros, y ahora se repetía la misma situación con los dos niños de su segundo matrimonio. Su pueblo arrasado y él azotado y preso, sin poder conocer su destino. Todo a manos de estos barbaros, barbudos criminales españoles.

En verdad, el triste y terrible asesinato de sus hijos, los daños y violaciones provocados a su mujer, le causaban un gran dolor. Pensaba e imaginaba la venganza; pero era necesario controlarse, a lo mejor habría tiempo para ello. Por ahora debía, o mejor debían (él, su esposa y sus compañeros) sobrevivir.



Las heridas producto de los latigazos y golpes en sus espaldas, nalgas, pecho, cara o mejor en todo su ser ya no las sentía, era mayor su rabia e impotencia.

En estos momentos, solo debía caminar, en una larga travesía, llena de agresiones físicas, verbales y morales. Tenía, tenían por delante, un triste viaje de retorno a la hacienda.

La cuerda a la cual estaban atados todos, se tensó y la marcha se paralizó. La esposa de Tirama desmayada colgaba de la línea. A latigazos trataron de reanimarla, luego le echaron agua. No reaccionó. Entonces la decapitaron de dos espadazos. El cadáver quedó allí como alimento de las aves de rapiña y bestias feroces.

El restallar del látigo hizo avanzar la fila de los prisioneros arrastrando los pies, con pasos trémulos. El sol y la manigua hacían estragos en sus humanidades.

Ante el cansancio y el calor de los prisioneros, sus captores, los autorizaron, sin desatarlos a introducirse en el río y tomar agua. Los prisioneros abrazados en calor, sed y cansancio así lo hicieron.

Al pasar por el lugar donde se unen los ríos Guaire y Tuy, Francisco Infante y su gente tomaron rumbo a su hacienda, despidiéndose de Antonio y sus acompañantes, enviándole un saludo a Doña Luisa; a la par recomendaba un buen castigo para los recapturados, debía servir de ejemplo a estos, los otros indios encomendados y los negros esclavos de las penas infringidas a quienes intentaban huir. Ninguno olvidaría la lección. Sería mejor para

ellos, desistir de cualquier intento de desobediencia, fuga o insubordinación, contra sus amos y dueños.

En reiteradas ocasiones, los captores, ahora guardas de los presos, volvieron a usar las mujeres para satisfacer sus deseos carnales, repitiéndose las agresiones sexuales.

Las noches sucedieron a los días, y así sudando y tostándose por el solazo constante durante las horas diurnas, debieron dormir atados, tiritando durante las frías noches.

Aplacaban la sed, cada vez que les permitían tomar agua del río Guaire. La comida brillaba por su ausencia; sin comer llegaron o mejor fueron conducidos amarrados a la hacienda y encomienda de donde habían huido sigilosamente la noche de navidad.

XXXI.-DE NUEVO EN LA ENCOMIENDA.

CASTIGO EJEMPLAR. MEDICINA INDIGENA.

SOBREVIVIR PARA LA VENGANZA

A media mañana ingresaron al hato. Sin desamarrarles las manos, ni quitarles o aflojarle la cuerda del cuello, quedaron tan solo bajo vigilancia, en el mismo lugar donde se efectuaban los actos religiosos y sociales de la hacienda. Allí igualmente, se encontraba el cepo en el cual introducían de pies, manos y cabeza a quienes castigaban por motivos diversos.

Recibieron, por vez primera, desde su captura, una comida, consistente en una arepa acompañada de una totuma con agua. Todos comieron la suya con gran apetito. Les supo a gloria.

Durante el resto del día, permanecieron en ese lugar, sin ser golpeados o torturados, ni alimentados.

Ya bien entrada la tarde, llegó Doña Luisa acompañada de varios españoles, la mayoría, vecinos, alertados tempranamente con la noticia, quisieron venir a participar y presenciar los castigos.

Todos los evadidos y evadidas fueron condenados a permanecer por quince días amarrados a un cepo y recibir diariamente 20 golpes en los pies. Además de recibir igual cantidad de latigazos y con una sola una comida de una arepa y una totuma de agua al día.

Ante la imposibilidad de contar con un número adecuado de cepos, se decidió improvisarlos.

Colocaron listones de madera en pares, en sus cabezas. Los maderos a los cuellos de cada uno, sin estar muy apretados. De igual forma procedieron colocando otros, a la altura de manos y pies.

Realizada dicha operación emplearon los látigos y a continuación, golpearon con palos las plantas de los pies de los condenados.

La ejecución de la sentencia era presenciada por todos los habitantes de la hacienda, indígenas,

negros y sus familiares, igualmente por otros traídos de las haciendas vecinas. Ejemplarizante debía ser el castigo.

Sí alguno había pensado o pensaba fugarse, conocía así, de manera directa, la justicia de los blancos. Además, de aquí en adelante ante cualquier nuevo intento, serían mutilados de uno o los dos pies.

Unos días después, moría el año 1587 y nacía el 88. En la casa grande, Doña Luisa, acompañada de varios familiares y vecinos celebraba la fecha. Buenos vinos, jamón serrano, queso manchego, aceitunas y otras delicadeces, especialmente traídas de España, acompañaban el pavo, asado a fuego lento, por las indias cocineras, siguiendo las instrucciones de la encomendera y propietaria de la hacienda.

El vino y el aguardiente se consumía con premura. Un brindis, inmediatamente era seguido por otro, sin contar los tragos individuales y sin brindar ingeridos por los invitados. Las canciones y la música anunciando el nuevo año 1588 deleitaban a los presentes, aun cuando los ejecutores eran improvisados.

Servida la comida, con gran fruición fue consumida, para dar paso inmediatamente a la danza.

Todo era alegría, alborozo por la llegada del nuevo año. La prosperidad se deseaba, se sentía, se quería, se anhelaba su llegada, mejor, debía continuar.

Obviamente, salvo pequeñeces, del año vivido no se podían tener mayores quejas. Habían vivido bien, venían a través del tiempo en una espiral de progreso, y eso debían celebrarlo, así pues: Salud.

Entre tanto, llorosos, dando gritos de dolor y pavor, mientras la piel, ya llagada de espaldas y nalgas destilaba agua sangre y los pies hinchados, al principio, comenzaban a reventar sangrando. Los torturados acusaban las flagelaciones infringidas.

Los improvisados cepos, se convirtieron en una tortura mayor a la producida por unos auténticos, sin embargo allí pasaban las noches y días, haciendo sus necesidades fisiológicas en el mismo sitio.

Un fuerte olor a orín y excrementos enrarecía el aire y atraía numerosas moscas y alimañas. Se alimentaban indistintamente de estas fuentes, o de las heridas abiertas en los cuerpos de los flagelados.

En medio de una gran debilidad general, algunas de las lesiones causadas en sus cuerpos por los castigos, se infectaron, produciendo otras inflamaciones, algunas llenas de pus, reventadas por una nueva flagelación.

Durante una visita de inspección, Doña Luisa al presenciar, el terrible espectáculo, donde a las infecciones se les iba sumando una tremenda pérdida de peso; la encomendera, pensando poco o nada en los sufrimientos infringidos; pero

sí, mucho en la posibilidad de perderlos y con ello, sus capacidades y fuerzas para el trabajo, si morían o resultaban lisiados, aun cuando fuera uno solo, decidió poner fin al castigo.

Miró con detenimiento a Tirama, mientras recordaba los lujuriosos, agradables momentos y juegos eróticos pasados en su compañía. Ahora, poco quedaba de aquel amante. Un amasijo maloliente de huesos, algo de carne con muchas pústulas, combinadas con sus cicatrices de la viruela. Muy patético, nada apetecible.

Pensó en cuales medidas debía tomar, estaban en juego la posibilidad de perder brazos para las faenas y como si fuera poco, vientres para continuar la estirpe esclava e indígena a ser aprovechada en el desarrollo de su propiedad. Algo debía hacer. Bueno era suspender el castigo, pero debía curar las heridas e infecciones y hacerlos recuperar sus fuerzas.

Entonces, ordenó, les dieran una lavada con agua con sal bien diluida, a fin de mitigar la fetidez y las enfermedades de la piel, al tiempo solicitó le trajeran a la vieja india Mariana.

Mariana era una indígena de la etnia Guaquerí del litoral. Era mohán de larga data y había curado a mucha gente, en su aldea, y también en la hacienda, según relataban varias madres indígenas, y le constaba a la propia encomendera, al atender y sanar a sus propios hijos, a quienes les había eliminado una diarrea sufrida, durante casi diez días.

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

Al llegar la mohán aborígen, Doña Luisa le dijo:

- Te encargó del cuidado de la salud y vida de esta gente. Cuidado si se te muere alguno”.



La piache o médica indígena, recetó de inmediato una alimentación adecuada con abundante carne, vegetales y leche. Después los sometió a un tratamiento a base de nuevos baños salobres y hierbas, de ungüentos y bebedizos, acompañados de ciertas oraciones y cantico a baja voz. Al cabo de varios días, comenzaron a recuperar las fuerzas y a curar las lesiones e infecciones.

Con suma rapidez, recobraron su vigor y pudieron caminar, sin embargo, las flagelaciones y las infecciones dejaron cicatrices en sus cuerpos y también en sus almas.

En franca convalecencia, cada uno de los perdonados fue remitido a seguir en las tareas anteriormente asignadas. Las emprendieron con ardor, sin ánimos de molestar en lo más mínimo a sus amos y capataces.

La ausencia de la regla en las indias y africanas, durante dos lunas seguidas, indicó su preñez y la casi absoluta seguridad de llevar en sus vientres unas criaturas mestizas, cuyos padres eran los españoles y mestizos violadores. Había tan solo una precaria posibilidad de tener como padre

un indio o un africano. Solo se sabría después del alumbramiento.

Tirama vuelto a su mismo trabajo de domador de potros continuó con su misión, sin chistar y tal vez poniéndole mayor empeño a su oficio.

Durante una doma, Tirama reflexionó acerca de la aventura vivida y sus graves consecuencias.

En primer lugar, haberlos agarrado dormidos y sin tener vigilancia fue repetir el mismo error acaecido en la montaña Guaraira Repano, cuando lo detuvieron para ser luego remitido a la encomienda de Doña Luisa.

En segundo lugar, debieron llevarse algunos caballos, les hubiese sido de mucha utilidad en la huida. No lo intentaron para evitar cualquier alerta si los descubrían en la operación; estas bestias eran objeto de una vigilancia y control muy especial, pues eran considerados, además de un medio de transporte, un arma de guerra.

En tercer lugar, han debido avanzar de noche y no hacer rituales funerarios, con las caminatas nocturnas pudieron poner mayor distancia de sus perseguidores, con el ritual funerario, por muy sencillo como fue, habían retrasado la escapatoria.

Seguramente, si seguía analizando esa situación encontraría más errores, ese examen lo dejaría para cuando pudiera conversar con alguno de sus otros compañeros de aventura.

Ahora debía pensar en su venganza, por sus hijos, sus esposas; por sus vecinos; por su tribu y

por la Patria caraqueña.

Los conquistadores españoles, mediante el engaño, sus armas y la ayuda de otros pueblos originarios, se habían apropiado de todo. Eran los dueños y amos de tierras, aguas, plantas, animales e incluso de los sobrevivientes indígenas caribes de Caracas. La guerra, las privaciones y la epidemia de viruela, los tenían casi exterminados.

Matar a los autores materiales, le parecía una legítima acción, pero insuficiente.

Para intentar una venganza adecuada, debía sobrevivir y contar con la participación de todos los sometidos indígenas y esclavos africanos.

Estimular la producción de un gran levantamiento, involucrar a la gente de las haciendas vecinas sería una acción adecuada.

Por ahora, debían esperar, readaptarse y lograr les volvieran a tomaran un mínimo de confianza, cosa difícil después de lo ocurrido, más no imposible.

También sería muy bueno consultar a sus dioses y antepasados, pero en la actual situación, el solo intentarlo, sería tomado como una gran desobediencia, idolatría y ofensa al Dios cristiano. Debería, deberían esperar, tal vez más adelante se presente una oportunidad...

**XXXII.- PRODUCTIVA HACIENDA.
PROCEDERES DE DOÑA LUISA. ¿DE NUEVO
LA RELACIÓN CON TIRAMA?**

La hacienda tenía su ritmo, crecía bien. Las cosechas se sucedían una a otras, dando un muy buen rendimiento. El ganado vacuno, caballar, porcino y caprino aumentaba, gracias a la vigilancia y órdenes impartidas por sus capataces, tanto a negros como a indios.

De la quebrada, habían establecido una acequia, con varios propósitos, por un lado proveer de suficiente agua a la vivienda principal, por la otra para ser utilizada en la alimentación de los animales, el riego de las sementeras e incluso para darles acceso a la misma, a negros e indios, siempre bajo el control de sus jefes.

Los corrales aumentaban en número, mientras las reses se multiplicaban, las vacas parían sus terneros y daban mucha leche; el redil de ordeño era incomparablemente mayor, al construido originalmente.

La elaboración de quesos era otra de las labores. Nada despreciable. Los lácteos, en especial los quesos, se vendían a buen precio o eran cambiados por otros productos en Santiago de León o en el propio predio, cuando algún vecino o visitante lo requería.

El ganado, en sus diferentes clases –vacuno, porcino o caprino, además de servir de alimento para los residentes de la casa principal, los capataces y sus familias, eran comercializados

con cierta regularidad, destacándose y era motivo de planificación especial la producción de caballos y yeguas. También, el cruce con ganado asnal, para producir buenos mulos y mulas, destinados a aquellos trabajos donde aguante y velocidad se combinaran y complementaran.

Doña Luisa estaba muy satisfecha. El conuco, al lado de su casa y la cría de gallinas le proporcionaban casi todo el alimento requerido para su mantenimiento y el de sus hijos. Claro, sin olvidar la leche y carne traída de otros lados, pero de su propio predio.

Los niños de doña Luisa crecían también, estaban a punto de entrar en la adolescencia. Serían enviados a España. Ellos estaba bien atendidos por las indias empleadas domésticas, quienes le tenían gran cariño.

Doña Luisa, cansada de su amante, un viejo soldado, venido a Caracas con Lozada y su difunto esposo en 1567.

Además de convertirse en un anciano achacoso, comenzó a fallar en sus artes amatorias, en consecuencia decidió salir de él.

Al presentar, unos resfriados constantes, acompañados de dolores en los huesos y decaimiento general, lo ayudó en los preparativos para viajar a Valencia, tierra caliente, donde se curaría de estos males, pues a pesar del benigno clima templado de Caracas,

lo consideraban contraproducente para sus dolencias.

Lo despidió con grandes muestras de cariño y atenciones, reiterándole su deseo de un pronto restablecimiento y regreso, pero sabedora y deseando desde el fondo de su pensamiento, fuera esta su despedida final y el decrépito enfermo ya no volviera. Tal como sucedió.

Ya sin su incomodo marido, se dedicó con más ahínco, a lo de siempre, lo cual había deseado ser y era, una encomendera, dueña y señora de ese beneficioso predio; pero sintiendo en el fondo de su ser la necesidad de establecer nuevas relaciones amorosas.

En sus visitas periódicas de supervisión a las diferentes labores en su finca, Doña Luisa coincidió en varias ocasiones con Tirama, ya totalmente repuesto y dedicado con gran intensidad en su labor de domador de potros.

Nunca más le había vuelto a dirigir palabra alguna, ni sus miradas se habían cruzado. Ahora observando su porte varonil. Con 40 y pico de años de edad, tanto ella como él, se preguntó: ¿Cómo era posible que lo hubiese sacado de su cama, de su corazón y pensamiento? Seguía siendo muy atractivo, quizás más.

Desde ese día, atormentada por pensamientos libidinosos, visitó la zona de doma con frecuencia mayor. En una ocasión dirigiéndole una mirada encendida, le invitó a acompañarla a revisar un ganado en un corral cercano.

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA



Tirama obedeció la propuesta o mejor la orden impartida por su ama y haciéndose el desentendido, la acompañó.

En la vía hacia el corral, con gran descaro, le acarició primero el pecho y luego las partes íntimas al indígena.

Tirama se dejó conducir y hacer; reaccionando, de improviso, como si no lo hubiera pensado, la lanzó al suelo, colocó sus labios sobre los de ella, a la par de abrazarla con intensidad.

Los recuerdos, los deseos y las ganas se juntaron en una nueva explosión. Muy buena, pero no con la intensidad de otros tiempos.

Llegados al clímax, permanecieron juntos un largo rato. Volvieron a la realidad. Se levantaron. Sacudieron las yerbas adheridas a las ropas de ella y prosiguieron la caminata hacia el redil.

Vieron las reses en el corral y conversaron acerca de las mismas, sin hacer una sola referencia a lo ocurrido minutos antes.

Esa noche, Tirama descansando en su hamaca reflexionó sobre los acontecimientos de aquella tarde. Parecían indicar unos nuevos y ardientes amores con Doña Luisa.

Para él había sido una verdadera sorpresa, habían pasado ya varios años, de cuando, su patrona había cortado sus relaciones íntimas. Incluso habían tenido un hijo, de quien no tenía noticias. Había sido dado por ella, para la crianza a una india, como madre postiza, a pesar de sus deseos de atenderlo como padre.

¿Querría Doña Luisa volver a establecer una relación estable o solo había sido una atracción física momentánea? ¿Qué aptitud tomar? ¿Tratar de buscarla? ¿No volver a hacerle caso? ¿Esperar, llevarle la corriente?

Mientras estas preguntas se agolpaban en su mente, recordó muchos los momentos disfrutados en su compañía, siempre plenos de erotismo y sensualidad, y también recordó la inexistencia de conversaciones sobre el tema. Casi siempre platicaban acerca de asuntos de la casa o del trabajo, obviando su extraña relación de amantes ocultos. Bueno más o menos ocultos.

Antes de ser vencido por el sueño o tal vez, como consecuencia del mismo, meditó acerca de la necesidad de esperar, era lo más conveniente. No perdería nada con esta relación, y a lo mejor algo podía ganar, si se continuaba, en cualquier forma.

De ser un hecho aislado y pasajero, sin trascendencia, tampoco perdería algo. En todo caso, debía proseguir con su trabajo, su vida, sin olvidar su venganza.

Sin embargo nada pasó, Doña Luisa, continuó siendo Doña Luisa, la ama y dueña de la hacienda y todo lo que en ella había o se produjera; fueran productos vegetales, animales, indios o negros.

Las relaciones de Tirama con Doña Luisa eran ahora eventuales, efímeras. De vez en cuando, ella se aparecía e interrumpía las labores del indígena para llevarlo a consumir diferentes actos amatorios, pero la pasión explosiva de otros tiempos, había quedado muy atrás.

Tirama siguió en su labor de domador, y en lo sentimental, compartió su lecho y sus esperanzas con una de las indígenas participantes en la frustrada evasión; madre de un niño mestizo, quien con sus travesuras y cariño, poco a poco fue ganando la buena voluntad del compañero de su madre, llegando a quererlo como hijo propio.

De esa unión no tuvieron hijos, pero se siguieron queriendo, incluso, hasta después de haberse blanqueado sus cabellos.

Planes de nuevas fugas y venganzas solo se anidaron en el pensamiento de Tirama. Cuando trató de entusiasmar a alguno de sus compañeros de infortunio, obtuvo como respuesta una negativa, acompañada de la pregunta ¿hacia dónde ir? Y la mención de cuál sería la penalidad para quien tratara de evadirse o alzarse contra sus amos; además de los

castigos corporales, serían mutilados en una o varias de sus extremidades.

El tiempo pasaba, al igual sus fuerzas. Mermaban lenta, pero inexorablemente, la vejez se hacía presente, sin llegar a concretar plan alguno.

**XXXIII.- LA VIDA SIGUIÓ SU CURSO. EL
HEREDERO DE DOÑA LUISA. EL ANCIANO
PATITORCIDO. SUEÑOS IRREALIZADOS,
MUERTE DE TIRAMA Y LUZ DE LIBERTAD**

Un día siguió a otro, así pasó una semana, tras otra, y luego los meses y los años, la hacienda siguió creciendo, gracias al trabajo permanente de indios y negros, aun cuando tuvo varios bajones, como el año, cuando los cultivos de toda Caracas, fueron atacados por una furibunda plaga de gusanos.

Encomendados, esclavos y ahora mestizos, de sol a sol, laboraban bajo las órdenes y control de los capataces.

Acostumbrados a los mandatos de la propietaria y sus jefes inmediatos, cumplían con sus labores. Las instrucciones sobre el diario quehacer, se habían hecho prácticamente innecesarias. Cada cual iba a lo suyo, para evitar las reprimendas y penas impuestas.

Los hijos e hijas de las indias y negras, que habían intentado la fuga y ser víctimas de continuas violaciones, al ser recapturadas, eran

ya adolescentes. Todos eran mestizos, desdeñados por indígenas, negros y blancos, pero por fortuna, apreciados por sus madres. Los hijos de las indígenas eran gente libre, los de las negras, continuarían en la estirpe social de ser esclavos, tal como lo establecían las leyes coloniales de la época.

La ley se acataba, pero no se cumplía en esta Caracas, tan distante de la península ibérica, asiento de los reyes y sus dictámenes. Todos, indios, negros, mestizos e incluso blancos de orilla y sus hijos, seguirían por el resto de sus vidas como peones sometidos a un régimen igualitariamente inhumano en los predios y encomiendas de los españoles peninsulares y sus descendencias.

Los hijos de Doña Luisa, regresaron de España. Habían permanecido en Sevilla y Madrid varios años. Eran ya unos hombres hechos y derechos, llenos de ideas para aumentar la producción y lograr mejores rendimientos.

Eran unos buenos hijosdalgo, aun cuando no peninsulares. No debían, ni deseaban trabajar directamente, sería rebajarse, perder su abolengo, su clase social.

Su padre, fue un buen soldado, recompensado por Lozada con la encomienda que ellos habían heredado, o mejor heredada por el mayor, tras la defunción de su progenitor, la cual su madre, mientras crecían, había dirigido magistralmente.

Doña Luisa había muerto hacía varios meses. A partir de este año de 1605 les tocaba mantener y hacer crecer el predio.

El primogénito, Don Julio, el mismo nombre de su difunto padre, el verdadero heredero, de acuerdo con las leyes españolas de sucesión, tomó en sus manos las riendas de la hacienda.

El menor, Don Sebastián, entró con el grado de alférez, como combatiente en el ejército, dirigido a pacificar los caribes orinoquenses e intentar llegar hasta la fabulosa ciudad del Dorado.

El nuevo amo inspeccionó su propiedad, visitó los cultivos, los corrales con los animales, las salas de ordeño y las queseras. Al pasar por la doma, miró a un anciano patitorcida, marcado por la viruela, dando instrucciones a un robusto joven mestizo, en el arte y oficio de amansar potros. Preguntó por él, a su guía, un caporal de fusta en la cintura, quien muy solícito, respondió:

- Se trata de un indígena encomendado a su difunta madre, Doña Luisa, hace muchos años. A pesar de la lesión en su pierna logró descollar en casi todo, menos en un intento de fuga, de donde fue nuevamente regresado y duramente castigado. Después de su recaptura, trabajó con mayor ahínco en la hacienda. Cuando eso ya era un buen domador,

ahora, a pesar de su ancianidad, es un buen entrenador en este oficio.

Terminada la conversación y la visita, Don Julio se refugió en la casa principal, a esperar, esa tarde la llegada del alcalde de Santiago de León y su señora.

Por la noche, el anciano Tirama le comentó a su esposa y a su hijo mestizo parte de su vida, en compañía de su padre, el cacique Catia, cuando de niño lo instruyó en el arte y oficio de pescar en la laguna Caroata; sus enseñanzas y entrenamiento en las artes militares y piachenicas, sus primeras acciones guerreras y las agresiones y daños de los conquistadores contra sus familias y las poblaciones originarias. No contó todo su pasado, ni sus ideales; no quería y tampoco podía. Se llevó a su hamaca la reflexión de su vida. Siempre deseó, aspiró y buscó imitar a su padre, ser un gran cacique de su pueblo y de todos los pueblos caraqueños, tal vez como el admirado, estimado y poderoso Guaicaipuro.

Se había preparado con tal fin, pero la realidad de la vida o tal vez el hostigamiento y agresión de los conquistadores o mejor los designios de los dioses caribes y también del dios cristiano mayor y los otros dioses menores o santos le habían impuesto una vida distinta y contraria a su aspiración.

En estas reflexiones se encontraba cuando un fuerte dolor en el pecho le indicó su pase hacia

el mundo de los ancestros. Horas después, avanzada la mañana, sin haberse levantado como siempre lo hacía, su hijo fue a despertarlo y lo encontró muerto.

Tirama, pretendió seguir los pasos de su padre, el cacique Catia, incluso del gran Guaicaipuro. Nunca pensó lo que les sucede a los hijos de los grandes personajes del quehacer humano, y él no era una excepción, sino al contrario, confirmaba la regla.

Los hijos de los grandes a pesar de prepararse, aspirar y crecer, siempre serán pequeños comparados con sus progenitores. Tirama no era, ni fue una excepción.

Pasó el año de la muerte de Tirama, llegaron y transcurrieron los siglos XVII y XVIII. Principió el siglo XIX y los esfuerzos libertarios se hicieron más presentes en las mentes y corazones de los disímiles habitantes de estas tierras.

Los vaticinios y profecías de los ancestros, de reconquistar la libertad y soberanía parecían dejar de ser leyendas. Se peleaba duro, muy duro contra el poderío y coloniaje español.

Claro habían pasado muchos años, varios siglos y el vaticinio de **“varias generaciones, razas y culturas vencerán”**, podía ser interpretado como una cuestión de ese momento.

El mestizaje se había desarrollado, consolidado, convertido en mayoría; los indígenas eran minorías, pero, continuaban

siendo muy explotados.

Contra los españoles se habían alzado todos, incluso sus descendientes, nombrados criollos. El patriotismo abrazaba a todos, indios, negros, mestizos y criollos. Había una luz de libertad al final del túnel de la discriminación y el vasallaje.

Esa madrugada, la india Juana, desde la entrada de su rancho vio pasar las fuerzas patriotas, encabezadas por Simón Bolívar en dirección al campo de Carabobo. Detrás numerosos batallones de caballería, donde indios, negros y mestizos, algunos montados en pelo y con calzones cortos, portando lanzas avanzaban tras su líder.



En ese momento recordó la leyenda transmitida por sus abuelos acerca de la llegada del momento, cuando los pueblos originarios, luego de muchos padecimientos y arduas luchas, volverían a recobrar su independencia y soberanía, expresada en una visión en trance espiritual, cuando el cacique Catia relató: **“En caballos van montados, indios vestidos con un calzón blanco, también algunos hombres**

negros. Lanzas en mano se enfrentan a unos españoles de vestimenta multicolor. De pronto el cielo apareció lleno de arborescencias amarillo, azul y rojo”.

Juana despertó a sus pequeños hijos. Todos los vieron pasar, mientras les decía: al fin llegó el gran día. Los dioses y ancestros le transmitieron a nuestros pueblos por intermedio del gran Catia, la derrota definitiva de los españoles y la recuperación de nuestra libertad y soberanía.

Era 24 de Junio de 1821

EL AUTOR



OMAR BARRIENTOS VARGAS

Optometrista, periodista y ex profesor de Ética, Legislación e Historia de la Optometría en el Colegio Universitario de Optometría de Caracas.

Ex presidente de la Junta Directiva Nacional del Colegio de Optometristas de Venezuela 1979-83; Vicepresidente 77-79; Secretario General 76-77; Subsecretario General 75-76.

Director de la revista "El Optometrista" 1976-86; Coordinador General de la II Convención Nacional de Optometristas, de la VI Jornadas Nacionales de Optometría y bajo su presidencia se efectuaron cuatro Congresos Nacionales de Optometría y la III Convención Nacional de Optometristas.

Ha participado en diversos cursos del Ciclo de Educación Optométrica Continua y del Departamento de Extensión Profesional del Colegio de Optometristas, unas veces como asistente y otras como facilitador.

Director del programa social "Despistaje Visual" del Colegio de Optometristas, 1975-81.

TIRAMA, HIJO DEL CACIQUE CATIA

Ha escrito numerosos artículos de periodismo científico relacionados con la visión humana y la Optometría en diarios de Caracas, Maracaibo y Valencia.

Dirigió las páginas semanales: “El Mundo de la Optometría” de 1976 a 1986, en “El Mundo” y “Noticias de la Optometría” en el diario “Ultimas Noticias” durante 1977-78.

Optometrista director del Centro de Análisis Visual CENAVIS 1982-89.

Director del laboratorio óptico CENLAVIS 1989-2012.

Coordinador General del “Programa de Atención Visual en Barrios de Caracas” del 2001 al 2003” de Fundavisual O. Barrientos.

Publicaciones:

- 1.- **“Manual de Prevención Visual”**. Editorial Leander. Caracas, noviembre 2017.
- 2.- **“Por el Mundo de la Visión”**. Ediciones del Autor. Caracas, 2020.
- 3.- **“Ética de la Optometría”**. Ediciones Leander. Caracas, noviembre 2018.
- 4.- **“Antecedentes mundiales e Historia de la Optometría en Venezuela”**, Tomos I y II. Ediciones del autor. Caracas, 2021.
- 5.- **“Catia, el Cacique Rebelde”**. Editorial Trinchera. Caracas, septiembre 2017.
- 6.- **“Tirama, el hijo del cacique Catia”**. Ediciones del autor. Caracas, 2020.
- 7.- **“Mestizo y el tesoro de Guaicaipuro”**. Ediciones del autor. Caracas, 2021.

8.- **“Los Rebeldes de Catia”**. Editorial Trinchera. Caracas, julio 2019.

9.- **“¿Para qué una Ley de la Optometría?”**. Ediciones del Colegio de Optometristas de Venezuela. Caracas, 1981.

10.- **“Visión de la Optometría”**, junto con Abdón Barajas. Edición especial de “El Optometrista. Caracas, enero de 1980-

BIBLIOGRAFÍA

- 1.- **Acosta, Luis Beltrán:** “El pensamiento Revolucionario del cacique Guaicaipuro”. Ediciones Akurima. Caracas 11/2008.
- 2.- **Acosta Saignes, Miguel:** “Vida de esclavos negros” Vadell Hermanos Editores. Caracas, 1984.
- 3.- **Alvarado, Lisandro:** “Glosario de voces indígenas”. Ministerio de Educación. Dirección de Cultura y Bellas Artes. Comisión Editora de las obras Completas de Lisandro Alvarado. Caracas, 1953.
- 4.- **Barrientos Vargas, Omar:** “Catia, el cacique rebelde”. Editorial Trinchera. Caracas, 2017.
- 5.- **Benzoni, G:** “Historia del Nuevo Mundo”. Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1987.
- 6.- **Bonnefoy, Michel:** “Nuestra lucha por la Independencia”. Colección Bicentenario. Correo del Orinoco. Caracas, 05/2011.
- 7.- **Caulin, Antonio:** “Historia Corográfica natural y Evangélica de la Nueva Andalucía, provincia de Cumaná, Nueva Barcelona, Guayana y caudaloso rio Orinoco” de 1779. Enciclopedia de Venezuela, T II. Editorial A. Bello, Barcelona España, 1973.
- 8- **Crónica de Caracas No. 95.** Concejo Municipal del Municipio Bolivariano Libertador. D.C. 08/2014.

- 9.- **De Oviedo y Baños, José:** "Historia de la conquista y población de Venezuela". Datada en 1723 Biblioteca Ayacucho 175. Caracas, 2004.
- 10.- **De Vargas Machuca, Bernardo:** "Milicia indiana". De 1599. Biblioteca Ayacucho 17. Caracas 1994.
- 11.- **Fernández de Oviedo, Gonzalo:** "Historia General y natural de las Indias. Real Academia de la Historia. Madrid. 1851.
- 12.- **Galeano, Eduardo:** "Memorias de fuego. II.- Las Caras y las máscaras". Edit. Siglo XXI. Madrid 1984.
- 13.- **Gumilla. José:** "Historia natural, civil y geográfica De las naciones situadas en las riberas del rio Orinoco". Datada en 1741. Enciclopedia de Venezuela. Tomo II. Editorial A. Bello. Barcelona España 1973.
- 14.- **María, Nectario:** "Historia de la conquista y fundación de Caracas". Comisión Nacional del Cuatricentenario de la Fundación de Caracas. Caracas, 1966.
- 15.- **María, Nectario:** "Historia de Venezuela de los comienzos hasta nuestros días". Editorial Pralón Bone. Caracas, 01 04 1975.
- 16.- **Molinare, Diego Luis:** "El nacimiento del nuevo mundo 1492- 1534". Editorial Kapelusz. Buenos Aires 1942.
- 17.- **Montoya, Pablo:** "Tríptico de la infamia". Fundación Rómulo Gallegos. Banco Central de Venezuela. Caracas 2014.

- 18.- **Pardo, Isaac:** "Tierra de gracia". Monte Ávila Editores. Caracas, 1984.
- 19.- **Poma de Ayala, Felipe:** "Nueva Corónica y buen gobierno". Biblioteca Ayacucho 75. Caracas 1980.
- 20.- **Sanoja Obediente, Mario y Vargas Arenas,** Iraida: "La Revolución Bolivariana", vol III. Monte Ávila Editores. Caracas 2015.
- 21.- **Sanoja Obediente, Mario:** "Historia sociocultural De la economía venezolana". Banco Central de Venezuela. Caracas 2011.
- 22.- **Uslar Pietri, Juan:** "Historia de la rebelión popular de 1814. Serie Bicentenario. Monte Ávila Editores. Caracas 2015.
- 23.- **Varios autores:** "Enciclopedia de Venezuela" tomo II. Editorial A. Bello. Barcelona España.1973.